Los Hollister

Y LA MONTAÑA TENEBROSA

27



JERRY WEST

En su viaje de vuelta de Nuevo Méjico, los Hollister hacen una parada para que los niños compren unos disfraces de vaqueros. El señor Hollister, descubre que los disfraces están diseñados por Marie Vega, la esposa de un viejo amigo de la universidad. Contacta con los Vega y toda la familia es invitada a disfrutar de unas semanas en su rancho.





Jerry West

Los Hollister y la montaña tenebrosa

Los Hollister - 27

ePub r1.1

nalasss 16.09.14

Título original: *The Happy Hollisters at Mystery Mountain*
Jerry West, 1954
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



¡CABALGA, VAQUERO!



—¡Yipiiii!

—¡No podéis perseguirme!

Los cinco hermanos Hollister estaban jugando a indios y vaqueros, en un bosquecillo de álamos, próximo al motel en donde habían pasado la noche.

—¡Yo «hacería» ver que era una niña vaquero! —anunció a grititos Sue, la pequeñita de cuatro años, que estaba muy emocionada con el juego.

La pequeña Sue era la única que llevaba traje de vaquero y estaba verdaderamente bonita con la chaquetilla de ante blanco, y la falda adornada con piel de conejo. Era un regalo que le había hecho, aquella misma mañana, la amable señora Troy, dueña del motel, y había sido el traje lo que inspiró a los cinco hermanos el juego con que ahora se divertían.

—Holly, escóndete conmigo. Pero que no nos «descruban» por tus trenzas —dijo la pequeñita.

Su hermana Holly, de seis años, soltó una risita. Algunas veces, cuando jugaban al escondite, a Holly se la descubría por sus largas trenzas. En aquella ocasión se las ató al cuello.

—¡Ahí viene el indio Ricky! —informó Holly—. Menos mal que no nos ha visto.

Dando un alarido guerrero, Ricky pasó de largo, a todo correr. Ricky era un simpático pecosillo, de ocho años, muy vivaz. Detrás de él iba Pete Hollister, de doce años, alto, con el cabello alborotado. En aquellos momentos, Pete escudriñaba a izquierda y derecha, buscando a sus tres hermanas.

Sue y Holly se arrebujaron, muy juntas, tras el gran árbol, pero no les sirvió de mucho. Pete las descubrió en seguida.

—¡Quedáis prisioneras del Gran Jefe Pete! —anunció con voz de trueno.

—Pero no has podido encontrar a Pam —contestó Holly, retadora.

Pete no había podido encontrar a su hermana mayor, pero sí la descubrió Ricky, después de buscar y buscar alrededor de árboles y peñascos: Pam era buena corredora; sin embargo, hubo un momento en que dio un tropezón y cayó. Entonces el pecoso la alcanzó.

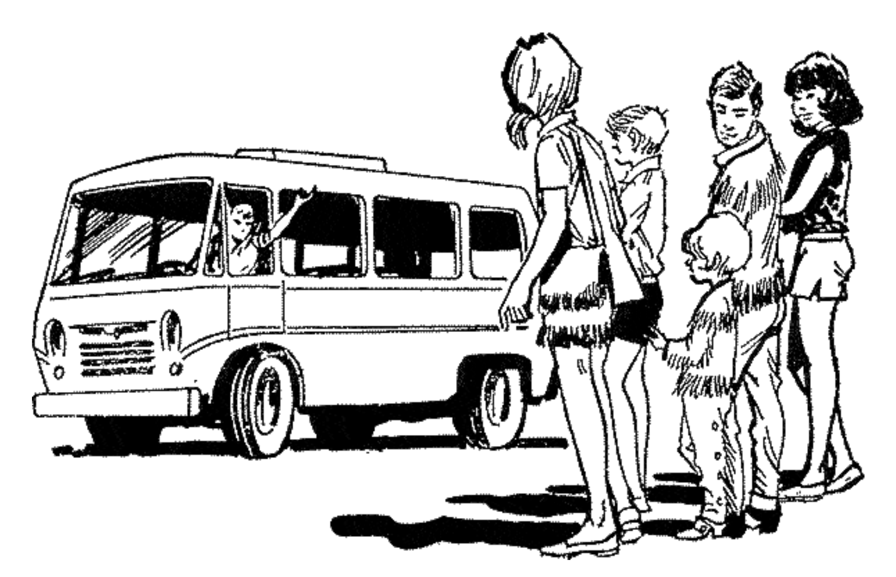
La linda Pam tenía alborotado el largo cabello y el rostro sonrojado por el esfuerzo de la carrera.

—Lo mejor será que ahora volvamos —dijo Pam que, a sus diez años, era muy sensata y formal—. Papá y mamá seguramente ya estarán preparados para marchar.

La familia Hollister había estado visitando Nuevo Méjico y ahora debían ir al aeropuerto, para regresar a su casa, en el Este. Habían intentado alquilar un coche grande, para visitar los lugares más importantes, pero lo único que el señor Hollister pudo encontrar fue un microbús de escuela. ¡Y cuánto se habían divertido en aquel vehículo, buscando un tesoro indio perdido!

Una bocina empezó a sonar ruidosamente, y todos los niños corrieron al microbús. El señor Hollister, al ver a Sue con su traje vaquero, comentó:

—¡Vaya! Veo que mi hijita ha ido al Oeste.



Sue levantó la cabeza hacia el rostro de su alto y atlético padre.

—Papá, papá… —dijo, en tonillo suplicante—. ¿No podríamos quedarnos un poquito más aquí, con los «mejiqueses»?

El padre se echó a reír, respondiendo que volverían en otra ocasión. En aquellos momentos no podía permanecer más tiempo sin atender sus negocios.

—Pero aún nos quedaríamos en Méjico un poco más —añadió—, si supiese dónde encontrar, para comprarlos, trajes como el que tú llevas. Estoy seguro de que podríamos vender muchos en el Centro Comercial.

El Centro Comercial era la tienda de ferretería, juguetes y artículos deportivos que el señor Hollister tenía en Shoreham, la población en donde vivía con su familia.

De repente, se le ocurrió inclinarse y mirar el interior del cuello de la chaquetilla de Sue.

—Quisiera saber si lleva cosida, aquí, la etiqueta del confeccionista. Sí. Aquí está. ¡Vaya! Esto es interesante —declaró.

—¿Qué es interesante? —preguntó Sue, riendo, porque la mano de su padre le hacía cosquillas en la nuca.

—Esta etiqueta dice «Confecciones María Vega». En mis tiempos de estudiante, tenía un compañero que se llamaba Frank Vega. Procedía de Nuevo Méjico y, según creo, se casó con una joven que se llamaba María.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Podríamos ir a verles, y así no tendríamos que marcharnos tan pronto de Nuevo Méjico!

Ante aquella idea, los demás hermanos preguntaron a un tiempo:

—Papá, ¿no podríamos hacerlo?

El señor Hollister, echándose a reír alegremente, contestó:

—Lo que haré es esto: trataré de localizar a Frank Vega, le telefonearé, y ya veremos lo que dice.

En aquel momento, la señora Hollister salió del motel, acompañada de la señora Troy. Ricky le habló en seguida de lo que se estaba planeando. La señora miró a su marido y sonrió. Los niños, que adoraban a su guapa y alegre madre, comprendieron que ésta aprobaba la idea.

—Me alegraré de que puedas encontrarle —declaró la señora Hollister—. ¿Tienes alguna idea de dónde pueden vivir los Vega?

—No. Pero confío en que la señora Troy nos pueda dar una pista —repuso su marido. Y, volviéndose a la propietaria del motel, preguntó—: ¿Le importa decirme dónde compró usted el traje que ha regalado a mi pequeña? Seguramente, en esa tienda podrán darnos las señas de los Vega.

—No tendrán que ir muy lejos para preguntarlo —contestó la señora Troy—. Compré el trajecito de «vaquera» en los grandes almacenes de Sunrise. Está a pocos kilómetros de aquí, en la dirección por donde iban ustedes a marcharse.

Los niños, muy nerviosos subieron al vehículo, después de dar todos las gracias a la señora Troy por el buen trato que les había dispensado.

—Ha sido un placer hospedar aquí a los «Felices Hollister» —repuso ella—. ¡Que tengan buen viaje!

El vehículo marchó carretera adelante. Hacía una hermosa mañana y las lejanas montañas parecían más próximas de lo que en realidad se encontraban.

—Me gustan las montañas —murmuró Pam, soñadora—. Resultan tan misteriosas… Llenas de animales y flores extrañas…

—Algunas, sí —admitió Pete—. Pero otras no son más que grandes rocas, y resulta muy difícil ascender por ellas.

—Es verdad —asintió la señora Hollister—. Y aún hay otras

cubiertas de nieve y hielo.

Holly intervino ahora:

—A mí, las que me gustan son las que tienen árboles y ríos.

Al cabo de media hora de viaje, por un terreno llano, salpicado de cactus de muchas formas y tamaños, el vehículo llegó a la pequeña población de Sunrise. En el centro de la población había una plaza con frondosos árboles y muchos bancos donde poder descansar. Alrededor de la plaza se veían tiendas y viviendas de poca altura, unas blancas, otras amarillas; hasta había una pintada de un resplandeciente color azul.

—¡Ya veo los almacenes, papá! —anunció Holly—. ¡Están allí!

El señor Hollister condujo alrededor de la plaza, para ir a detenerse ante la tienda. Mientras él entraba a preguntar por los Vega, la señora Hollister y los niños se quedaron viendo los escaparates.

—¡Canastos! —gritó Ricky—. Allí hay un traje como el de Sue, pero con pantalones. Mamá, ¿crees que podría comprarme uno?

—Entraremos a preguntar el precio —respondió la madre—. ¿Os gustaría a todos tener un traje de ésos, con adornos de piel de conejo, si no son muy caros?

Las exclamaciones de alegría al oír aquella pregunta fueron tan ruidosas, que la señora Hollister tuvo que taparse los oídos con las manos. Ricky fue el primero en entrar y acudió a atenderle un señor calvo.

—Hola —saludó el hombre, sonriendo al pequeño—. ¿En qué puedo servirte?

—Mis hermanos y yo quisiéramos comprarnos trajes de vaquero.

—Que tengan piel de conejo —aclaró Holly, que llegó corriendo —. Y que no sean muy caros.

—Muy bien —repuso el hombre—. ¡Nos están haciendo falta muchos vaqueros como vosotros para acabar con los cuatreros!

Antes de que los niños hubieran podido preguntar si se trataba de una broma, el señor añadió:

—Teniendo en cuenta que tal vez me compréis cuatro equipos al mismo tiempo, creo que podré haceros un precio especial. El mismo trato que hemos hecho con esos jovencitos de ahí.



Los niños se volvieron a mirar al otro extremo de la tienda, donde una niña de unos trece años, con expresión grave, y un risueño chico de doce, se contemplaban con admiración ante un gran espejo. Los dos llevaban ropas típicas del Oeste, adornadas con piel de conejo. El tendero explicó que los padres de aquellos niños habían comprado dos juegos de aquellos trajes para unos primos y otros dos para sus hijos.

—¿Qué os parece si pasáis a los probadores y comprobáis qué tal os sientan esos trajes? —propuso el hombre.

Luego, él se volvió a decir algo en voz baja a la señora Hollister. Ésta asintió, moviendo la cabeza y repuso que el precio le parecía bien.

Los niños se habían acercado ya a los colgadores, en busca de los trajes de las medidas más apropiadas para ellos. Cuando el señor Hollister apareció en la tienda, tras salir de las oficinas del fondo, sus hijos ya se habían puesto los nuevos equipos.

—¿Estoy viendo visiones, o todos mis hijos se han convertido en vaqueros? —preguntó el padre, riendo.

—Estamos todos vestidos para vivir en un rancho, papá —contestó Pete.

—¿Qué has averiguado sobre ese compañero tuyo de estudios? —preguntó la señora Hollister.

—Creo que lo hemos localizado —respondió el marido—. Ahora la telefonista está intentando ponerme en comunicación con su rancho.

Desde hacía un rato, los dos niños desconocidos de la tienda estaban mirando con atención a los Hollister. Hasta que acabaron por acercarse a ellos, y el chico preguntó:

—¿Vais a ir a un rancho? Bueno… Ésta es mi hermana. Ella y yo vamos al rancho de los Bishop.

—Nosotros esperamos ir al rancho del señor Vega —contestó Pete, que luego presentó a toda su familia.

El otro muchachito dijo:

—Yo soy Jack Moore. Mi hermana se llama Helen. Papá y mamá están en el hotel. Vendrán a buscamos dentro de un rato.

Holly tuvo una idea y propuso en seguida:

—Mientras esperáis, podemos salir a jugar a la plaza, con nuestros trajes nuevos. ¿Podemos salir, mamá?

—Está bien. Pero tú, Pam, no pierdas de vista a Sue.

—No te preocupes —contestó Pam, que en seguida tomó de la mano a la pequeñita y las dos salieron de la tienda.

—¡Eh! —gritó Ricky, que ya se había adelantado a los otros y señalaba una carreta que se veía a un lado de la plaza, bajo un árbol—. ¡Qué carro tan raro!

Las niñas se detuvieron a contemplar la vieja carreta, que tenía dos grandes ruedas.

—Creo que es una carreta de bueyes —dijo Pam.

—Vamos a montar en ella —propuso Ricky, entusiasmado, disponiéndose a subir—. Cada uno hará de buey un ratito.

—No, no —protestó Pam—. Ese letrero dice «No tocar». —Y siguió leyendo en voz alta—. «Esta carreta fue usada por los colonos españoles que llegaron a Sunrise, en 1660».

—Es muy vieja —comentó Helen—. ¡Imaginaos lo valiosa que debe de ser!

Los niños quedaron muy impresionados, pensando que aquella

carreta había sido utilizada hacía casi trescientos años, tal vez en los mismos lugares que ellos pisaban ahora. De inmediato, Ricky se hizo una promesa: construiría una carreta de bueyes como aquélla, tan pronto como llegase a casa.

«Pero la mía será muy nueva y no se desmontará —siguió pensando el pecoso—. Así, todos podrán montar en ella, en lugar de quedarse mirándola».

Pete y Jack se habían alejado, buscando un sitio donde jugar. En aquellos momentos, Jack estaba diciendo:

—Me gustaría que vinieseis todos al rancho Bishop. Así podríais ayudarnos a solucionar un misterio.

—¿Un misterio en vuestro rancho? —preguntó Pete, con gran interés.

—Sí… y no. En realidad, el misterio está en una montaña. Pero ya te lo contaré luego —dijo Jack, oyendo que Ricky les llamaba.

—Todos preparados para el juego —gritaba el pecoso—. Jugaremos a «¡Cabalga, vaquero!».

Al momento, todos los niños adoptaron posturas parecidas a las de jinetes a caballo, y empezaron a «cabalgar», primero lentamente, luego al trote, más tarde al galope y, por último, dando saltos, para luego repetirlo todo desde el principio.

—¡Vaya! Este caballo mío ya se ha desbocado —dijo el pecoso, fingiendo que caía de lado.

Y mientras corría, a ciegas, en busca del imaginario caballo fugitivo, apartándose de los demás, tropezó con una rueda de la carreta. Ésta se volcó con un golpe seco, y uno de los laterales quedó torcido, separado de la rueda.

—¡Ricky! —gritó Holly, fingiendo que saltaba de su caballo, para acudir al lado del pecoso—. ¡Lo… lo has roto!

En seguida, todos los demás se encontraron rodeando la carreta. Pete y Jack la examinaron atentamente y, por fin, Pete dijo:

—Creo que podremos repararla. Es que se ha caído un perno de madera que atraviesa el cubo de la rueda. Procurad levantar el eje, y yo trataré de encajar la rueda.

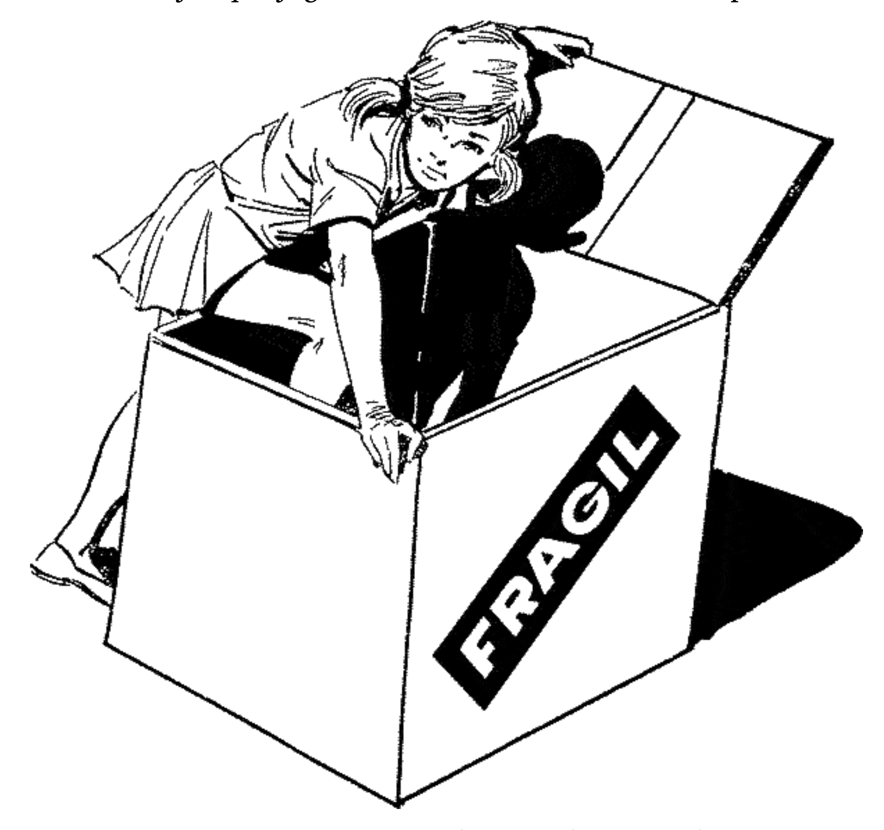
Todos, menos Sue, ayudaron con manos y hombros a levantar la vieja carreta. Luego, cuando Pete dio la señal, levantaron el extremo del eje que se encontraba en el suelo. Una vez que el eje

estuvo a suficiente altura, Pete encajó la rueda e incrustó el perno de madera.

—Buen trabajo —aplaudió Jack.

Y Helen añadió:

—Será mejor que juguemos en el otro extremo de la plaza.



—Quiero que «jueguemos» al escondite —pidió Sue—. Mi caballo me está manchando el traje de vaquero.

—Muy bien. Yo me quedo la primera —se ofreció Pam.

Los niños corrieron en todas direcciones, buscando un escondite. Holly decidió hacer difícil que Pam la encontrase. Ninguno de los otros se fijó en que Holly corría hacia los almacenes. Holly había visto antes dos grandes cajas de cartón junto a la puerta, y sabía que una estaba vacía. La abrió a toda prisa, se metió en ella y la cerró desde el interior.

—Aquí no van a encontrarme nunca —se dijo Holly, riendo a

solas, y retorciéndose las trencitas en la oscuridad.

La niña oía cómo la gente entraba y salía del establecimiento. Al cabo de un rato, escuchó la voz de Pete, que gritaba:

—¡Sal ya, Holly! Nos rendimos. No podemos encontrarte.

—Les haré sufrir un poquito más —reflexionó el diablillo de Holly, permaneciendo muy quieta en la caja.

Transcurrieron unos cuantos minutos más. Ya se disponía a salir de la caja, cuando oyó pasos que se aproximaban. Los pasos se interrumpieron muy cerca de su escondite. ¡Ahora era seguro que la habían encontrado! Holly contuvo la respiración y escuchó, mientras unas manos tocaban la parte superior de la caja de cartón.

«¡Caliente, caliente! —pensaba Holly—. ¡Con sólo levantar la tapa, me veréis!».

Pero, para su sorpresa, la caja no fue abierta. Al contrario, el pequeño resquicio por donde entraba un poco de claridad desapareció totalmente y Holly quedó por completo sumida en las tinieblas.

«Debe de ser Pete, que está gastándome una broma» —razonó Holly.

De repente, más que perpleja, Holly se dio cuenta de que levantaban la caja en alto.

«Vaya. Me van a llevar al centro de la plaza, para divertirse más a costa mía» —siguió pensando la niña.

Pero, de pronto, sintió verdadera perplejidad, porque sólo conseguía oír pisadas de un par de pies. Y Pete era fuerte, pero no tanto como para llevar en vilo, él solo, aquella caja.

«¡Ah, ya sé! —pensó Holly, sonriendo—. Es papá. Apuesto a que me lleva al microbús».

Un momento después, Holly recibía un buen golpe. La persona que llevaba la caja la había dejado caer con demasiada fuerza. Pero Holly era valerosa y resistente y no dijo nada.

«Ahora saldré, como el muñeco de una caja de sorpresas» —resolvió la pequeña, y empujó la tapa de la caja con la cabeza.

¡Pero la tapa no se movió! Y cuando Holly pasó un dedo por el borde de la tapa de cartón… ¡Se encontró con que ésta había quedado pegada fuertemente, gracias a un sólido papel adhesivo!

«¡Huy, huy! Esto ya no es divertido», pensó, tragando saliva,

muy preocupada.

Después oyó el zumbido de un motor, que no era el motor del vehículo que conducía su padre… Ya continuación se dio cuenta de que estaba en movimiento. El corazón de Holly latía apresuradamente. La pobrecilla, apuradísima, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Quiero salir de aquí!

UNA GRAN SORPRESA



A pesar de lo mucho que Holly gritó y gritó, y golpeó los lados de la caja de cartón con los puños cerrados, nadie acudió a libertarla.

«¿Qué haré?» —se preguntó Holly, tan asustada ya que no podía evitar que unos grandes lagrimones rodasen por sus mejillas.

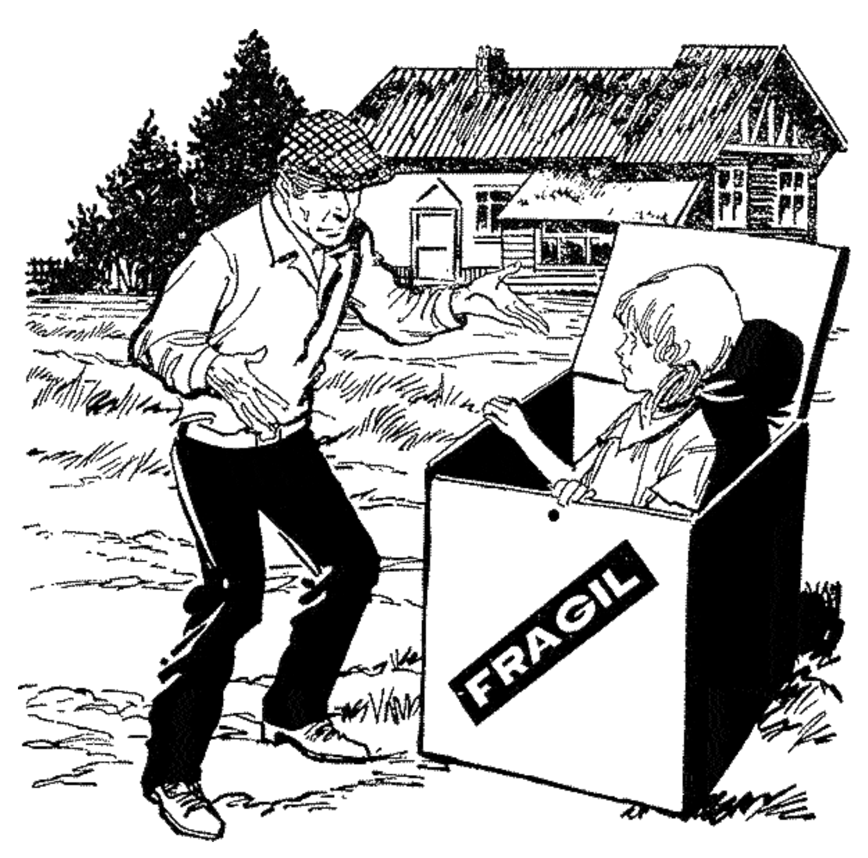
Pasaban los minutos y la camioneta continuaba su marcha. Holly se preguntaba a dónde la llevarían y cuánto tiempo tardaría el conductor en darse cuenta de su error.

Al cabo de un rato, la pobre Holly notó que el vehículo disminuía la velocidad. Luego se tambaleó, como si hubiera efectuado un viraje, y acabó por detenerse.

Fuera se oyeron alegres gritos de niños y Holly se olvidó de las lágrimas. Eso debía de ser que había vuelto a la plaza. Alguien le había gastado una broma.

Pero eran tantos los gritos que no tardó en volver a preocuparse. ¡Seis niños no podían armar tanto alboroto!

Inmediatamente se abrió la caja y la voz de un hombre exclamó:



—¡Por mil ratones verdes!

Holly sacó la cabeza, parpadeando a la fuerte luz del sol. Un coro de gritos de asombro saludó su aparición. Mientras miraba a su alrededor, Holly casi no podía creer lo que estaba viendo. En la parte trasera de la camioneta se agrupaban muchos niños, con trajes de alegres colores, amarillos, verdes, rojos, purpúreos. Al lado de Holly se encontraba el asombrado conductor.

—Es un disfraz muy bonito —declaró una guapa morenita.

Holly seguía un poco asustada, pero sonrió. Aquellos niños debían de estar celebrando alguna fiesta de disfraces y ella, por casualidad, iba a poder participar.

—¿Dónde están los caramelos y los refrescos? —preguntó uno de los chicos mayores.

Varias niñas prorrumpieron en risitas y una de ellas explicó a Holly:

—Esperábamos que llegasen caramelos y refrescos. Por eso estábamos aguardando la camioneta.

El conductor hizo chasquear los dedos, diciendo:

—Ya comprendo. Había dos cajas iguales en la puerta de los almacenes y tomé la que no era para mí.

—Sí, claro —sonrió Holly—. Yo estaba jugando al escondite y me metí en la caja, para que no me encontrasen.

El conductor prometió volver en seguida a buscar los dulces, y dijo a Holly:

—Ven conmigo, pequeña. Tus padres estarán preocupados, preguntándose dónde estarás.

Entonces, una señora de rostro dulce y cabello negro, muy liso, se acercó y rodeó los hombros de Holly con su brazo.

—Soy la señora Beltrán —dijo—. ¿Cómo te llamas tú?

—Holly Hollister. He perdido a mi familia.

La señora Beltrán explicó que los niños de Sunrise se habían reunido en el patio del colegio, para celebrar una fiesta veraniega.

—¿Qué es eso? —preguntó Holly.

Antes de que la señora hubiera podido contestar, la linda niña del cabello negro dijo:

—Señora Beltrán, ¿por qué no pedimos a Holly que se quede y dejamos que vea cómo es nuestra fiesta?

—Es una buena idea —admitió la señora, que era la encargada de cuidar al grupo de niños. Entonces preguntó a Holly si su familia querría unirse a ellos.

—¡Sí, sí! —respondió Holly, entusiasmada. Y recordando a Helen y a Jack Moore, preguntó si también ellos podían unirse al grupo.

—Todos llevamos disfraz —explicó a la señora Beltrán.

—Entonces todo está bien —declaró la señora, sonriente.

Los ojitos de Holly chispeaban cuando pidió al conductor del camión que trajese a sus hermanos y a los Moore a la fiesta.

—Lo haré, encantado —contestó el hombre.

Mientras la camioneta desaparecía por la carretera, algunas niñas invitaron a Holly a jugar y a bailar con ellas, mientras esperaban a que diese comienzo la fiesta principal.

Holly fue pasando de grupo en grupo. Como no conocía ninguno

de los bailes típicos españoles, prefirió jugar a las prendas.

Un chico de unos trece años, que iba vestido de demonio y tenía una expresión muy ceñuda, se acercó a Holly.

—¿Te crees muy graciosa, al venir a meter la nariz en nuestra fiesta?

—No lo he hecho a propósito —contestó Holly, retrocediendo unos pasos—. Pero me alegro, ahora que estoy aquí.

—¡Pues en Sunrise no nos gustan los forasteros! —gruñó el antipático chico.

Los nuevos amigos de Holly rodearon a la niña, y una pequeña morena cuchicheó:

—No le hagas caso.

Otra, que se llamaba Ramona, se dirigió al chico, en tono indignado:

—¡No sigas hablando así, Willie Boot!

Willie arrugó el entrecejo, pero no contestó. Luego, recogiéndose el largo rabo del traje de demonio, se alejó de allí.

—Willie es muy mal educado con todo el mundo —explicó Ramona a Holly—. Se ha vuelto así desde que anda tanto con Mezquite.

—¿Mezquite es algún caballo? —preguntó Holly.

La pregunta quedó sin contestar porque, en aquel momento, ante el patio del colegio se detuvo el vehículo de los Hollister y el coche de los Moore.

—Estábamos tan preocupados al no encontrarte… —murmuró la señora Hollister, corriendo a abrazar a su hija—. Y ahora tenemos una buena noticia que darte. ¡Vamos a ir a visitar a los Vega a su rancho!

—¡Qué suerte!

—Y a lo mejor podéis ayudarnos a resolver el misterio de la montaña —añadió Helen—. El rancho a donde vamos está muy cerca del de los Vega.

—¿Qué misterio es ése? —preguntó Holly.

—Luego os enseñaré un libro que habla de eso —repuso Helen.

Ricky anunció que ellos habían traído la caja de los dulces y refrescos. Y declaró que estaba deseando que sacaran todo aquello porque estaba muriéndose de hambre.

—Ya miré antes dentro, para asegurarme de que hay dulces —rió el travieso pecoso.

Al volverse, Holly vio que Pete y Jack estaban sacando una caja igual a aquélla en la que ella se había escondido. Después de bajar la caja, los chicos presentaron a los señores Moore. Luego fue Holly quien, muy emocionada, llevó a su familia y a los Moore, a través del gentío, hasta donde la señora Beltrán se encontraba dirigiendo un grupo que bailaba una alegre danza española. Cuando terminó de presentarlos a todos, Holly añadió:

—Ellos han traído los dulces y los refrescos.

—¡Magnífico! —alabó la señora Beltrán. Y cuando abrieron la gran caja de cartón, propuso a Pete y Jack—. ¿Por qué no os encargáis vosotros de repartir un paquetito de caramelos a cada niño? Dejaremos los refrescos para después.

—Con mucho gusto —contestó Pete.

Jack y él sacaron todos los paquetitos que podían sujetar entre sus manos y empezaron a distribuirlos.

De repente, apareció Willie Boot, que corrió hasta Ricky, le arrebató el paquete de caramelos y luego se acercó a Pete.

—Dame otro —exigió, en tono desagradable.

—Lo siento. Tengo que dar uno por persona —contestó Pete.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Quién ha dicho eso? —masculló Willie—. ¿Y quiénes os imagináis que sois vosotros, unos desconocidos, para venir aquí a decirnos lo que tenemos que hacer?

—A nosotros nos lo ha dicho la señora Beltrán —contestó Pete, muy serio.

—¿Te refieres a aquella señora de allí? —preguntó Willie, señalando.

Cuando Pete se volvió a mirar, Willie le arrancó de las manos otro paquete de caramelos, le dio un empujón y en seguida se alejó corriendo. Pete se tambaleó y acabó por caer al suelo: los paquetes de caramelos se desparramaron por todas partes.

La señora Beltrán, que había visto lo sucedido, gritó en tono severo:

—¡Willie Boot! ¡Vuelve aquí de inmediato!

El camorrista no le hizo el menor caso y continuó alejándose, abriéndose paso por entre los grupos de niños. Y habría podido

desaparecer, de no ser porque Holly le agarró del rabo con fuerza. Willie tuvo que detenerse en seco, mientras todos los niños le gritaban, indignados, y la señora Beltrán se acercaba. Estaba muy enfadada y ordenó al chico:

—Dame esos caramelos. No te los mereces en absoluto. —Esta vez, Willie no se atrevió a desobedecer y entregó los dos paquetes de caramelos. La señora Beltrán añadió entonces—: Ahora, ayuda a Pete a recoger los caramelos que has hecho que se cayeran.

Willie se disponía rezongar, pero no lo hizo al ver la seria expresión de la señora Beltrán. Mascullando para sí, el chico ayudó a recoger los paquetes esparcidos.

Jack ya había acabado de repartir los restantes paquetes y muy pronto quedó olvidada la antipática actitud de Willie.

De repente, la señora Beltrán anunció:

—La gran fiesta sorpresa comenzará en seguida. Que todos tengan la bondad de situarse delante del patio de juegos y observen atentamente.

¡Qué alegre algarabía! Los cuatro Hollister mayores, en compañía de Helen y Jack, corrieron a situarse delante y consiguieron buenos puestos.

En el fondo del patio había dos hombres inflando un globo de extraña forma. Todos los niños observaron, fascinados, cómo el globo iba creciendo, creciendo, y adquiriendo su forma definitiva.



—¡Canastos! —exclamó Ricky, cuando el globo empezó a elevarse lentamente.

Los espectadores contenían la respiración, emocionados. Luego, todos prorrumpieron en alegres palmoteos y risas.

Por encima de ellos flotaba un gran burro, gigantesco, en el que iba montado un hombretón.

El burro tenía grandes orejas y el jinete se cubría con un sombrero de color amarillo y rojo.

—¡Mirad la nariz del jinete! —gritó Ricky, contentísimo—. ¡Es como un pepino con la punta retorcida!

—Se llama Pedro —explicó Ramona, entre jadeos de risa.

Y todos los niños del pueblo comenzaron a gritar alegremente:

—¡Viva el viejo Pedro! ¡Viva el viejo Pedro!

Los Hollister y los Moore se enteraron de que Pedro y su burro habían efectuado aquella misma exhibición, desde hacía muchos

años, en la fiesta infantil anual. Y aunque todos se reían de su aspecto, la verdad era que todos los habitantes de Sunrise sentían verdadero cariño por Pedro.

—Es un recuerdo de los españoles que habitaron aquí durante muchos años —explicó Ramona a los niños visitantes.

Los Hollister y los Moore vieron con extrañeza que de los lados del globo pendían muchas cintas. Los niños y niñas de Sunrise echaron a correr, para tomar una cinta, el que podía conseguirla.

—¡Venid! —dijo Ramona a sus amigos—. Éste es el desfile de Pedro.

Los cuatro Hollister mayores, seguidos de Helen y Jack, corrieron detrás de Ramona y cada uno tomó una cinta.

Los niños daban vueltas y vueltas alrededor del patio, dando tirones de las cintas, de modo que Pedro y su burro subían y bajaban sin cesar. Todos cantaban a gritos.

Burro, burro, corre al trote,
Que hoy es nuestra gran fiesta.
Nos divertiremos hasta la noche,
Hasta que desaparezcas.

Sue, montada a caballo en los hombros de su padre, daba grititos de felicidad, mientras sus padres reían alegremente.

—Pedro parece un jinete de verdad —declaró el señor Hollister.

La señora Beltrán asintió.

—Ahora desfilarán por todo el pueblo.

Pete acababa de agitar su mano para saludar a sus padres, cuando se escuchó un silbido. Todo el mundo levantó la cabeza. ¡Una flecha acababa de traspasar el hombro de Pedro!

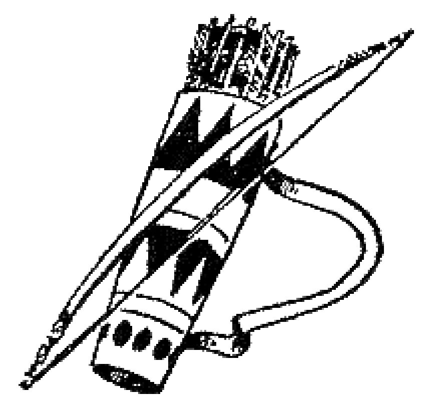
¡Ssiiiisss!

—¡Oh! —lloriqueó Holly—. ¡El pobre Pedro se está encogiendo!

Era cierto. Se escapaba el aire del globo y, al cabo de un momento, la cabeza de Pedro cayó a un lado. Los alegres gritos de los niños se transformaron en exclamaciones de pena y desencanto.

Pedro y el burro iban disminuyendo de tamaño y se bamboleaban de un lado a otro. El globo empezó a descender a poca distancia de las cabezas de los niños.

—¡Apartaos todos! —ordenó la señora Beltrán—. Ese globo es pesado. Puede haceros daño.



Los niños intentaron apartarse del globo que caía, corriendo en todas direcciones. Pero, en su prisa, los que estaban en el centro tropezaron unos con otros y cayeron al suelo en confuso montón.

Ramona, la nueva amiga de Holly, cayó al suelo y se dio un golpe tan fuerte, que quedó inmóvil, sin poder levantarse. ¡Pedro y su burro, después de tambalearse de un lado a otro, descendían directamente sobre Ramona! Dentro de un momento, la niña quedaría cubierta por el grotesco globo y seguramente resultaría herida.

Pete pensó rápidamente. Dio un fuerte tirón a una de las cintas, pero, en vista de que no era capaz de apartar de allí el globo, llamó a gritos:

—¡Ricky! ¡Jack! ¡Ayudadme a apartarlo!

Los tres muchachitos tiraron de sus cintas hasta que tuvieron los brazos doloridos. Pero en el último momento lograron apartar de Ramona el pesado globo.

Un instante después, el gracioso conjunto de burro y jinete se desinflaba definitivamente, con un sonoro siseo, y caía a tierra rápidamente. Pete y Jack se apartaron a un lado a tiempo, pero

Ricky no pudo hacer otro tanto. ¡La gran masa de plástico y goma se desplomó pesadamente sobre él!



—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mi hermano ha quedado debajo del globo! —gritó Pam, aterrada, corriendo hacia el lugar donde Ricky había desaparecido bajo el montón de goma.

Para entonces, el señor y la señora Hollister, así como la señora Beltrán, habían llegado hasta el globo e intentaban desesperadamente apartarlo del cuerpo de Ricky. Hasta la chiquitina Sue dio tirones con todas sus fuerzas.

—¡Ya veo dónde está! —anunció Pete, señalando algo que se movía bajo la cabeza del burro—: ¡Mirad!

¡De pronto, por un agujero de la goma brotó la cabecita pelirroja de Ricky! El pequeño, sonriente, acabó de salir por el agujero, empuñando una navajita.

—No me he hecho mucho daño —explicó—. Pero siento haber tenido que estropear a Pedro.

—Poco importa Pedro —contestó la señora Beltrán, tranquilizada—. Me alegro mucho de que estés bien. Y el globo puede repararse. —Luego la señora miró en torno suyo, por todo el patio de juego, a la vez que manifestaba—: El que haya sido tan malo como para disparar esa flecha contra Pedro, será castigado.

—¡Mirad allí! —gritó Pam, llamando la atención de todos—. Alguien está observándonos por encima del tejado de la escuela.

Todos los ojos se volvieron en dirección al edificio de una sola planta. La cabeza de un chico desapareció en aquel momento de la vista.

—¡Vamos a capturarlo! —propuso Pete, echando a correr delante de todos—. Apuesto a que ha sido él quien disparó la flecha desde el tejado.

Un instante después, los demás niños se unían a la persecución, siguiendo a Pete, atropelladamente, por el patio.

—¿Cómo podremos llegar allí? —preguntó Jack a uno de los niños del pueblo.

—Desde dentro. Ya os lo enseñaré.

Pero no fue necesario entrar. Cuando estaban dando la vuelta a la esquina del colegio, todos pudieron ver que alguien salía corriendo.

—¡Es Willie Boot! —exclamó Pam, reconociendo al chico con traje de demonio.

Willie había añadido algo a su disfraz infernal. Llevaba un arco sujeto al hombro y varias flechas en el cinturón.

La señora Beltrán se aproximó corriendo, y ordenó al chico que se detuviera, pero Willie no le hizo el menor caso. Al contrario, siguió corriendo cada vez más. Los chicos se lanzaron inmediatamente en su persecución. Pete Hollister se había adelantado a los demás y poco a poco iba ganando terreno a Willie.

—¡Agárralo, Pete! —animó Ricky, entusiasmado.

Pete estaba a punto de alcanzar al mal intencionado chico cuando sonaron cascos de caballo en la entrada de la escuela. Un hombre, que montaba un flaco caballo, galopó velozmente hacia Willie Boot. El jinete era tan flaco como su montura y tenía una barba grisácea. Su rostro quedaba casi completamente oculto por la sombra de un viejo sombrero de ala ancha.

—¡Un vaquero! —exclamó Ricky.

—¡Ha venido para ayudarnos a detener a Willie! —opinó Holly, y ella y los demás niños interrumpieron la persecución.

Pero, al cabo de un momento, todos pudieron ver que lo que sucedía era muy distinto a lo imaginado. El hombre se inclinó, levantó en vilo a Willie, para sentarlo en la montura delante de él, y luego se alejó al galope, envueltos en una nube de polvo.

—¡Zambomba! Nos hemos equivocado —se quejó Pete con disgusto.

Mientras todos miraban a los que desaparecían, Jack Moore preguntó:

—¿Quién es el vaquero que se ha llevado a Willie?

Ramona fue la primera en contestar:

—Mike Mezquite.

—Ah. Pero ¿Mezquite no era un caballo? ¿Es un hombre?

Ramona dijo que sí con la cabeza y explicó algunas cosas más sobre aquel hombre. Willie tenía mucho trato con él. Por lo visto, eran parientes lejanos.

—A los rancheros no les gusta Mezquite —añadió la niña—. Dicen que es un bala perdida y nadie sabe cómo se las arregla para vivir, ni dónde vive. Yo creo que ese hombre es quien enseña a Willie a ser tan malo —añadió la guapa niña de cabellos negros, y todos los demás niños de Sunrise asintieron, convencidos.

Cuando los visitantes volvieron al patio, el señor Hollister reunió a su familia y dijo que ya era hora de marchar. El señor y la señora Moore también decidieron continuar su camino.

—¿Por qué no comemos juntos? —propuso la señora Hollister—. Estoy segura de que todos tenemos apetito, después de tantas emociones.

—Me parece una buena idea —aprobó la señora Moore—. ¿Qué les parece si nos encontramos en el hotel Plaza, de Sunrise?

Después de dar las gracias a la señora Beltrán y a los niños de la población por haberles tratado tan bien en su fiesta, los viajeros se despidieron, para dirigirse al lugar donde tenían aparcados sus vehículos.

Cuando los Hollister emprendieron la marcha, Sue propuso:

—Podemos jugar a la fiesta después de comer.

—No olvides que vamos a ir al rancho de los Vega. Se llama el rancho Álamos.

—Lo había olvidado —confesó Sue.

Cuando llegaron al hotel, los Moore ya les estaban esperando. Las dos familias entraron en el comedor, y el camarero juntó dos largas mesas, al lado de un ventanal.

Los otros comensales eran cuatro hombres que hablaban en voz baja en una esquina. Fijándose en sus pantalones, botas y rostros muy tostados por el sol, los niños advirtieron que eran rancheros. Al ver a tantos niños con trajes nuevos de vaquero, los hombres sonrieron.

El camarero ya tenía preparadas las mesas.

—¿Qué os parece si vosotros, los niños, os instaláis en una mesa, y vuestros padres en la otra?

—Yo quiero sentarme a tu lado, Helen, para que me expliques eso del misterio de la montaña —pidió Holly.

—Todos queremos saberlo —añadió Pam.

—Está bien —fue la respuesta de Helen.

Cuando todos hubieron pedido el plato que les apetecía, la señora Moore sacó de su gran bolso un libro rojo y se lo pasó a su hija.

—Es nuestro gran secreto —cuchicheó Helen, mirando a todas partes, como si temiera que alguien la estuviese espiando.

—¿Quieres decir que el libro es un secreto? —preguntó Ricky, poco dispuesto a creer tal cosa.

—El libro exactamente, no. Pero sí algo que hay escrito en él —contestó Jack.

Helen explicó, siempre en voz muy baja, que aquel libro era un volumen muy antiguo sobre la historia de Méjico.

—Pero nuestro verdadero secreto es que… —La niña se interrumpió, mientras sus ojos adquirían una expresión soñadora.

—Sigue, sigue —pidió Pam.

—Pues… Este libro puede conducimos a Jack y a ni a la «Cueva de los Constructores de Muñecas», en la «Montaña Tenebrosa».

Los ojillos de Holly se agrandaron por la sorpresa.

—¡Ooooh, qué cosa tan misteriosa! —murmuró.



—¿Quieres decir que estáis buscando una montaña donde vivían constructores de muñecas? —preguntó Ricky.

Helen respondió:

—Sí. Y creemos que puede encontrarse cerca del rancho que vamos a visitar.

—Pero has dicho que el libro es la historia de Méjico —objetó Pam.

—Sí. Pero es que hace tiempo esta zona de los Estados Unidos formaba parte del antiguo Méjico —aclaró Jack.

—Tienes razón —confirmó Pete—. Estudiamos eso en el colegio, el año pasado. Aunque yo nunca he oído hablar de los constructores de muñecas.

Helen abrió el libro y señaló el dibujo de una alta montaña. En la cima aparecía una extraña formación rocosa, con un grupo de árboles, uno de los cuales sobresalía por encima de los demás. Todos los Hollister se inclinaron hacia delante, para poder ver de cerca el dibujo.

—Los antiguos constructores de muñecas vivían en esta cueva, que se encuentra en alguna parte de la «Montaña Tenebrosa» —

explicó Helen, añadiendo seguidamente—: La gente dice que todavía hay muchas muñecas en la cueva.

—¿Verdad que sería estupendo encontrarlas? —exclamó Pam.

—¿Y nadie ha buscado antes esa cueva? —preguntó Pete, extrañado.

—Sí —repuso Jack—. Mucha gente ha empezado a buscar esa cueva, pero todos han acabado por marcharse asustados.

—¿Mancharse asustados? —repitieron los Hollister a coro—. ¿Por qué?

Jack y Helen se miraron antes de que la niña respondiera.

—Porque dicen que la «Montaña Tenebrosa» da gruñidos igual que un oso.

Holly y Sue dieron un saltito en su asiento, preocupadas por aquella noticia, pero Ricky comentó en tono de incredulidad:

—¿Quién ha oído nunca gruñir a una montaña?

Jack contestó:

—Helen y yo pensamos comprobar si gruñe o no… ¡Y puede que seamos las primeras personas que descubramos la cueva de los «Constructores de Muñecas»!

—¡Canastos! ¡Cómo me gustaría ir a explorar la montaña con vosotros!

—A nosotros también nos gustaría que vinieseis. Podéis preguntárselo a vuestros padres.

El señor y la señora Hollister contestaron que si permanecían el tiempo suficiente en la región, podrían ir a explorar la montaña, al menos una vez.

—¡Hurra! —gritó el pecoso.

De pronto, todos quedaron asombrados al oír que la bocina del vehículo de los Hollister empezaba a sonar. Un momento después también se oía la del coche de los Moore.

—¿Quién estará haciendo eso? —preguntaron, preocupados, el señor Hollister y el señor Moore.

Ahora, en lugar de sonar de manera intermitente, las dos bocinas atronaban al mismo tiempo, sin interrupción.

—Puede que nuestros coches estén interceptando el paso a alguien —opinó la señora Hollister.

Los dos padres y todos los niños corrieron al exterior. Las

señoras, también llenas de curiosidad, se acercaron a mirar desde la puerta. Pete, que fue el primero en llegar al microbús, gritó:

—¡Papá, alguien ha dejado apretado con adhesivo el botón del claxon de nuestro coche!

El señor Moore comprobó que otro tanto había sucedido en el suyo.

—Una travesura de algún chiquillo —dijo el señor Hollister, sin dar importancia al hecho—. Tal vez consideró que había demasiado silencio en Sunrise.

Todos miraron a un extremo y otro de la calle, pero no pudieron ver a nadie en aquellos momentos. Cuando volvieron a entrar en el restaurante, encontraron ya servida la comida. Tomaron asiento y empezaron a saborear los deliciosos platos preparados.

Un momento después se oía una exclamación de Helen Moore:

—¡Mi libro! ¡Ha desaparecido! ¿Lo ha tomado alguno de vosotros?

—¡No, no! —replicaron todos rápidamente.

—Pues alguien se lo ha llevado —insistió Helen—. ¡Y, si se lo ha llevado alguien, puede que encuentre la «Montaña Tenebrosa» antes que nosotros!

CORDEROS PERDIDOS



Helen Moore se sentía tan triste por haber perdido su libro sobre la historia de Méjico, que hablaba de la «Montaña Tenebrosa», que casi no podía contener las lágrimas. También Jack y sus padres estaban muy contrariados.

—Puede que se haya caído al suelo —sugirió Pete, esperanzado, y se agachó a buscar por debajo de las mesas, pero no encontró nada.

—Le preguntaremos al camarero —dijo la señora Moore—. A lo mejor él lo ha retirado, mientras salíamos fuera.

Pero cuando hablaron con el camarero, éste contestó qué no. Entonces todos se pusieron a buscar apresuradamente. Hasta los rancheros se unieron a la búsqueda en sillas, mesas y bandejas. Pero el pequeño libro rojo no se encontraba por parte alguna.

—Lo lamento de verdad, señora —dijo uno de los rancheros, dirigiéndose a la señora Hollister—. Hace algún tiempo que todo desaparece por aquí como si tuviera pies.

—¿También usted ha perdido un libro? —preguntó Holly.

—No, linda damita —contestó el ranchero, sonriente—. Pero estamos perdiendo ganado. Precisamente hemos estado hablando

sobre la posibilidad de descubrir a los ladrones.

—Entonces, el dueño de los almacenes no bromeaba del todo —cuchicheó Pam a su madre.

—Yo creí que ya no se producían robos de ganado —comentó Pete.

El joven ranchero puso rostro ceñudo.

—Nada de eso —dijo—. Esto sigue siendo el Oeste.

Los cuatro hombres se despidieron y salieron del restaurante.

—¿Habéis oído? ¡Hay cuatreros! —exclamó Ricky—. ¡Canastos! Me alegro de tener este traje. ¡Al ataque, vaquero!

Y el pequeño empezó a correr alegremente alrededor de la mesa.

¡Pero Helen estaba tan triste!…

—¡Qué pena! —lloriqueaba—. ¿Cómo vamos a encontrar la «Montaña Tenebrosa» sin los planos?

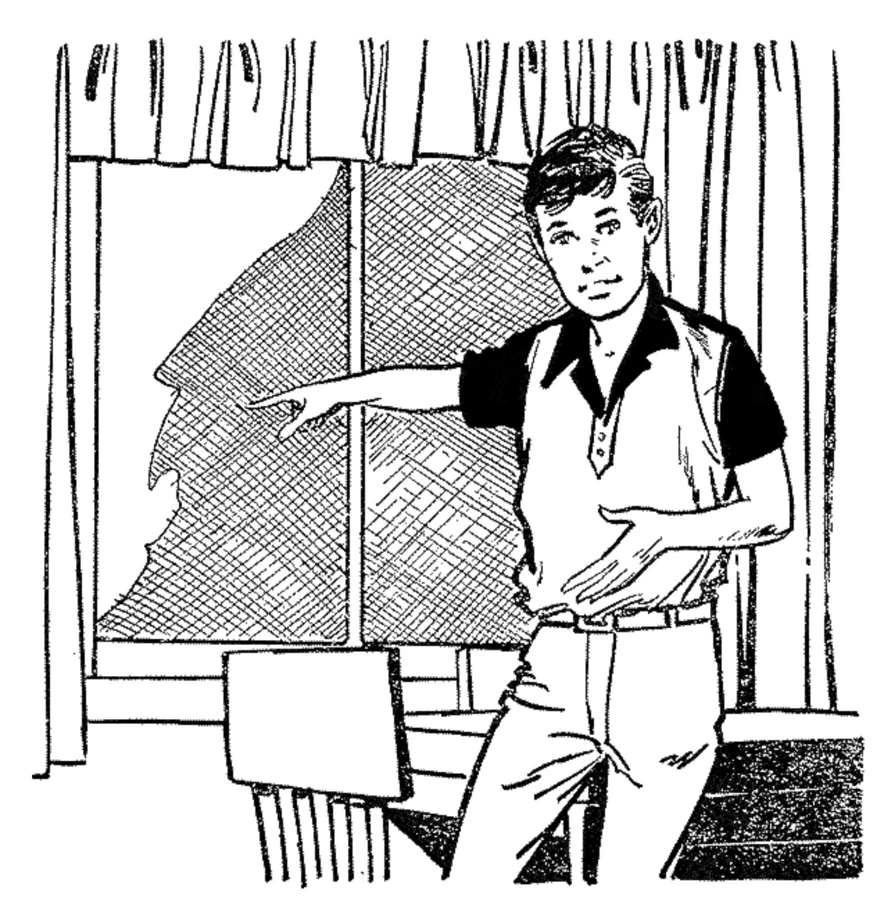
—Ahí viene el propietario —indicó el señor Moore, al ver que un hombre se aproximaba—. Quizá él pueda ayudarnos.

Y el señor Moore se apresuró a preguntarle si había visto a alguien del hotel salir con un libro rojo, pero el propietario movió de un lado a otro la cabeza.

—¿Qué haremos? —preguntó Helen.

De repente, Pete señaló la ventana inmediata a la mesa.

—¡Mirad! —exclamó.



Todos pudieron ver que la tela metálica de la ventana había sido apartada unos centímetros del marco. Pete hizo chasquear los dedos.

—¡Los bocinazos no fueron ninguna broma! —declaró—. Alguien quería que saliésemos de aquí el tiempo suficiente para poder tomar el libro de encima de la mesa.

—Bien razonado, hijo —afirmó el señor Moore—. Y esa persona debe tener un enorme interés por el libro cuando ha provocado tantos conflictos.

—Pero ¿quién podría tener interés en robarlo? —se lamentó Helen.

La señora Hollister opinó que, quienquiera que fuese el culpable, habría estado al otro lado de la ventana y seguramente escuchó la conversación sobre la «Montaña Misteriosa».

Los niños corrieron a la ventana y miraron por ella, pero las calles se veían desiertas. Los habitantes de Sunrise estaban en sus casas, durmiendo la siesta.

—Será mejor que terminemos de comer —opinó la señora Hollister. Sonrió, deseosa de consolar a Helen, y añadió—: Sentimos mucho lo de tu libro, pero tengo la impresión de que lo encontraremos en el momento menos esperado.

Helen procuró consolarse. Mientras reanudaban la comida, Ricky tuvo una idea.

—Busquemos pistas fuera —cuchicheó a los otros niños—. Podemos comer de prisa y acabar antes que los demás.

Interesados con la proposición, los pequeños se dieron prisa por acabar el resto del menú. Luego, prometiendo a sus padres no alejarse demasiado, los siete chicos salieron presurosos del hotel.

—¿Dónde buscaremos primero? —preguntó Helen, cuando llegaron a la acera.

Todo estaba silencioso. No se veía a nadie. Pero aún no habían decidido por dónde ir, cuando el grupo de niños oyó resonar los cascos de un caballo.

—Seguramente será el «malo» —dijo Ricky en tono truculento—. ¡Vayamos a ver!

Frente a ellos, al final de la calle, un hombre a caballo avanzaba al trote lento. El jinete era muy flaco y el caballo huesudo también. El jinete llevaba un viejo sombrero de ala ancha con un agujero en el ala.

—¡Oh! ¡Si se parece a Mike Mezquite! —gritó Ricky, extrañado.



Al oír aquello, el jinete se volvió a mirar a los niños. Holly agarró a Pam por un brazo.

—¡Es Mezquite! —murmuró convencida.

Al instante, el hombre hundió las espuelas en los flancos de su montura y se perdió por la esquina más próxima.

—¡Vaya! ¡Parece como si se hubiera asustado de nosotros! —comentó Pete.

—Puede que se haya asustado de verdad —dijo Pam, pensativa—. Como él se llevó a Willie Boot…

—¿Creéis que él robó el libro? —preguntó Holly a los otros.

—Apostaría a que sí —aseguró Jack—. Él o Willie.

—Pero ¿cómo podían saber lo del libro? —objetó Helen—. Nosotros no se lo hemos dicho a nadie.

Pete contestó que él sospechaba que Willie habría estado buscando la oportunidad de jugarles una mala pasada, tanto a los

Hollister como a los Moore. Era muy probable que les hubiera estado espiando desde el otro lado de la ventana.

—Voy a buscar pistas —decidió el muchachito.

Pete corrió hasta la ventana, se arrodilló en el suelo y buscó huellas en la tierra. Había varias huellas de pies, unas más pequeñas que otras.

—De hombre y de chico —razonó Pete—. Los dos llevan botas vaqueras.

Los niños hablaban acaloradamente sobre el par de sospechosos, mientras regresaban al hotel.

—Si ese chico tan antipático tiene mi libro, seguramente no lo recuperaré nunca —suspiró Helen.

—Nada de eso, Helen —dijo Jack—. ¡Buscaremos a ese Willie y le obligaremos a que nos lo devuelva!

—Y si nosotros seguimos aquí, os ayudaremos —se ofreció Pete.

—¡Pues claro que vamos a estar! —declaró Holly alegremente.

—Al lado de los Hollister, no se puede estar triste —murmuró Helen con una sonrisa—. Supongo que por eso os llaman los «Felices Hollister».

En ese momento llegaron los padres. El señor Hollister se despidió:

—Adiós, y hasta pronto.

Toda la familia Hollister se instaló rápidamente en el vehículo, mientras el señor Hollister se ponía al volante para salir de la población. De nuevo se encontraron viajando por un terreno muy llano, con grupos aislados de chaparrales y pinos.

Ricky aplastó la naricilla contra el cristal, mientras contemplaba a unos vaqueros que conducían ganado. El pecoso se imaginaba a sí mismo entre aquellos hombres, ayudando en el rodeo o en el marcado de las reses.

«Podría usar el lazo de vaquero que compré en el pueblo» —iba pensando, cuando le arrancó de sus reflexiones un grito de Holly.

—¡Mira, papá! Allí, a un lado de la carretera, hay una niña pequeña, sola.

El señor Hollister redujo la velocidad, conforme se aproximaban a la niña.

—¡«Probe»! Está llorando —se compadeció Sue.

La señora Hollister, preocupada, dijo a su marido:

—John, es mejor que veamos qué le sucede. Tal vez la pequeña esté enferma.

—O se haya perdido —opinó Pam.

El señor Hollister detuvo el microbús junto a la niña. Pam abrió la portezuela y bajó del coche.

—¿Te pasa algo? —preguntó, arrodillándose al lado de la pequeña.

En lugar de contestar, la pequeña lloró con más fuerza. Para entonces, los demás niños y los señores Hollister habían bajado del vehículo y se acercaban.

—¿No te sientes bien? —preguntó Pam cariñosamente.

—Sí… Estoy bi… bien —logró contestar la pequeña, entre hipidos y lágrimas—. Pero mi… mi…

Un sollozo le ahogó la voz y no pudo acabar de explicarse.



La señora Hollister se inclinó y rodeó afectuosamente con su brazo los hombros de la pequeña. Luego sacó un pañuelo y le secó los ojos húmedos por las lágrimas.

—Si nos dices lo que te pasa, tal vez podamos ayudarte.

—Es que… ¡Se ha perdido mi corderito! —declaró la pequeña de un tirón, y sus ojos castaños volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Has perdido tu cordero? —repitió Sue, acercando su carita sonrosada a la de la niña, para indagar, muy seria—. ¿No serás acaso la «Pequeña Pastora»?

La extraña pregunta de Sue hizo que la niña olvidara su disgusto, por un momento, y levantase la cara sonriendo. Tendría unos ocho años, la piel de un suave tono oliváceo y el cabello negro y rizado.

Moviendo negativamente la cabeza, contestó a Sue:

—No. No soy la «Pequeña Pastora», aunque también he perdido mi cordero. Yo me llamo Dolores Vega.

Los Hollister se miraron, sorprendidos.

—¿Eres del rancho Álamo? —se apresuró a preguntar Pam.

—Sí —repuso Dolores—. ¿Cómo sabéis dónde vivo?

La señora Hollister contestó que toda la familia se dirigía en aquellos momentos al rancho Álamo, y explicó a la niña el motivo. Al oír aquella noticia, Dolores se alegró mucho.

—¿Quieres venir a tu rancho con nosotros? —le preguntó Pam.

Dolores, que estaba muy cansada porque llevaba largo rato caminando, contestó que le gustaría mucho. Se sentó entre Pam y Holly y, por vez primera, se fijó en los trajes adornados con piel de conejo de los Hollister. Pam le explicó cómo los habían adquirido.

Mientras recorrían el camino, los Hollister hicieron preguntas a Dolores sobre los corderos. La niña contestó que, además del suyo, se habían perdido varios corderitos pequeños y tenía miedo de que les hubiera ocurrido algo. A Dolores le gustaba abrazar a los corderitos porque eran cálidos y mimosos. Al cabo de un rato, Dolores se inclinó hacia delante en su asiento.

—Ahora, por favor, gire a la derecha en el primer cruce —indicó al señor Hollister—. Ese camino lleva directamente a nuestro rancho.

El señor Hollister hizo lo indicado y pronto se encontraron ante

una serie de edificios bajos, levantados en un campo salpicado de álamos.

—Éste es nuestro hogar —dijo Dolores, sonriendo.

—Es muy bonito —declaró Pam.

—Me gusta mucho que hayáis venido a visitamos —declaró Dolores.

La casa principal estaba construida en forma de L, con un lindo patio, rodeado de macizos de flores muy bonitas. Próximo estaba el granero, construido con madera y adobes. Mientras el señor Hollister detenía el microbús delante de la casa, en la puerta apareció un hombre.

—¡John Hollister! —exclamó, corriendo en seguida a su encuentro. Y los dos amigos se estrecharon la mano con fuerza.

—¡Frank Vega!

El señor Vega, más bajo que John Hollister, mostraba una simpática sonrisa en su rostro. Tenía el cabello negro y rizado, y la piel olivácea, como la de Dolores.

—Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos —comentó el señor Hollister, que luego fue presentando a toda su familia.

Según iba saludando a uno tras otro, el señor Vega se fijó en que su hija estaba subida en el vehículo de los Hollister.

—Vaya. Veo que ya habéis hecho amistad con mi Dolores —comentó.

En aquel momento, una hermosa señora, con aspecto de española, apareció en la puerta, seguida de un muchachito que aproximadamente sería de la edad de Pete. El muchacho se llamaba Diego, tenía anchos hombros y dientes muy blancos, que brillaban cuando sonreía.

La señora Vega invitó a los Hollister a entrar y a sentarse en la gran sala que era, al mismo tiempo, cuarto de estar y comedor. Tenía cortinas y preciosos muebles de estilo hispanoamericano. En un rincón se veía una enorme chimenea.

—Hace años, antes de trasladarte aquí, me invitaste a que te visitara —comentó el señor Hollister que, sonriendo, añadió—: Ahora, gracias a los trajes de vaquero que confecciona la señora Vega, he podido llegar aquí con toda mi familia.

La señora, riendo, contestó que estaba muy complacida, no sólo de conocerlos, sino también de ver que lucían trajes diseñados por ella. Y explicó que se dedicaba, además, a criar conejos, y empleaba las pieles para adornar los trajes.

—¿Podemos ver los conejitos? —preguntó Sue enseguida.

La señora Vega sonrió y prometió que, más tarde, todos verían cómo daban de comer a los conejos. Luego hablaron de temas generales. Los niños se reunieron delante de la chimenea y Diego empezó a hablarles del rancho Álamo. Les explicó que tenía unas cien millas de longitud.

—¡Canastos! ¡Cien millas! —dijo Ricky, admirado—. ¿Y cuántos días tardáis en recorrerlo toda?

Diego, sonriendo, respondió:

—Sólo tardamos unas cuantas horas, si utilizamos el avión de papá.

A Ricky se le pusieron los ojos muy redondos, a causa de la emoción, mientras Pete lanzaba un silbido.

—¿Tenéis un avión aquí? —preguntó sorprendido.

Diego contestó que un avión era absolutamente necesario para gobernar un rancho de la extensión del rancho Álamo.

—Y ahora nos es muy útil para buscar el ganado perdido —añadió—. Papá vuela a diario, desde muy temprano, para buscarlo.

El chico siguió diciendo que unas veinticinco ovejas no habían vuelto, después de la última tormenta, ocurrida pocos días atrás, y que no se tenía el menor rastro de aquellos animales.

Holly comentó en tono compasivo:

—Es muy triste que los corderitos «niños» se hayan perdido, también.

—¡Dios quiera que estén con los grandes! —murmuró Dolores.

—¿Creéis que acabarán por volver? —preguntó Pam.

Diego, muy serio, replicó:

—Yo creo que no. Esos corderos no iban en manada y papá sospecha que no se extraviaron solos.

Los Hollister miraron a Diego, sorprendidos, y Pete hizo la pregunta de lo que todos estaban pensando:

—¿Alguien se llevó esos corderos?

Cuando Diego movió la cabeza afirmando, Ricky gritó:

—¡Oh! ¡Cuatreros!

El señor Vega, que acababa de aproximarse a ellos, dijo:

—Eso es lo que parece, Ricky.

—¡Ya sé lo que podemos hacer! —exclamó el pequeño, entusiasmado—: Salgamos a buscar el ganado perdido ahora mismo.

En aquel momento, una voz desconocida manifestó desde la puerta:

—No. Eso sería demasiado peligroso.

¡QUÉ NOMBRE PARA UN PERRO!



Un hombre delgado entró, cojeando, en la sala de los Vega. Vestía pantalones de trabajo de color caqui y una camisa gris.

—Hoy no es buen día para aventuras de niños —declaró solemnemente—. Anoche había luna de guadaña. Eso sólo es bueno para la pesca. Sólo para la pesca.

Dolores se echó a reír, al ver la cara de asombro de los cinco Hollister. En ese momento, el señor Vega dijo:

—Tengo el gusto de presentaros a «Truchas». Trabajó muchos años para mi familia como pastor. Pero ya sólo sale al campo para cabalgar con Diego y Dolores.

«Truchas» sonrió y perdió todo su aire solemne. Acto seguido, estrechó la mano a los Hollister, diciendo que se alegraba mucho de conocerles. Luego, Holly, que estaba algo atemorizada, preguntó:

—Señor «Truchas», ¿cómo puede usted saber que va a suceder una cosa antes de que ocurra?

El viejo pastor se sentó en una banqueta, ante la chimenea, y repuso con voz profunda:

—Mi abuelo me enseñó muchas cosas sobre la predicción del futuro. Pero prometí no revelarlas nunca.

Los cinco niños de Shoreham se estremecieron un poco al oír aquello. ¡Qué misterioso resultaba!

El señor Vega se echó a reír.

—Es sorprendente lo acertadas que suelen ser las predicciones de «Truchas» —admitió—. Bueno. Ya os habréis dado cuenta de que «Truchas» es sólo un apodo.

Al oír hablar de peces, Pete y Ricky se apresuraron a preguntar al viejo pastor qué tal se daba la pesca en el río cercano. A los dos hermanos les gustaba pescar y muchas veces se habían divertido viendo quién conseguía la pieza más grande.

—Iremos de pesca mañana —prometió «Truchas», antes de marcharse.

Pronto llegó la hora de dar la comida a los conejos. Diego y Dolores abrieron la marcha hacia una hilera de jaulas de alambre, que se encontraba un poco apartada de la casa. Las jaulas estaban llenas de conejos blancos, que arrugaban su hocico rosado y ponían muy tiesas las orejas.

—¡Son bellísimos! —afirmó Holly, sin titubeos—. ¿Puedo tomar uno en brazos?

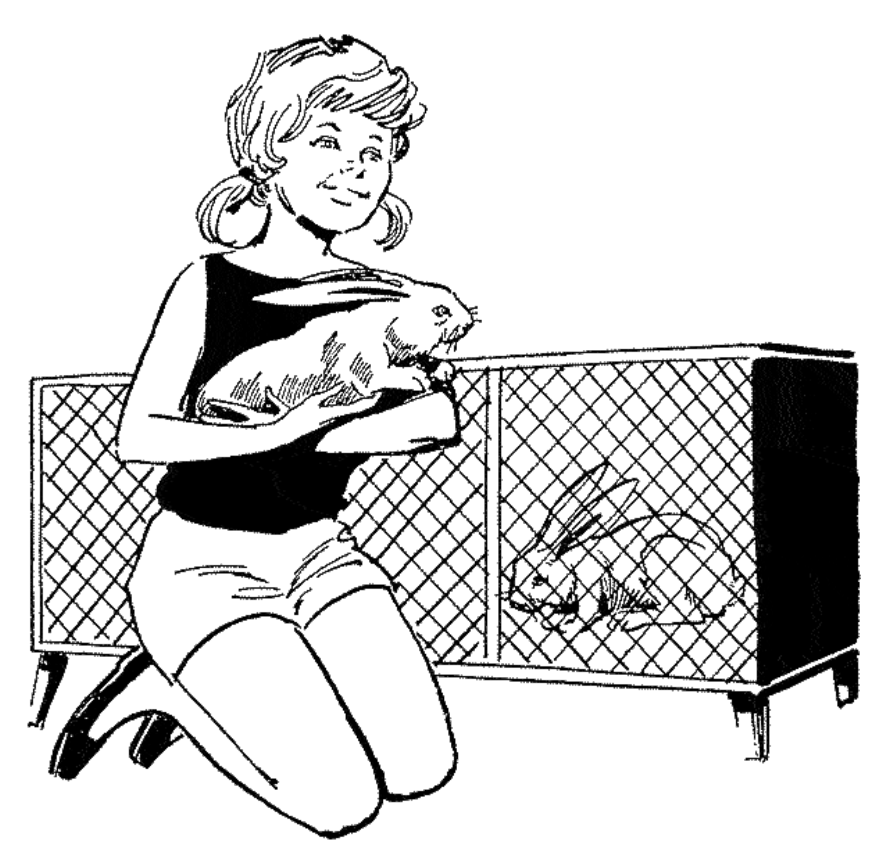
—Claro que sí —replicó Diego, levantando la tapa de una de las jaulas.

Se agachó y agarró por las orejas un conejito gordezuelo y lo puso en brazos de Holly.

—¡Qué animalito tan dulce! —murmuró la pequeña, acariciando la suave piel del animal. Y añadió en tono complacido—: No se asusta de mí.

Dolores dio a los demás niños puñados de hojas de lechuga. Todos corrieron a la jaula entreabierta y dejaron caer las hojas verdes.

—¡Huy! ¡Cómo saltan los conejitos! —gritaba Sue, entusiasmada, viendo cómo los animalitos corrían a buscar su alimento, moviendo la blanca cola y poniendo las orejas todavía más tiesas que antes.



—Vuestros conejos son muy modosos —comentó Pam—: Comen bocaditos pequeños, a pesar de que tienen mucho apetito.

En ese momento, Holly se dio cuenta de que uno de los animalitos no tenía lechuga a su alcance.

«Pobrecito. No ha corrido bastante, y ha llegado tarde para tomar su parte» —pensó la niña.

Estaba a punto de tirarle una hoja de lechuga, cuando se le ocurrió una idea mejor.

«Quizá este conejo se siente en dos patas y me pida la comida, igual que hace nuestro perro “Zip”» —se dijo.

Decidida a probar, sostuvo la hoja a la altura de la tapa abierta, donde el conejo podía verla. Y empezó a decirle mil lindezas:

—¡Anda, conejito precioso, conejito bueno, siéntate sobre dos patas y suplica que te de la comida!

Los ojillos del conejo brillaron, glotones, mirando la sabrosa

hoja de lechuga que Holly hacía bailar en lo alto de la jaula.

—¡Siéntate! —ordenó Holly, muy seria.

Pero un momento después dejaba escapar un asombrado «Ooooh».

Dando un ágil salto, el conejo salió de la jaula y aterrizó a los pies de Holly. Pero, antes de que hubiera podido hacer un sólo movimiento para alcanzarlo, el animalito se había escabullido, corriendo luego velozmente hacia los campos.

—¡Hay que capturarlo! —gritó Dolores—. Si se mete entre las hierbas altas, podemos darlo por perdido.

Todos los niños corrieron tras el conejo fugitivo. Holly, que también se unió a los perseguidores, lloriqueaba, diciendo:

—¡Si el conejito se pierde, habrá sido por mi culpa!

En aquel momento, por la esquina del granero apareció un gran perro de larga pelambre, morro alargado y oscilante rabo, que se unió a la búsqueda.

—¡Mirad! —gritó Ricky—. ¡Ese perro se comerá al conejo!

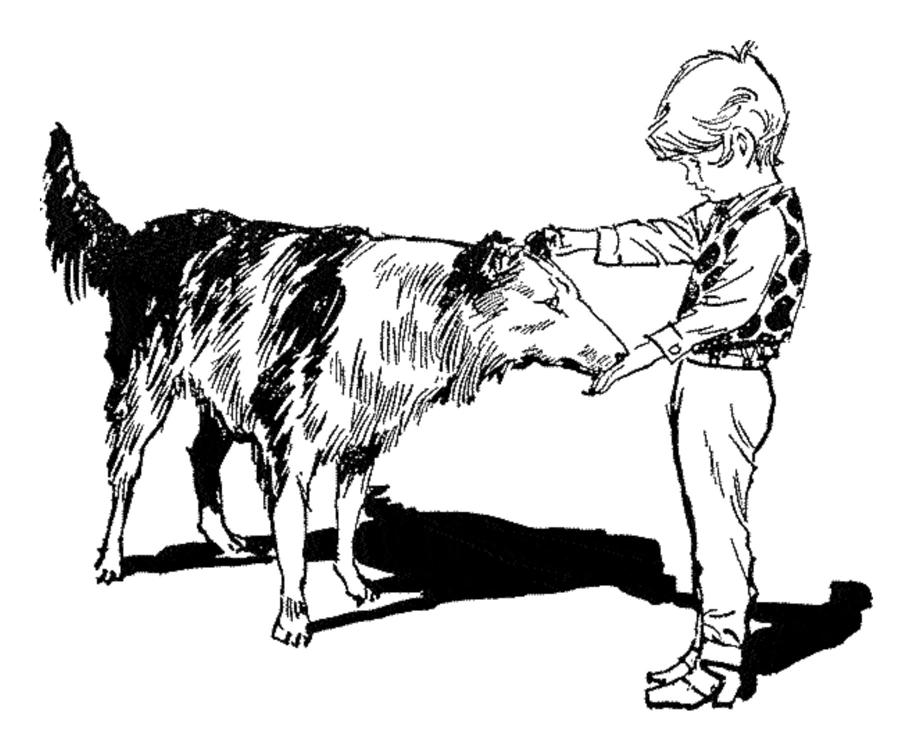
Los hermanos Hollister se preocuparon al ver al animal. Pero Dolores y Diego les dijeron que podían estar tranquilos.

—Es nuestro perro «Fríjoles» —explicó Diego—. Él no hace ningún daño a los conejos. ¡Atrápalo, «Fríjoles»!

Los hermanos Hollister apenas podían creer lo que estaban viendo. Cuando «Fríjoles» alcanzó al conejo, dio media vuelta y forzó al roedor a regresar hacia los niños.

—Mirad. ¿Lo veis? —dijo Dolores, mientras el animalito se acercaba.

Cuando estuvo cerca, Holly se inclinó y agarró al conejo. ¡Qué contenta se sintió al ver que el conejo no se había perdido!



—Siento mucho haber bromeado con el conejo —dijo Holly, mientras daba al animal varias hojas grandes de lechuga.

El perro de los Vega corrió junto a Sue y lamió una mano a la pequeña en gesto amistoso, mientras la niña le acariciaba con la otra.

—¡Qué nombre tan gracioso! —rió Sue—. Fri… Fri… —empezó a decir, pero no fue capaz de acabar de pronunciar el nombre entero.

—¿No sabes decir «Fríjoles»? —se extrañó Dolores—. Es lo mismo que judías.

—Entonces, ¿por qué no le llamamos judías? —propuso Holly—. Es más fácil de decir.

Diego contestó, sonriendo:

—Creo que Holly tiene razón. Será mejor llamar a «Fríjoles», judías; al menos, mientras los Hollister estén aquí.

—Pues tendremos que extenderle un nuevo certificado de nacimiento —dijo Holly, riendo también—. ¡Ven aquí, «Judías»!

El perro se aproximó, sacudiendo tanto su larga cola que iba levantando una nubecilla de polvo tras sí.

—Niñas, habéis vuelto a bautizar a «Fríjoles» —declaró Diego—. Ahora, yo voy a enseñar a Pete y Ricky la avioneta de papá.

Mientras los chicos se alejaban, las niñas regresaron a la casa. Dolores sacó papel y pluma del escritorio de su madre. Se lo entregó todo a Pam y dijo:

—¿Quieres escribir el nuevo certificado de nacimiento de «Fríjoles»?

Todas rieron de buena gana, mientras Pam se sentaba ante el escritorio y preguntaba:

—¿Cuándo nació «Fríjoles»?

—Hace tres años —contestó Dolores.

Pam escribió unas cuantas líneas en el papel. Luego se levantó de la silla y puso una cara muy seria para llamar a «Fríjoles». Las cuatro niñas rodearon solemnemente al animal, que miraba a Pam como si quisiera preguntarle qué ocurría. Pam le apoyó una mano en la cabeza y explicó.

—Ésta es la ceremonia de ponerte un nuevo nombre. ¡De aquí en adelante te llamarás «Judías»!

Y, levantando en alto el papel recién escrito, Pam leyó:

JUDÍAS VEGA. NACIDO EN AGOSTO DE HACE TRES AÑOS.
DR. HOLLISTER.

Todas estallaron en risas, mientras Pam colocaba el documento entre los dientes del perro. La ceremonia había concluido.

—«Judías», guapo, ¿te gusta tu nuevo nombre? —preguntó Sue.

El perro inclinó la cabeza, dejó caer el papel y lanzó dos ladridos: «¡Guau, guau!».

—Está diciendo que sí —afirmó Dolores, mientras «Judías» se ocupaba de recoger nuevamente el documento con los dientes.

Mientras tanto, los chicos habían ido a un espacioso granero donde el señor Vega guardaba la avioneta. Mientras cerraban la puerta, Ricky y Pete contuvieron el aliento, asombrados, al ver un hermoso aparato, de color rojo, con cabida para seis pasajeros.

—¡Canastos! ¡Cómo me gustaría tener uno así en Shoreham! —exclamó el pecoso.

—Y a mí —añadió Pete, entusiasmado—. Aunque preferiría uno

con flotadores de hidroavión, para posarnos sobre el lago.



Diego y sus amigos subieron a la cabina, y el hijo de los Vega enseñó a los Hollister el cuadro de instrumentos.

—Tened cuidado de no tocar para nada este botón, porque es el de puesta en marcha.

Después de estar un rato mirando el bien equipado aparato, Diego y Pete bajaron, pero Ricky siguió dentro de él.

—Es un buen aparato —declaró Pete, levantando la cabeza, mientras los dos daban una vuelta alrededor del avión.

Diego mostró a Pete el montaje de la cola y los aparejos del timón.

—¿Es muy pesado este avión? —preguntó Pete.

—Sí —contestó Diego—. Aunque nadie lo diría. Resulta muy

fácil levantar la cola. Vamos a probar.

Él y Pete apoyaron las manos en la parte posterior del aparato y empujaron hacia arriba, levantándolo un poco.

—¿Ves? —dijo Diego.

—Parece increíble —se asombró Pete—. Ya lo creo que es un buen aparato.

Lo malo fue que, en el interior de la avioneta, aquel movimiento había hecho a Ricky perder el equilibrio. El chico estaba muy cerca del cuadro de mandos y… ¡fue a caer directamente sobre el botón de la puesta en marcha!

Con un zumbido ensordecedor, ambos motores se pusieron en funcionamiento y las hélices empezaron a girar.

Ante el horror del pobre Ricky, el avión avanzó lentamente hacia la puerta.

EL RESBALÓN DE PETE



Al ver que el avión se ponía en movimiento, Pete y Diego gritaron, alarmados.

—¡Ayúdame! ¡Cuélgate sobre él como yo, Pete! —pidió Diego, mientras el aparato se iba acercando a la puerta de salida.

Los dos chicos intentaron detenerlo, empleando todas sus fuerzas, pero no les sirvió de nada. De pronto, Pete se fijó en un lazo de vaquero que colgaba de la pared. Descolgó la cuerda a toda prisa y la lanzó al estilo vaquero, consiguiendo pasarla por el saliente vertical de la cola. El otro extremo de la cuerda lo ató inmediatamente al poste.

¡Y dio resultado! El avión quedó inmovilizado, con las hélices a muy pocos centímetros de la salida del granero. Diego corrió al interior de la cabina y desconectó el motor.

—¡Uff! —murmuró Ricky, que se había puesto muy pálido a causa del miedo—. ¡Muchas gracias, chicos! Creí que iba a salir volando…

No había acabado de hablar cuando aparecieron en el cobertizo el señor Vega y el señor Hollister.

—¿Alguien ha puesto en marcha los motores? —preguntó el

padre de Diego.

Su hijo explicó cómo había ocurrido el accidente, y Ricky añadió:

—Me… me servirá de lección. Nunca volveré a ponerme cerca de un cuadro de mandos, como no tenga al lado a una persona mayor.

Ahora el señor Vega sonrió y dijo:

—¿Qué, muchachitos, os gustará ver nuestro rancho desde el aire en otro momento?

—¡Zambomba! ¿Se refiere usted a llevarnos en el avión? —preguntó Pete.

Cuando el señor Vega contestó que sí, Ricky prorrumpió en un prolongadísimo:

—¡Yuuuuupiiii!

—¡Será estupendo! Muchas gracias —dijo Pete.

Después de la cena, Dolores corrió a la sala, delante de todos, y anunció alegremente:

—Ahora, escucharán música española. Todas las noches cantamos y tocamos.

La niña abrió un armarito situado junto a la chimenea.

—¡Pero si está lleno de instrumentos musicales! —exclamó Pam—. ¿Cada uno de vosotros toca uno?

—Sí —repuso Diego—. Somos el cuarteto Vega.

Los visitantes contemplaron sumamente complacidos cómo el chico entregaba a Dolores una concertina, una marimba a su padre y maracas a la señora Vega. Luego, el chico sacó el instrumento que él tocaba: una magnífica y reluciente guitarra.

—¡Es estupenda! —cuchicheó Ricky a su hermano, señalando la guitarra.

Mientras los Hollister se acomodaban en el sofá y las butacas, el señor Vega hizo señas a su familia y empezaron a tocar las alegres notas de la marcha española «Valencia».

Los dedos de Dolores se movían ágilmente sobre la concertina. Diego rasgueaba la guitarra y, al mismo tiempo, el señor Vega hacía sonar la marimba, con notas que recordaban a una campanilla, y su mujer seguía el compás con las maracas.

—Es casi como si estuviéramos en España —declaró la señora

Hollister, ensoñadora, mientras escuchaba la dulce y alegre música.

Los intérpretes pasaron luego a interpretar una pieza que Diego dijo se llamaba «Jarabe Tapatío», y era una pegadiza danza mejicana, del sombrero. Más tarde, Dolores dejó su instrumento y tomó un adornado sombrero y unas castañuelas que colgaban de la pared. Se colocó las castañuelas en una mano, dejó el sombrero en el suelo y empezó a bailar a su alrededor, tocando las castañuelas al compás de la música. Cuando la música estaba a punto de concluir, Dolores hizo una, garbosa carrera, a saltitos, en torno al sombrero. Concluida la danza, los Hollister aplaudieron con gran entusiasmo.

—Es muy bonito. ¿Querrás enseñarme a bailarlo? —pidió Pam.

Dolores sonrió y prometió que lo haría.

Luego los Vega cantaron, primero canciones españolas, luego, norteamericanas. En estas últimas canciones, los Hollister también tomaron parte.

—Creo que nunca había cantado tanto como hoy, después, de nuestros alegres tiempos del club, en la Universidad —declaró el señor Hollister, sonriendo a su viejo amigo, una, vez concluyó la velada.



—¿Verdad que todo ha sido muy divertido? —comentó Pam, al dejarse caer en la cama, cansadísima, pero muy feliz. Estaba hablando con Holly, con quien compartía su habitación.

Al día siguiente, los niños se levantaron temprano y se vistieron pantalones téjanos y camisas deportivas. Llegó «Truchas» para llevarse a los chicos a pescar. Mientras los cuatro preparaban cañas y carretes, Sue les observaba, fascinada. Por fin, acercándose al viejo pastor, pidió:

—Señor «Truchas», ¿me querrás dar unas poquitas de esas truchas tuyas para la cena?

A todos hizo reír la ocurrencia de la pequeñita, y Dolores aseguró que Sue estaba aprendiendo muy de prisa el español.

—Yo te enseñaré más palabras, si quieres —se ofreció.

Pete, Ricky y Diego siguieron a «Truchas» hasta el establo en el fondo del cuál había varios pesebres. El anciano entró, para salir pronto con tres caballos. Hizo la presentación de los animales, diciendo que se llamaban «Mancha», «Amigo» y «Astuto». Luego subió a Ricky sobre «Astuto» y él se montó detrás. Diego saltó ágilmente sobre «Mancha» y Pete montó en «Amigo».

—Olvidaba mi caña especial —dijo «Truchas» de repente—. Nos detendremos para recogerla.

Cruzaron un puente de madera que pasaba sobre un riachuelo, a alguna distancia del establo. Diego explicó que, durante una fuerte tormenta, el arroyo se había desbordado.

Los jinetes cruzaron los pastos y pronto llegaron a un edificio bajo, de adobes, con calabazas pintadas de rojo, verde y amarillo colgando de la puerta de entrada. Cuando Ricky preguntó para qué servía aquello, «Truchas» contestó, sencillamente, que daban buena suerte.

—Pues a ver si tenemos suerte en la pesca —deseó Pete, mientras el viejo desmontaba y entraba en la casita.

Salió a los pocos minutos con una vara corta y nudosa, montó de nuevo y todos se pusieron en camino hacia el río. Media hora más tarde, mientras se abrían paso por un bosquecillo de juníperos, oyeron el rumor del agua. A los pocos minutos llegaban a la orilla del ríe y se hallaron ante la corriente, que discurría por un cauce profundo.

Después de trabar las patas a los caballos, que dejaron a alguna distancia del río, «Truchas» y los chicos pusieron el cebo en los anzuelos y los lanzaron luego al agua. Casi en seguida, Pete y Diego tuvieron suerte. Unas hermosas truchas moteadas mordieron el anzuelo y empezaron a dar sacudidas en la superficie.

—¿Qué os dije? —voceó «Truchas» alegremente—. La luna en forma de guadaña es buena para la pesca.

—¡Es cierto, «Truchas»! —gritó Pete, emocionado, mientras enrollaba el hilo, para jalar la trucha más grande que pescara jamás.

Apenas había soltado el pez del anzuelo, cuando Ricky anunció:

—Yo también he pescado una. —Después de dejar su trofeo en la cesta, añadió—: «Truchas» todavía no ha pescado nada. Podríamos dejarle solo y marcharnos nosotros a dar un paseo por la

brilla.

—De acuerdo —dijo Diego.

—Parece que el agua está muy fría —comentó Pete, mientras buscaba otro buen sitio donde arrojar su anzuelo.

—Sí lo está —asintió Diego—. Este río nace en la cuna de las montañas de Colorado y el agua procede del deshielo de las cumbres.

Pete caminó más de prisa que sus compañeros. Pronto llegó a un pequeño repecho que se asomaba sobre el río.

—¡Qué sitio tan estupendo! —exclamó—. Desde aquí puedo arrojar el hilo al mismo centro del río.

En ese momento, oyó la voz de Diego que gritaba:

—¡Vuelve, Pete! ¡Ese lugar es peligroso!

Pero Pete no tuvo tiempo de retroceder. Sintió que el suelo se hundía bajo sus pies y fue a parar al agua fría del río.

Cuando emergió a la superficie de las espumosas aguas, Pete tenía tanto frío que apenas podía recuperar el aliento. Sin embargo, luchó por alcanzar la orilla, nadando tan de prisa como pudo. Pero cada vez que sus pies tocaban la orilla arenosa, la impetuosa corriente lo arrastraba nuevamente al centro del río.

—Le salvaré con mi caballo —dijo Diego a Ricky—. Tú ve adonde está «Truchas».

Ricky obedeció, aunque sin cesar de mirar, asustado, hacia el lugar donde su hermano luchaba con la corriente. ¿Por qué Diego era tan lento?

La verdad era que Diego ya no estaba allí. Había saltado velozmente sobre «Mancha» y cabalgaba por la orilla, corriente abajo. Para entonces, Pete chapoteaba y se hundía una y otra vez en las veloces aguas, sin poder hacer nada útil. Ricky empezó a temer que su hermano se hundiera en el río para siempre.

Diego desmontó y llevó a «Mancha» al borde del agua. De pronto, dio una palmada al animal, gritándole al mismo tiempo:

—¡Ve por él, «Mancha»! ¡Ve a recoger a Pete!

Mientras «Truchas» y Ricky observaban, el fiel animal nadó hasta el centro de la corriente. Pete, ya tranquilizado, se sujetó a la silla.

—¡Vuelve, «Mancha»! —ordenó Diego.

El animal giró y nadó hasta la orilla con Pete que, sujeto a la silla, flotaba sobre la superficie del agua.

Al llegar a la orilla, Pete se dejó caer al suelo, para recuperar el aliento. «Truchas» le aguardaba junto a Ricky.

—Ya os dije que la luna de guadaña no es buena para las aventuras de los críos —declaró el anciano—. Sólo es buena para la pesca.

—Creo que tiene usted razón —admitió Pete a regañadientes, mientras se quitaba la camisa y los pantalones para secarlos al sol —: Hoy no buscaré ya más aventuras. Procuraré dedicarme solamente a la pesca.



El grupo comió los bocadillos que habían llevado y luego todos contaron historias. Pete preguntó a «Truchas» y a Diego si alguna vez habían oído hablar de una montaña misteriosa donde existiera una cueva utilizada por antiguos «constructores de muñecas». Los

dos interrogados se miraron, atónitos, y acabaron echándose a reír.

—¿Es una broma? —preguntó Diego.

—No lo es —replicó Ricky, casi enfadado—. Mientras estemos aquí, vamos a ayudar a unos amigos a encontrar esa montaña.

Después de dedicarse a la pesca hasta obtener el número de piezas permitido por la ley, «Truchas» y los chicos montaron en los caballos y emprendieron el regreso.

—Si alguna vez cabalgáis solos por aquí, muchachos —advirtió «Truchas»—, guardaos mucho del monstruo gigantesco que habita en las montañas.

Pete y Ricky se miraron, muy sorprendidos.

—¿El monstruo gigantesco? —preguntó Pete—. ¿Y en qué montaña vive?

«Truchas» señaló un lejano monte y dijo:

—Creo que por allí.

Los Hollister dirigieron una mirada de reojo a Diego y, con sorpresa, advirtieron que el muchachito tomaba muy en serio las palabras del viejo pastor.

—Diego, ¿de verdad hay un monstruo gigante?

—Sí —murmuró el muchacho.

—Entonces cuéntanos algo sobre él —pidió Pete, muy interesado.

Como Diego guardara silencio, fue «Truchas» quien les dijo que el monstruo vivía en una cueva y hacía un ruido horrible.

Pete abrió unos ojos como platos al oír aquello.

—¡Apuesto a que es la misma «Montaña Tenebrosa» de que yo hablaba! —exclamó.

—Nunca he oído llamarla así —repuso «Truchas».

Pete se apresuró a preguntarle:

—¿Sabe usted si el monstruo gruñe como un oso?

«Truchas» se encogió de hombros y tan sólo recomendó:

—No os aproximéis al monstruo de la montaña. No quisiera que os ocurriese algo malo.

Mientras Ricky y Pete continuaban haciendo preguntas, Diego permaneció extrañamente silencioso, y los dos hermanos comprendieron, por la expresión de su rostro, que no debían insistir más.

Ricky se volvió a Pete para cuchichearle:

—¡Otro misterio! Habrá que ir a buscar al monstruo otro día.

Pete arrugó el ceño y aconsejó no hablar más del monstruo. Aunque su hermano guardó silencio, interiormente decidió averiguar más cosas, a través de Diego, en otro momento.

Los caballos trotaron en fila. «Truchas» abría la marcha. De repente, el viejo detuvo su montura con brusquedad, y levantó la mano derecha.

Los chicos también se detuvieron, mientras «Truchas» desmontaba, para agacharse y examinar las huellas recientes dejadas en la tierra por algún animal. También los muchachos desmontaron y acudieron a ver de qué se trataba.

—¡Huellas de cordero! —declaró «Truchas».

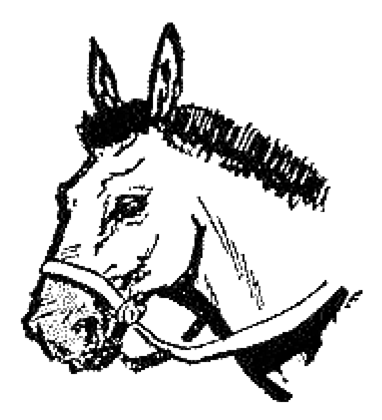
Y a continuación, el anciano habló atropelladamente a Diego, en español.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber el pelirrojo.

Diego explicó:

—Siempre que se pone nervioso, «Truchas» habla en español. Ahora me ha dicho que él cree que las huellas son de corderos de mi padre.

SIETE BURRITOS



—Vamos a seguir las huellas —propuso Diego, saltando a la silla de su caballo.

«Truchas», Ricky y Pete montaron también, y se pusieron en marcha rápidamente, en la misma dirección que seguían las huellas. Habían recorrido un par de millas cuando Diego declaró:

—Estos animales no eran ganado perdido. Alguien los conducía.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ricky, con gran admiración en su voz.

—Porque iban casi en línea recta —respondió Diego.

—Es cierto —asintió «Truchas»—. Y yo he visto huellas de un caballo. Alguien guiaba a las ovejas.

Cuando el reducido grupo hubo caminado durante otra hora, «Truchas» dio la voz de alto.

—No podemos arriesgarnos a seguir adelante —declaró—. Se haría de noche antes de que tuviéramos tiempo de volver.

—¿Podremos continuar buscando mañana? —preguntó Pete sumamente interesado.



«Truchas» estuvo de acuerdo y Ricky, para celebrarlo, se puso de pie sobre los estribos y gritó alegremente:

—¡Yiiiiiuuuupiii!

El sol se había convertido en una gran bola roja que iba desapareciendo tras las distantes montañas, cuando los excursionistas llegaron a la casa.

Diego entró en la sala a la carrera.

—¿Dónde está papá? —preguntó a su madre muy excitado.

La señora Vega respondió que el padre se había ido a California por asuntos de negocios, y que no volvería hasta la tarde siguiente. Desencantado, el chico explicó a su madre y al matrimonio Hollister cómo habían estado siguiendo las huellas de los corderos.

—Tu padre debe saber eso en seguida —opinó el señor Hollister —. ¿Se le puede telefonear?

—Sí. Iré a buscar el número —contestó la señora Vega.

La telefonista localizó al señor Vega en el hotel en que se hospedaba. Al saber lo ocurrido, se mostró muy sorprendido y dijo que procuraría volver a casa lo antes posible. Pero no podía ser antes del día siguiente.

La señora Vega acababa de colgar el auricular cuando todos en la casa dieron un salto, sobresaltados. Un relámpago deslumbrador, seguido de un gran trueno, sorprendió a todos.

—¡Huy! —dijo Diego, mirando desde la ventana al cielo ennegrecido—. Vamos a tener tormenta.

—Al rancho le hace falta el agua —dijo la señora Vega—. Pero confío en que no se trate de una lluvia torrencial. La lluvia lenta es buena para los pastos, pero cuando el agua cae del cielo a cántaros, corre con demasiada rapidez y la tierra no la absorbe.

El cielo iba poniéndose cada vez más negro y los niños lo contemplaban con mucho interés detrás de los cristales. La señora Vega preparó la cena. Mientras cenaban, comenzó a soplar un viento huracanado y la lluvia empezó a caer con fuerza. Se producían relámpagos zigzagueantes y cegadores y cada trueno era como el disparo efectuado por un gigantesco cañón.

Ricky declaró que nunca había oído tanto estruendo.

—Puede que sea porque, además, el monstruo esté gruñendo —comentó.

—¿Qué monstruo? —preguntaron sus hermanas a coro, mientras Dolores miraba a su hermano con verdadero miedo reflejado en sus ojos.

Ricky contó lo que «Truchas» les había dicho. Pero antes de que nadie pudiese continuar haciendo comentarios, Dolores suplicó que no se hablase más del tema. Para cambiar de conversación, la señora Hollister comentó:

—Nunca había visto una tormenta tan fuerte. ¿Se producen con frecuencia por aquí?

La señora Vega respondió que era una tormenta típica de la región.

—No duran mucho, pero caen increíbles cantidades de agua. Son verdaderas lluvias torrenciales.

—Es igual que si estuviera cayendo del cielo un río entero —dijo Holly—. ¿Adónde va tanta agua?

—Al arroyo. Os lo enseñaremos cuando deje de llover.

Como la señora Vega había pronosticado, la lluvia cesó al poco rato y el cielo quedó muy despejado. Fuera se oía correr del agua sobre la superficie árida de la tierra.

—¡Vamos! —dijo Diego al poco rato, indicando a sus amigos que les siguieran al exterior.

Después de quitarse los zapatos y los calcetines, todos salieron corriendo de la casa. Chapoteaban alegremente en el fango, cuando recorrían el trayecto que les separaba del arroyo, que aquella misma tarde estaba seco, pero que ahora parecía a punto de desbordarse, lleno de una masa de agua espumosa.

—No os acerquéis mucho —advirtió Diego—. Sería muy difícil sacar a nadie de ahí si se cayera.

Dolores explicó a las niñas que el cauce del arroyo lo habían ido abriendo las aguas de muchas tormentas.

—Cada año se hace más ancho y más hondo —añadió.

—¡El puente ha desaparecido! —exclamó Ricky, de pronto—. No está el puente por donde pasamos. ¿Cómo vamos a pasar al otro lado mañana, cuando salgamos a buscar las ovejas perdidas?

Dolores se echó a reír y contestó:

—Cada vez que hay una tormenta tenemos que poner tablones de nuevo, como puente.

Los niños estuvieron contemplándolo todo hasta que se hizo tan oscuro que apenas se distinguía cosa alguna. Después regresaron a la casa, donde se inició la velada musical de cada noche, hasta el momento de acostarse.

A la mañana siguiente, Pete y Ricky se levantaron temprano.

—Yo quiero ir a ver si todavía lleva agua el arroyo —declaró Ricky, mientras se calzaba.

—Bien. Yo iré contigo.

Los dos chicos salieron de prisa. Cuando llegaron a la orilla del arroyo se encontraron a Diego, que contemplaba la estrecha faja de agua que discurría por el fondo del cauce.

Pete, al mirar hacia la orilla opuesta, vio algo que le hizo gritar:

—¡Eh! Allí hay un sombrero mejicano. ¿Pertenece a alguien del rancho?

—Pronto lo sabremos —contestó Diego.

Y marchó al granero para volver al poco rato con un largo palo. Los tres muchachitos corrieron por la orilla del arroyo hasta llegar a la altura del sombrero. Para entonces, el sombrero había caído al agua y estaba siendo arrastrado por la corriente.

—¿Puedes alcanzarlo? —preguntó Pete a su amigo Diego, que intentaba en vano apoderarse del sombrero arrastrado por el agua.

Al poco, Pete pidió:

—Oye, ¿por qué no me dejas probar a mí?

Pete tomó el largo palo con ambas manos y se inclinó hacia adelante. Diego le sujetaba con fuerza por la cintura y Ricky aferraba a Diego por el cinturón.

Pete se aproximó tanto como pudo y, al fin, alcanzó el sombrero. Mientras lo izaba, para dejarlo en la orilla, comentó:

—La verdad es que está muy viejo.

—Sí —dijo Diego—, y no me parece que sea de nadie del rancho Álamo. —Examinó el sombrero y añadió—: No lleva iniciales, y en el rancho todo el mundo tiene marcados sus sombreros.

—Pero si parece el que vimos que llevaba Mike Mezquite, en el pueblo… —murmuró Pete.

—Es verdad —confirmó su hermano—. Tenía un agujero en las alas, lo mismo que éste. ¿Tú crees que…?

Pete puso unos ojos grandes como platos.

—¡Si es de Mike Mezquite, eso probaría que ese hombre ha estado en vuestra propiedad!

—¿Y para qué iba a entrar aquí si no fuera a robar ganado? —reflexionó Diego, muy nervioso—. Voy a decirle a papá que hable de esto con la policía del estado.

Los chicos se llevaron el chorreante sombrero a casa. Al verlo, la señora Vega estuvo de acuerdo en que debían informar de aquello a la policía, pero opinó que Diego debía esperar a que regresara su padre.

En aquel momento, llegó Dolores corriendo, desde los cobertizos. Estaba muy nerviosa y pidió a todos que fueran al corral de las ovejas. En seguida todos salieron con ella. La niña abrió la puerta del corral y entró en silencio, a la vez que hacía señas para que no hiciesen ruido. La niña indicó una pequeña cavidad. Allí descansaba una oveja y a su lado, hecho un ovillo, había un

corderito recién nacido.

—¡Qué bebé tan precioso! —exclamó Holly, en voz muy baja—. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Ese corderito ha nacido la pasada noche —repuso Dolores; en seguida se volvió a su madre y añadió—: Mamá, tiene una patita torcida. Y no puede sostenerse en pie.

La niña se inclinó y tomó al corderito en sus brazos. Era cierto, una de las patas se veía deformada.

—¿Qué haremos? —preguntó Pam, compadecida del corderito.

—Estoy segura de que «Truchas» podrá arreglar eso —dijo la señora Vega—. Diego, ve a buscarle.

El chico se marchó a cumplir con el encargo sin pérdida de tiempo.

Cuando terminaron de desayunar, los niños pudieron comprobar que el anciano pastor había atendido al animal, colocando la pata en su debido lugar y entablillándola tan bien como pudiera haberlo hecho un veterinario. «Truchas» afirmó que el corderito podría corretear con sus congéneres antes de una semana.

—Pero ¿es que lo van a dejar con el resto del rebaño? —preguntó Pam.

—Sí —contestó el anciano—. Por lo general, dejamos a los corderos con su madre sólo un par de días. Pero después las madres pueden reconocer a sus pequeños entre todos los del rebaño.

—¡Qué gracia! —dijo Holly, riendo.

Cuando los pequeños Hollister salían del granero, Diego les pidió que le siguieran. En otro lugar del corral había siete pequeñas divisiones. Y en ellas se veían… ¡Siete burritos de poco tamaño!

—¡Son preciosísimos! —gritó Holly, entusiasmada.

—Y todos «igualos» —comentó Sue con su vocecilla chillona—. ¡Qué caballos tan pequeños! ¿Es que son bebés?

—No. Son personas mayores —contestó Diego.

Y explicó a los Hollister que no eran caballos, sino asnos de una raza enana, que empleaban los pastores como animales de carga.

—¿Y pueden resistir mucho peso? Son tan pequeños… —dijo Pam.

A lo que Diego respondió:

—Los burros son muy fuertes. Y tienen las patas muy firmes.

Pueden ascender por pasos montañosos muy estrechos, llevando cargas pesadas.

—¿Cómo se llaman los burritos? —inquirió Holly.

—Les hemos puesto los nombres de los días de la semana dijo el chico —«Lunes», «Martes», «Miércoles», «Jueves», «Viernes», «Sábado» y «Domingo».

—¡Qué gracia! —dijo el pelirrojo, que encontró dificilísimo poder acordarse de tantos nombres, porque él, naturalmente, no sabía los días de la semana en español. Cuando Diego repitió los nombres de los animalitos en inglés, la cosa fue mucho más comprensible para los Hollister.

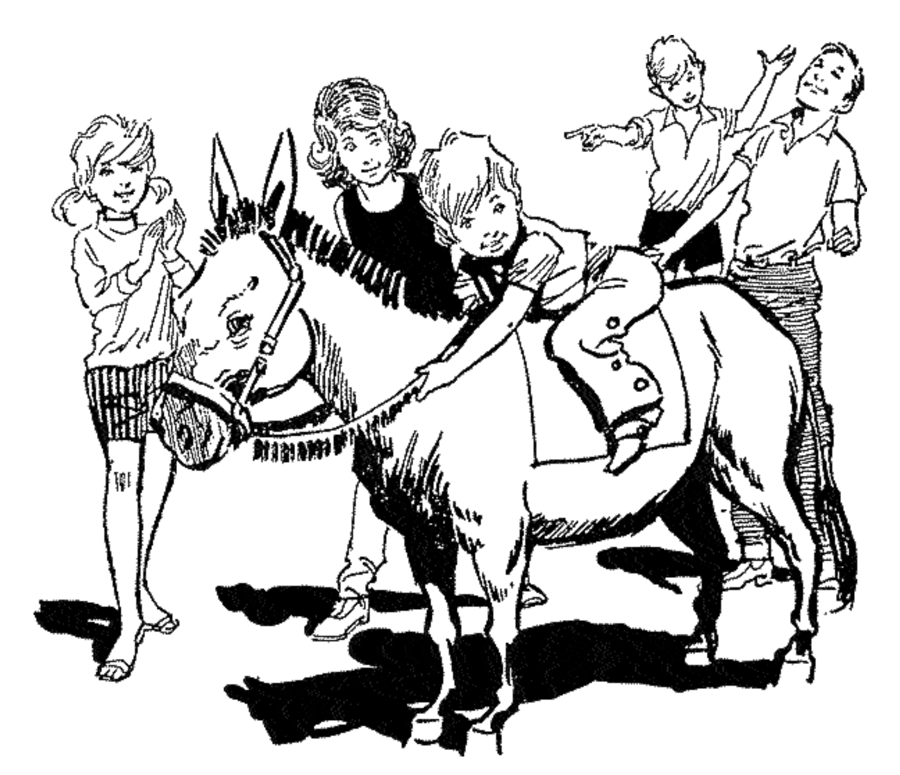
Entonces, Dolores miró a Pam con un brillo burlón en sus bellos ojos castaños, y preguntó:

—¿No querréis cambiar también el nombre de los burros por nombres americanos?

Pam se echó a reír alegremente:

—No. Con «Judías» ya ha sido suficiente. Pero, a vosotros no os importará que digamos los nombres en inglés, porque no es más fácil, ¿verdad?

—Claro que no.



Holly acarició el hocico de «Domingo» y dijo riendo:

—Me gustaría montar a «Domingo», el próximo lunes, o a «Martes» este miércoles.

A todos hizo reír la ocurrencia. Luego Pete preguntó:

—¿Podríamos montar en ellos?

—Sí, sí. Podemos hacer un desfile en burro en lugar de a caballo —propuso Diego—. Hay un burro para cada Hollister. Ayudadme a sacarlos del corral.

Cuando los animales estuvieron en el exterior, cada uno de los Hollister subió en un burrito. Dolores se encargó de montar a Sue, a horcajadas, sobre «Sábado».

—Vamos, «Sábado» —lo animó la chiquitina—. Pero ten cuidadito de mí, ¿eh?

Los niños, entusiasmado, iban y venían a lomos de los burros.

—¿Verdad que es estupendo? —dijo Pam—. ¿Podremos dar algún día un largo paseo montados en ellos?

En aquel momento, la vocecilla de Sue chilló, aterrada:

—¡Socorro! ¡Sujetadme!

Antes de que nadie hubiera podido acudir en su ayuda, Sue resbaló del lomo de «Sábado» y cayó sobre el polvo. Diego acudió a levantarla. La pobre Sue lloraba y se tocaba la nariz.

—¡Me duele mucho! —repetía a gritos—. ¡Se me ha «rompido»!

—No te apures. Si se ha roto, te la entablillarán, como la pata del cordero —replicó Ricky muy serio.

Todos desmontaron para ver qué le ocurría. Pero ya la señora Hollister se había acercado y, después de examinar la naricita de la pequeña, la tranquilizó diciendo que no tenía nada roto, sino de un simple arañazo.

—Iré a buscar mi botiquín —ofreció Dolores, y fue seguidamente hacia la casa.

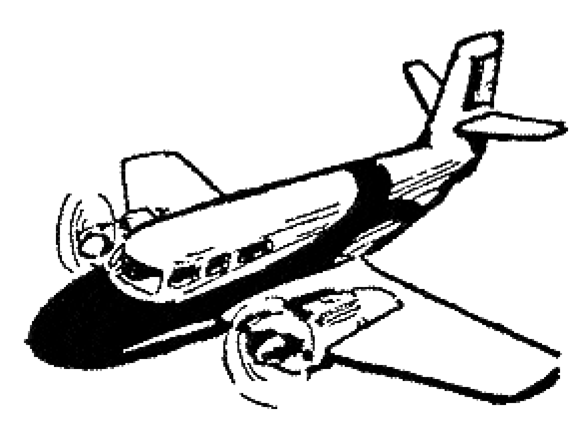
Volvió a los pocos minutos, trayendo un estuche azul con una cruz roja. Lo abrió y, como una experta enfermera, aplicó un trocito de gasa adhesiva sobre la nariz de Sue. Los niños dejaron los burros en sus respectivos pesebres y abandonaron el corral. Se aproximaban a la casa, cuando oyeron sonar el teléfono.

—¡Puede que sea papá! —dijo Diego, y corrió velozmente a descolgar el aparato. Pero la llamada no era del señor Vega. Se volvió hacia Pete y dijo:

—Es para ti, Pete.



JÓVENES PILOTOS



—¿Me llaman a mí? —se extrañó Pete—: ¿Quién es?

—No lo ha dicho.

Pete tomó el auricular y manifestó:

—Aquí Pete Hollister. ¿Quién es?

—Hola, Pete. Soy Jack Moore. Lo estamos pasando muy bien. ¿Y vosotros?

—Estupendamente. ¿No habéis estado todavía en la «Montaña Tenebrosa»?

—No —contestó Jack, en tono muy serio—. Por aquí, nadie ha oído hablar de ella. Y tampoco hemos encontrado el libro que nos robaron, de modo que no sabemos por dónde empezar.

—¡Qué lástima! Pero ya encontraréis algo en que entreteneros.

—Eso sí. Tenemos mucho trabajo —informó Jack—: Faltan muchas ovejas en el rancho Bishop y estamos buscándolas.

Pete dio un silbido.

—¿De verdad? Es lo mismo que está sucediendo en el rancho Álamo. Aunque nos parece que ya tenemos una buena pista.

—Puede que estén en el mismo lugar que las de aquí. El señor Bishop sospecha que han sido robadas.

—Lo mismo que creen aquí. Y sospechamos que ha sido Mike Mezquite —explicó Pete—. ¿Habéis averiguado dónde vive?

—No. Pero ¿a que no sabes una cosa? Helen y yo hemos recibido una nota de Willie Boot.

—¡Qué!

—Sí. Dice que no quiere que nos vayamos a casa pensando que fue él quien destrozó a Pedro y el burro, durante la fiesta. Dice que fue otro.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Pete.

—Ni nosotros. Pero Willie dice que el responsable fue otro, que estaba en el tejado del colegio. Pero ha prometido no decir quién lo hizo.

Pete prefería no pensar mucho en aquello, en beneficio de Willie, pero le resultaba difícil creer semejante historia.

—Bueno. Es mejor olvidarse de él —decidió Jack—. Oye, Pete. ¿Qué os parece la idea de venir un día a visitarnos?

—Estupendo. Pediré permiso a mis padres e iré a haceros una visita.

—Trae también a Pam. Helen dice que os dé recuerdos. Bueno, ahora tengo que irme. Hasta la vista. Ven pronto.

—Lo haré. Adiós.

Pete contó a los demás lo que Jack acababa de decirle y todos se extrañaron mucho de la reacción de Willie Boot. Mientras hablaban, se oyó el ruido de un coche que se aproximaba.

—¡Es papá! —gritó Dolores, saliendo a su encuentro.

Diego corrió detrás de su hermana; apenas el padre había detenido el coche, cuando el chico ya le estaba hablando de las huellas de las ovejas y de la pista que parecía señalar a Mike Mezquite como el ladrón del ganado.

—¿No crees que habría que comunicárselo a la policía? —preguntó Diego.

—Lo haré —replicó el señor Vega—. Es una buena idea. Hace tiempo que todos los rancheros consideramos que Mike Mezquite no es una persona honrada, pero no teníamos ni idea de que estuviera robando nuestro ganado.

El señor Vega acudió al teléfono para informar a la policía de las sospechas de su hijo. Luego, volviéndose a su familia y a los

Hollister, dijo:

—Creo que, después de comer, daré una pequeña inspección con la avioneta. ¿Alguien quiere acompañarme?

Sonó un coro de «Yo, yo», saliendo de las bocas de todos los niños.

La señora Hollister se echó a reír y dijo:

—Estoy segura de que no hay sitio para todos en el avión. Lo mejor será que el señor Vega elija a los pasajeros.

El propietario del rancho sonrió.

—Iremos un poco apretados, pero creo que podremos acomodamos los siete.

—¡Vivaaa! —gritó al instante Sue, que tenía sus motivos para temer que le dejaran en tierra.

Después de comer, todos acudieron a ver cómo los investigadores despegaban en el avión del señor Vega. Pam sentía de verdad que no hubiera sitio para que su padre les acompañara. Se acercó a él, le apoyó una mano en el brazo y preguntó:

—Papá, ¿quieres ir tú en mi lugar?

—Eres muy amable, hijita —contestó el señor Hollister, emocionado por la generosidad de Pam—, pero ve tú. A mí no me importa quedarme.

Pam no estaba conforme.

—A ti te gusta montar a caballo —dijo—. ¿Qué te parece la idea de ir a inspeccionar por tierra con «Truchas»?

—Muy bien. Me confortará bastante hacer un poco de ejercicio —contestó el padre.

—¿Cuándo salimos? —preguntó Ricky, impaciente.

—Ahora mismo, si estáis preparados —fue la contestación que obtuvo.

Los niños corrieron al granero. Abrieron la gran puerta, empujaron fuera la avioneta y la llevaron a un campo cercano, que el señor Vega utilizaba como pista de despegue.

Todos entraron en el aparato. El señor Vega subió el último y cerró la portezuela. Se instaló en el asiento del piloto y puso en marcha el avión. Los emocionados pasajeros miraron por la ventanilla y dijeron adiós agitando las manos. El aparato se deslizó por la pista para tomar posición.

—¡Despegamos! —anunció el señor Vega, acelerando.

Los motores rugieron con ruido atronador, a la vez que la avioneta se deslizaba velozmente por el campo, para luego elevarse suavemente.



Diego iba sentado junto a su padre. Los demás se acomodaron detrás, como pudieron. Pam llevaba a Sue en el regazo, y Holly se sentaba sobre las rodillas de Dolores. Pete y Ricky iban en los asientos posteriores.

Mientras el avión describía un amplio círculo sobre las tierras del rancho, el señor Vega pidió a los chicos que le indicasen el lugar donde habían visto las huellas de corderos.

—No era muy lejos del río —contestó Diego.

Y el muchachito buscó en un compartimiento inmediato al asiento para sacar unos prismáticos de gran aumento.

—Creo que estamos pasando sobre ese lugar —dijo.

El señor Vega accionó los mandos para descender un poco, mientras su hijo escudriñaba el terreno con los prismáticos. No

pudo ver la menor huella de pisadas de cordero.

—¿Estás seguro de que era aquí? —preguntó el señor Vega, efectuando un viraje, para volver por donde acababan de llegar.

—Sí. Es aquí —afirmó Pete—. Me acuerdo de ese grupo de juníperos.

—Pero ahora no se ve ninguna huella —insistió Diego.

—¿No será que la tormenta de anoche las borró?

—Pam, eres un buen detective —aplaudió el señor Vega—. Lo que has dicho es justamente lo que ha ocurrido. Debemos renunciar a buscar huellas. En fin, os mostraré entonces el rancho.

¡Qué emocionante resultaba ver tanta extensión de terreno desde aquella altura! Los árboles eran como manchitas verdes sobre la tierra arenosa. Y aunque la avioneta volaba a bastante altura, las montañas del fondo parecían todavía más altas.

—Ahora echaréis un vistazo a una de nuestras manadas —dijo el señor Vega.

Los niños permanecieron con los ojos fijos en tierra. Pero, al poco rato a Pete se le ocurrió mirar hacia el señor Vega. Al instante, lanzó un silbido de sorpresa y todos los demás levantaron la mirada.

¡Diego se encontraba en el asiento del piloto, empuñando los mandos con manos firmes!

—¡Zambomba! ¡No sabía que podías pilotar un avión! —exclamó Pete.

Manteniendo la vista al frente y sin mover para nada la cabeza, Diego respondió:



—Sí, puedo. Papá me ha enseñado y, cuando tenga la edad, sacaré la licencia de piloto.

El señor Vega explicó que estaba permitido que los niños pilotasen una avioneta, siempre que lo hicieran sobre territorio no habitado y yendo en compañía de un piloto experto.

—¡Carambola! ¿Y no podría yo hacerlo un ratito? —propuso Ricky.

—Sí, con tal de que tengas cuidado y hagas sólo lo que yo te diga —respondió el señor Vega—. Pero primero dejaremos que Diego pilote durante cinco minutos.

El muchachito manejaba la avioneta como un veterano. Cuando transcurrieron los cinco minutos, su padre dijo:

—Bien, Diego. Ahora dejaremos que los Hollister se turnen para pilotar un rato. ¿Quién será el primero?

—¿Puede probar Pam? —preguntó Pete.

—Desde luego. Ven aquí, Pam.

La niña se levantó para pasar al asiento delantero. El señor Vega empuñó los mandos, mientras la chica se sentaba.

—Mantén el morro del aparato al nivel del horizonte —indicó—. Y no te aferres a los mandos como si fuese un potro sin domar.

Pam estaba un poquito asustada, pero luchó por hacer bien cuando el señor Vega le decía. Sin embargo, el avión no volaba como cuando lo pilotaba Diego. Primero, el aparato se inclinó por la parte del morro y Pam se apoyó con fuerza en el volante. Luego elevó el morro, pero con demasiada rapidez.

—¡Eh, Pam! ¿Quieres que creamos que estamos en las montañas rusas? —exclamó Ricky.

—Es muy divertido —comentó Holly—, pero ten cuidado, no vayas a llevarnos a la luna.

Esto hizo que Pam riera de tan buena gana que el volante osciló y el aparato se ladeó. El señor Vega se apresuró a tomar los mandos diciendo al mismo tiempo:

—Para ser la primera vez, lo has hecho muy bien, Pam. Creo que serías un buen piloto femenino. Ricky, ¿vienes tú ahora?

El pelirrojo se acercó al asiento del piloto, pero no logró dominar del todo el aparato. Aunque no se bambolearon tanto como cuando lo manejó Pam, siguieron encontrándose como si estuvieran subidos en las montañas rusas.

—Muy bien, Ricky. Ahora te toca a ti —dijo el señor Vega, sonriendo a Holly, que sacudía sus trencitas.

La niña lo hizo tan bien como su hermano. Luego le llegó el turno a Pete. Él había observado atentamente a Diego y procuró imitarle en todo.

—Lo estás haciendo muy bien —alabó Diego en tono lleno de admiración, al observar que Pete pilotaba la avioneta con pericia.

Después que el mayor de los Hollister hubo tenido el control del aparato tres minutos, el señor Vega tomó a Sue. Levantándola en vilo, la atrajo hasta el asiento del piloto y la sentó en sus rodillas.

—Ahora, pon las manos en el volante —indicó a la pequeña.

Ella lo hizo, pero empezó a cabecear de un lado a otro, como si fuera montada a caballo, y todos rieron al verla. Cuando Sue volvía

a su puesto en la falda de Pam, Dolores manifestó:

—Mirad al frente. Ahí está uno de nuestros rebaños.

En la ladera de una colina se veía un gran retazo blanco.

—¿Cuántos corderos hay en este rebaño? —preguntó Pete, interesado.

—Unos mil.

—¿Y los conduce un solo pastor?

—Un pastor y un cocinero —respondió Diego—. Y llevan cinco burros para cargar con las provisiones.

El señor Vega hizo descender el avión, para quedar a menos distancia del rebaño. Dos hombres que estaban cerca agitaron los sombreros, saludando, y los niños les dijeron adiós con la mano.

—¿Por qué crían las ovejas tan lejos de la casa? —se extrañó Pam.

El señor Vega explicó que cerca de la casa no había agua suficiente para tener buenos pastos. Las ovejas debían ser trasladadas a los terrenos de pastos y en las faldas de la colina, donde la vegetación era exuberante en verano.

Mientras volaban de regreso, Pete preguntó si podía utilizar los prismáticos. Estaban pasando junto a una montaña que, de repente, le recordó el dibujo de la «Montaña Tenebrosa». ¡Sí, la montaña que viera en el libro desaparecido a Helen y Jack Moore! ¿Sería aquella montaña? Preguntó al señor Vega cuál era el nombre por el que se le conocía en la región.

—Lo llamamos el Pico Serpiente, pero creo que ha tenido otros muchos nombres a lo largo de los años.

Estaban a mitad de camino hacia la casa cuando Holly tomó los prismáticos y escudriñó el terreno que se extendía por debajo de ellos.

—¡Mirad! Allí se mueve algo. ¿Serán las ovejas perdidas?

El señor Vega hizo girar la avioneta. Algo se movía entre un bosquecillo de pinos. Encontró una faja de terreno despejado y decidió aterrizar.

Pero cuando las ruedas rozaron el suelo, un ternero asustado salió entre los pinos y corrió delante del aparato.

—¡Cuidado! —gritaron todos los niños al mismo tiempo.

El señor Vega efectuó un brusco viraje. Así logró esquivar al

animalillo, pero el aparato resbaló en línea recta hacia el lecho del arroyo.

—¡Vamos a estrellamos ahí! —se estremeció Pam.

NIÑOS PERDIDOS



¿Se detendría la avioneta a tiempo? El señor Vega estaba luchando desesperadamente para frenar en seco antes de llegar al arroyo.

Los niños contuvieron la respiración y se agarraron unos a otros. El aparato redujo lentamente la velocidad, en el borde del profundo barranco, pero la rueda derecha se deslizó demasiado. El aparato osciló peligrosamente durante unos segundos. Por fin quedó quieto.

—¡Gracias a Dios! —murmuró el señor Vega. A continuación, en voz alta, añadió—: Que nadie se mueva hasta que yo lo indique. Cualquier movimiento puede hacernos volcar hacia delante. Diego, arrástrate hasta la portezuela de emergencia y cuélgate de la cola. Nosotros te seguiremos.

Los niños continuaron sentados, mientras Diego se movía, centímetro a centímetro, hacia la parte posterior de la avioneta. Al cabo de unos segundos había abierto la portezuela. Pasó con cierta dificultad y luego, jadeando, se aferró a la cola del aparato y quedó colgando de ella.

—¡Ahora! —gritó a los otros.

Uno a uno, el señor Vega hizo que los niños fuesen saliendo y,

por último, lo hizo él.

—Siento mucho haberos dado este susto —declaró.

—No ha sido culpa suya —replicó Holly—, sino del ternero.

—¿Qué es un «tiernero»? —preguntó Sue, extrañada.

Dolores explicó que era el hijo de una vaca.

—A veces se separan de sus madres y se pierden por los campos.

—Y entonces ¿qué pasa? —preguntó Holly, preocupada por el animal que había estado a punto de provocar un grave accidente.

—A veces se mueren de sed o les atacan los pumas —contestó Dolores.

—Entonces quiero encontrar otra vez a ese «tierno» para llevárselo a su mamá —afirmó Sue muy decidida.

Entretanto, el señor Vega y los muchachos habían empezado a examinar la avioneta. La rueda delantera derecha se había descentrado y una hélice estaba rota.

—La avioneta no puede volar con una hélice rota, ¿verdad? —preguntó Ricky.

—Verdad —asintió el señor Vega.

—Si podemos arreglar la rueda, papá, ¿podríamos volver a casa con el aparato rodando por tierra? —preguntó Diego.

—Puede que sí, hijo, pero tendríamos que abrir camino en algunos trechos.

—De todos modos, habrá que intentarlo —opinó su hijo.

El señor Vega se acercó al borde del arroyo y revisó la rueda derecha.

—Lo primero que hay que hacer es colocar esta rueda sobre terreno firme —dijo—. ¿Qué os parece si todos me ayudáis, menos Sue y Holly?

Mientras todos tiraban para arrastrar el avión, las dos pequeñas se fueron paseando. Sue miraba a todas partes, muy apurada, y su hermana se dio cuenta, con asombro, de que la chiquitina tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Holly.

—Ese pobre «tierno»… —sollozó la pequeña—. Tenemos que encontrarlo para que no se lo coma el puma. Anda, vamos a buscarlo. ¿Quieres ayudarme, Holly?

—Claro —repuso Holly, abrazando a su hermana—. ¿Te has

fijado que camino seguía?

Sue señaló en la dirección en que había visto desaparecer al animalito entre unos árboles donde también crecía la hierba. Holly tomó a la pequeña de la mano y comenzaron a andar, buscando al ternero perdido.

Entretanto, junto al arroyo, el señor Vega y el resto de los muchachos tenían grandes problemas para apartar el avión del borde del barranco. Por fin, el señor Vega pidió a Ricky que entrase en el aparato y sacara dos grandes lazos vaqueros, que llevaban allí. Diego los tomó de manos de Ricky y, tendiéndose en el suelo, muy cerca del borde del arroyo, ató las dos cuerdas a la rueda delantera derecha.

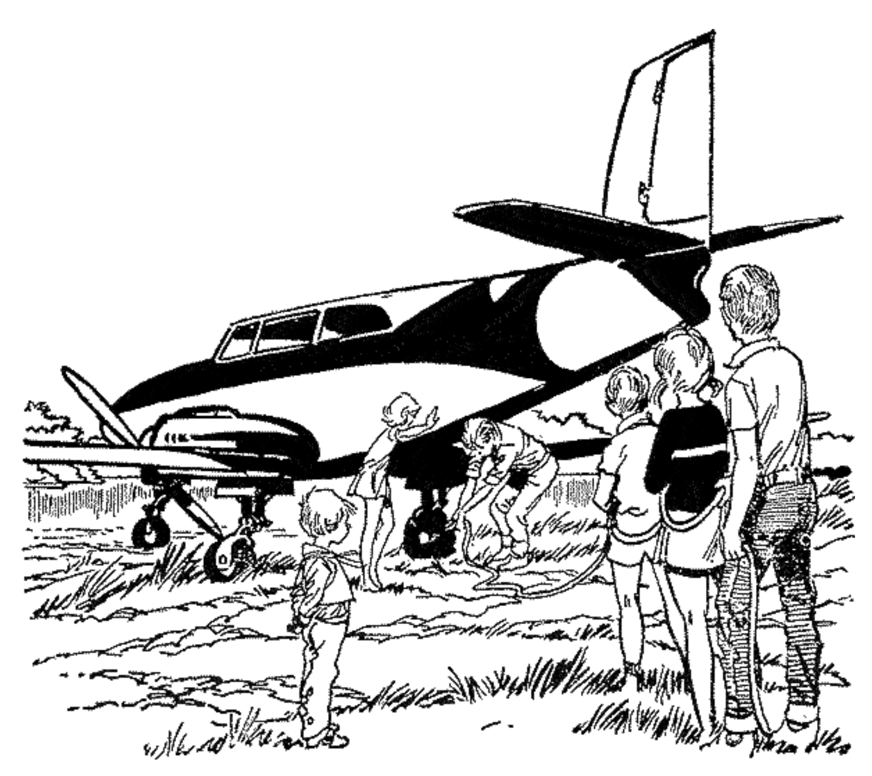
—Bien —dijo el señor Vega—. Ahora agarremos todos con fuerza las cuerdas. Cuando yo cuente hasta tres, daremos un fuerte tirón. ¿Preparados?

—Preparados —contestaron todos.

—Uno, dos, tres.

Tirando con todas sus fuerzas, los niños consiguieron mover el aparato unos cuantos centímetros.

—¡Lo estamos levantando! —se entusiasmó Pete.



—Muy bien. Probemos de nuevo —apremió el señor Vega.

Otra vez, tiraron los seis a un tiempo. Centímetro a centímetro fueron apartando la avioneta del borde del arroyo, hasta conseguir que las ruedas quedasen apoyadas en tierra firme.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Diego, muy contento.

—Bien hecho, jóvenes tripulantes —aplaudió el señor Vega, mientras los chicos continuaban tirando para alejar definitivamente el aparato de la zona peligrosa.

Cuando la avioneta ya estuvo colocada en una zona adecuada para poder conducirla por tierra hasta el rancho, el señor Vega examinó la rueda. En seguida aseguró que podía ser reparada en un abrir y cerrar de ojos y pidió a Pete que le trajese la caja de las herramientas.

—Las niñas, si queréis, podéis acomodaros ya dentro —indicó luego.

En aquel momento, Pam y Dolores se dieron cuenta de que eran las únicas niñas del grupo. A Sue y a Holly no se las veía por ningún

lado.

—¡Holly, Sue! ¡Volved ya! —gritó Pam con toda la fuerza de sus pulmones.

No obtuvo respuesta.

—¿Adónde pueden haber ido? —se preguntó Pam, preocupada.

—A lo mejor están buscando el ternero —opinó Dolores.

Y ahora fue ella quien llamó a voces a las pequeñas. Cuando los chicos vieron que tampoco respondían, se unieron a ellas y gritaron a todo pulmón. Pero las pequeñas seguían sin aparecer.

—Éste es un mal sitio para perderse —murmuró Diego—. Con tantos arroyos y matorrales, es difícil encontrar a nadie.

Ricky, que se había alejado un poco, gritó de pronto:

—¡Veo huellas de los pies de Sue y Holly! ¡Venid! Hay que seguir esta pista.

—Todos corrieron tras del pequeño. Las huellas dejadas por las niñas aparecían muy claras, hasta que llegaron a un barranco pedregoso, al otro lado de la arboleda. Allí, las pisadas desaparecían. Sin embargo, el grupo continuó la búsqueda durante dos horas. Para entonces, las sombras empezaban a resultar más alargadas.

—Pronto será completamente de noche —dijo Pam con voz ronca por la preocupación que sentía.

—¡Y en la pradera hace mucho frío de noche! —cuchicheó Diego a su hermana.

El señor Vega tenía también gesto preocupado. ¿Qué iba a decir a los señores Hollister si algo les había ocurrido a las pequeñas?

—Pero no hay que perder la esperanza —declaró con decisión, cuando ya el crepúsculo empezaba a descender sobre el valle.

Mientras él seguía sumido en sus pensamientos, preguntándose si sería conveniente ponerse en conversación por radio con la policía… Pete se acercó a preguntarle:

—Señor Vega, ¿tiene usted alguna linterna en el avión?

—Sí.

—Eso puede ayudarnos a encontrar a las niñas. La luz llega más lejos que las voces. Si enfocamos la linterna a un lado y a otro, es posible que Sue y Holly puedan ver el haz de luz y seguirlo.

—Buena idea —asintió el señor Vega.

El sol ya se había puesto tras la cumbre que a Pete le parecía era de la «Montaña Tenebrosa». Todos corrieron al aparato. Diego sacó una gran linterna del compartimiento de las herramientas.

—Ya está bastante oscuro para empezar a usarla —dijo.

Y permaneció enfocándola a un lado y a otro durante media hora. De vez en cuando, todos gritaban los nombres de las niñas. Pero nadie les contestó.

—¿Quieres dejarme la linterna? —pidió Pete—. Tengo otra idea. Es posible que las niñas hayan ido por el fondo del barranco y por eso no se ven sus huellas.

—¡Y no hemos buscado por allí! —murmuró Diego—. Nuestras voces habrán sonado por encima de esa zona.

El señor Vega opinó que sería oportuno dividirse en dos grupos. Tenía en la avioneta otra linterna más pequeña. Él la utilizaría para enfocar a diferentes puntos. Ricky, Dolores y Pam debían quedarse con él.

—Y vosotros dos, muchachos, id con mucho cuidado —aconsejó a Pete y a Diego—: Mantened los ojos y los oídos atentos a cualquier ruido. Por la noche merodean muchos animales.

Pete y Diego marcharon a toda prisa y descendieron al lecho del arroyo, por donde avanzaron en dirección norte. Habían caminado cerca de dos kilómetros, cuando Pete, que iba delante con la linterna, dijo muy nervioso:

—¡Mira! ¡Allí! Podría ser…

Sin acabar de hablar, Pete empezó a correr entre un laberinto de piedras y matorrales. Por fin se detuvo en seco y comenzó a reír a carcajadas. También Diego rió, muy tranquilizado.

Delante de ellos, arrebujadas en el suelo, con las cabecitas muy juntas, Holly y Sue dormían profundamente. Entre ellas dormía un corderito lanudo.

La risa despertó a las niñas, quienes levantaron la cabeza hacia la luz de la linterna y, en seguida, se frotaron los ojos.

—¿Verdad que es un corderito «dorable»? —dijo Sue, abrazando al animal.



Las dos niñas se levantaron, y lo mismo hizo el corderito que baló un par de veces.

—Veré si es de los nuestros —dijo Diego, inclinándose para mirar detrás de las orejas del animal. En la izquierda se veía un trazo de pintura roja.

—¡Sí! ¡Este cordero es nuestro! ¿Dónde lo habéis encontrado?

Holly explicó que Sue y ella estaban buscando al ternero perdido cuando oyeron unos balidos muy tristes. Eran los del corderito perdido en el arroyo.

—Lo llamamos y vino «in siguida» —añadió Sue.

—Hay que volver de prisa al avión —indicó Pete—: ¿Podéis ir andando, o estáis demasiado cansadas?

—Estamos bien.

Diego propuso, para facilitar las cosas, caminar un trecho por el lecho del arroyo. Algo más allá, él conocía un atajo por donde se

ahorrarían cerca de medio kilómetro. Cuando estaban a poca distancia del avión, Pete empezó a gritar:

—¡Las hemos encontrado! ¡Las dos están bien!

—¡Ha sido una suerte! —contestó Pam a gritos, acudiendo a su encuentro.

Hubo besos y abrazos en abundancia, hasta que oyeron que el señor Vega decía:

—Debemos comunicar a nuestras familias donde estamos.

—¿Cómo podremos hacerlo? —preguntó el pecoso.

—En el avión tenemos un emisor-receptor de radio. Puedo comunicar con la central de policía de Sunrise. Espero que el aparato no se haya estropeado con el accidente.

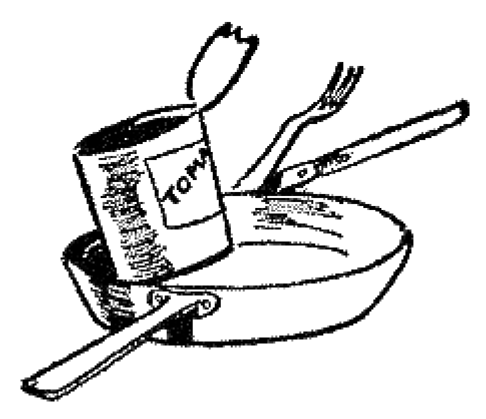
Mientras se dirigían al avión, Pete encontró una rama en el suelo. Y se le ocurrió atar el extremo de un lazo al cuello del cordero y hundir luego la rama en el suelo, para dejar atado al animalito.

Los niños siguieron todos al señor Vega al aparato, para ver cómo enviaba el mensaje. El hombre apretó el botón de conexión y en seguida habló por el micrófono.

—Llamando a la policía de Sunrise. Llamando a la policía de Sunrise. Aquí Frank Vega, llamando a la policía de Sunrise.

Los niños esperaron en silencio. ¿Llegaría el mensaje al lugar deseado?

ANIMALES HUÉRFANOS



—Aquí la central de policía de Sunrise —anunció una voz por el receptor.

—Frank Vega al habla.

El ranchero explicó que se encontraban en un aprieto y facilitó detalles de la zona en que se hallaban.

—Podremos pasar aquí la noche —añadió—. Tengan la bondad de decir a mi esposa y a los Hollister dónde estamos. Y pidan a «Truchas» que venga por la mañana con caballos, por si no podemos abrimos paso por tierra con el avión.

—Y dígales que venga papá también —rogó Sue.

Sonriendo, el señor Vega transmitió el mensaje.

Una vez que la policía prometió ponerse en contacto con la casa del rancho Álamo, el señor Vega desconectó el aparato y se volvió a los niños, para preguntarles:

—¿Qué os parece si comemos algo? Si tenéis tanto apetito como yo, seríamos capaces de comernos hasta los huesos de una res tejana.

Todos se echaron a reír, y él añadió:



—Dolores, ¿te agradaría hacer de ama de casa por esta noche? Ya sabes dónde están los víveres para casos de emergencia, ¿verdad?

—Claro, papá. En seguida prepararé algo.

Los Hollister observaron, mientras Dolores iba a la parte posterior del avión y abría un pequeño compartimiento. Dentro había guardadas muchas latas de conserva.

—¿Qué os gusta más? —preguntó Dolores—: ¿Carne con salsa chile o judías estofadas?

Pam contestó que habían probado la carne con chile en Nuevo Méjico y le parecía que tenía demasiada pimienta.

—Yo prefiero las judías —añadió, y sus hermanos estuvieron de acuerdo con ella.

—¿Y melocotón en almíbar para postre? —volvió a preguntar Dolores.

—¡Ah! ¡Qué rico! —gritó Sue, relamiéndose.

—Podemos encender una hoguera para calentar las judías, en lugar de usar el hornillo —sugirió Diego.

—Sí. Es muy divertido —declaró su hermana.

Diego bajó del aparato y Ricky le ayudó a buscar leña, hasta que reunieron suficiente para encender una chisporroteante hoguera. En el compartimiento de las conservas, Holly encontró también una sartén y un abrelatas. Salió, acompañada de Pam, que llevaba un paquete de galletas y unos platos de aluminio, y las dos se encaminaron al lugar donde chisporroteaba el fuego.

Pete se había quedado en el avión hablando con el señor Vega, que examinaba atentamente el cuadro de mandos.

—¿Pasa algún tren cerca de aquí? —preguntó al ranchero.

—Sí. La línea férrea está a pocas millas.

—¿Y pasa también algún tren de carga?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo una idea —declaró Pete—: puede que el ladrón de ganado lleve las ovejas hasta el ferrocarril para transportarlas luego, en tren. El cordero que Holly y Sue han encontrado puede haber escapado mientras lo llevaban hasta allí.

—Es muy probable —admitió el señor Vega—: Sí. La plataforma de carga es muy vieja y apenas se usa. Un cuatrero puede conseguir fácilmente que un tren de carga se detenga sin despertar sospechas.

—¿Adónde llevan el ganado desde aquí? —preguntó ahora Pete.

—A Kansas City.

Antes de que Pete y el señor Vega hubieran tenido tiempo de hablar más, Dolores asomó la cabeza por la portezuela del avión y anunció muy complacida:

—¡La cena está preparada!

—¡Qué suerte! Con el hambre que tengo… —murmuró Pete.

Sobre las alegres llamas de la hoguera humeaban las latas de carne con salsa chili y de judías. Diego fue sirviendo la comida en los platos, y Dolores los fue entregando luego a cada comensal.

—¡Qué bien huele! —dijo Pam, que estaba repartiendo las galletas que debían sustituir al pan.

Cuando empezaban a comer, Sue preguntó si había leche.

—¡Qué tonta soy! —dijo Dolores—. No me había acordado.

Abrió algunos botes de leche y rebajó el contenido con agua.

—Es igual que la leche de vaca —declaró Sue.

A todos les hizo gracia la información porque, en realidad, la leche de los botes era de vaca.

—¡Ooooh! —exclamó Pam de repente.

Pete, sorprendido dio un salto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. Que acabo de ver dos preciosos meteoros cruzando raudos por el cielo —respondió su hermana.

Los niños levantaron la mirada hacia el estrellado cielo, pero los meteoros ya habían pasado. De todos modos, el cielo era un espectáculo digno de ser contemplado, semejante a una chispeante cúpula que se extendía de un extremo a otro del horizonte.

—¡Oye, no nos asustes más! —advirtió Diego riendo.

Cuando terminaron de cenar, los acampados siguieron sentados alrededor de la hoguera y se pusieron a cantar. Cuando llegó el tumo de entonar «Un Hogar en la Pradera» y se pronunció la estrofa «Donde juegan el ciervo y el antílope», Sue empezó a mirar hacia las sombras, volviendo la cabeza a un lado y otro.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Dolores.

—Quiero ver al ciervo y el antílope «juegando» —explicó la pequeñita, muy seria.

A todos les hizo mucha gracia la contestación de Sue. Dolores le explicó que a aquellas horas los animalitos dormían ya.

—Y tú también tendrías que estar durmiendo —dijo Pam, viendo que Sue empezaba a bostezar.

—¿Vamos a dormir en el avión? —preguntó Holly.

—Alguno tendrá que dormir dentro —repuso el señor Vega—. No tenemos suficientes mantas para todos. Diego y yo nos quedaremos fuera, vigilando. Los demás, entrad dentro.

Muy pronto, los niños más pequeños se quedaron profundamente dormidos, acurrucados en los asientos. Pete, Pam y Dolores se tumbaron en el suelo alfombrado.

Pam se despertó en plena noche y se sentó, de un salto, con los ojos muy abiertos. ¿Acababa de oír un grito apagado? El corazón de Pam latía apresuradamente. Volvió a escuchar el grito, que le llegaba del exterior del aparato.

¿Le habría sucedido algo a Diego… o al señor Vega?

Pam tocó el brazo a su hermano.

—¡Pete, despierta!

Mientras su hermano se sentaba, adormilado, Pam le habló de sus temores.

—Lo mejor será salir a investigar —decidió el chico.

Pete tenía una de las linternas. Así que la encendió y salió delante de su germana. Diego y su padre dormían tranquilamente.

—No les ha molestado el ruido —susurró Pam.

—Deben ser ruidos normales en la pradera —razonó el muchachito—. De lo contrario, se habrían despertado.

—De todos modos, a mí me gustaría saber qué es —declaró Pam —. ¡Escucha! ¡Otra vez se oye el grito!

Parecía llegar de lejos, desde el otro lado de la avioneta. Cuando Pam fue hacia allí, Pete la obligó a detenerse.

—¡Ten cuidado! Podría ser Mike Mezquite que ande merodeando y quiera engañarnos imitando gritos de animales.

—Pues tú no vas a ir solo —afirmó Pam, viendo que su hermano echaba a andar en dirección al lugar de donde procedían los gritos.

Juntos, los dos niños avanzaron de puntillas por la parte lateral del avión, Pete llevaba la linterna encendida.

Con la luz, los pinos y cedros proyectaban unas sombras alargadas y fantasmales. Pero no se veía a persona alguna.

—Puede que haya alguien escondido al otro lado de la arboleda —razonó Pete—. Vamos a ver.



Caminando sigilosamente, enfocó la linterna entre los árboles y detrás de los grandes peñascos cercanos. Otra vez oyeron los niños aquella especie de lamento.

—¡Ahora ya sé de dónde procede! —afirmó Pete.

—Y yo. Del lugar donde está atado el corderito.

—Por eso a los Vega no les ha despertado —cuchicheó Pete.

Pam dijo, preocupada:

—Puede que alguien esté intentando robar otra vez el cordero.

Con suma cautela se aproximó al lugar donde el cordero estaba atado, mientras Pete dirigía hacia allí la luz de la linterna. El haz de luz iluminó al blanco cordero, que continuaba acurrucado en el suelo, pero también permitió ver a otro animal.

Pam no pudo contener una exclamación al ver de qué se trataba. Y los dos hermanos acabaron por echarse a reír.

—¡Es el ternero perdido! —exclamó la niña—. Y está lamiendo

al corderito.

Las risas y la conversación, que ya no sostenían en voz baja, despertaron al señor Vega y su hijo, quienes acudieron corriendo. Después de asegurarse de que los dos hermanos estaban bien, los Vega contemplaron la simpática escena y también rieron a su vez.

—Un par de huérfanos —comentó Diego.

Los niños se aproximaron a los animales y ahora el ternero no huyó. Sin embargo, creyeron preferible atarlo junto al cordero.

No hubo más sorpresas ni sustos en toda la noche, hasta que se oyó gritar a Sue:

—¡Levantaos, dormilones!

Todos comprendieron que era de día.

—Mirad. Es «Lunes» —gritó la pequeñita, que estaba mirando por la ventanilla del avión.

Pam se volvió, adormilada, pensando que Sue siempre confundía los días de la semana. Aquel día no era lunes. Era… Entonces Pam oyó las exclamaciones de los otros niños. Y en seguida se levantó a mirar.

Era «Lunes», el burro. Lo montaba «Truchas». Le seguían «Martes», «Miércoles», «Jueves», «Viernes», «Sábado» y «Domingo», en fila india.

—¡Hurra! ¡Vienen a rescatarnos! —gritó Ricky, saliendo del avión para correr al encuentro de «Truchas».

EL SECRETO DEL VAQUERO



«Truchas» sonrió cuando Ricky llegó corriendo a su lado.

—Con que el «aparatito» se averió, ¿eh? —comentó en tono burlón—. A los burros nunca se les rompe la hélice. Ni se les acaba la gasolina. Yo sigo votando por los burros.

—Y creo que yo también —declaró Ricky—. ¿Podré montar uno yo solo?

—Primero veremos cómo el señor Vega dispone las cosas —contestó el anciano pastor—. Puede que tengamos que ir de dos en dos.

Ya todos hablaban al mismo tiempo, con gran excitación.

—Te has dado mucha prisa, «Truchas» —dijo el señor Vega, complacido.

—Eso creo. Es que mis burros corren más que un «jeep». Hice una apuesta con el señor Hollister a que llegaba antes que él.

El señor Vega se echó a reír.

—Eso es porque conoces los atajos y vericuetos.

Apenas habían concluido de hablar cuando se oyó un motor a lo lejos. Muy pronto, el señor Hollister se presentó con un «jeep». Al detenerse, miró incrédulo a «Truchas» y los burros.

—Debe usted tener una alfombra mágica —declaró riendo.

—Tengo burros mágicos —respondió el hombre con orgullo.

El señor Vega opinó que, una vez que hubieran desayunado con las provisiones de la avioneta, el pastor se llevaría a los niños a casa. Él y el señor Hollister verían qué se podía hacer con el avión. Mientras desayunaban, Pete preguntó al ranchero:

—¿Puedo informar a la policía de que quizá el ganado robado es transportado por tren a Kansas City?

—Prefiero que telefonees a los andenes de mercancías de Kansas City directamente —contestó el señor Vega—: Dejo este asunto en tus manos y en las de Diego.

—¡Todos a bordo de los burros! —ordenó la sonora voz de «Truchas». El señor Vega ayudó a los niños a montar en los amigables burros. Sue montaba delante de «Truchas», pero los demás cabalgarían solos, cada uno en su burro.

—¿Nos llevamos el ternero y el cordero? —preguntó Pam.

—Casi se me habían olvidado —contestó Dolores.

—Quiero que el ternero vaya montado conmigo —dijo Ricky y fue a buscar al animalito, que estaba pastando.

«Truchas» se acercó a mirar al ternerillo.

—No lleva ninguna marca, señor Vega —aclaró—; por tanto, creo que podemos llevárnoslo.

El pastor explicó a los niños que, a veces, el ganado sin marcar anda errante por la pradera. Esas reses pertenecen a la persona que las encuentra.

Holly tomó al corderito y lo colocó delante de ella, sobre el burro. El grupo se puso en movimiento «Truchas» abría la marcha y Pete, montado en «Domingo», la cerraba.

Subieron y bajaron por sierras y valles, hasta que, de pronto, Holly preguntó, sorprendida:

—Dolores, ¿quién ha dado un chicle al cordero?

—¿Chicle? —repitió Dolores, riendo—. Nadie.

—Pues está mascando, algo.

—Es que rumia —declaró Diego, risueño.

—Pensé que sólo rumiaban las vacas —contestó Holly, un poco avergonzada.

—Los corderos también lo hacen —explicó Dolores, mientras los

Hollister se detenían para contemplar al lanudo animalito.

Diego sonrió.

—Las ovejas tienen cuatro estómagos —explicó—. Cuando pastan, el alimento llega a uno de sus estómagos. Luego les vuelve a la boca, y lo mascan más, antes de volver a tragarlo.

—¡Qué raro! —se extrañó Ricky—. Entonces pueden pasarse todo el día comiendo.

—Tú servirías para cordero —bromeó Pam—. Papá siempre dice que tienes las piernas huecas y por eso mamá tiene que estar rellenándote todo el día.

Después de observar durante un rato cómo el cordero mascaba y mascaba, Sue apretó los labios y dijo con una vocecilla tristona:

—Me dan mucha pena los corderitos.

—¿Por qué? —preguntó Dolores.

—Porque les dolerán las «incías». A mí me dolieron un día, y era muy malo…



Después de reír alegremente, reanudaron la marcha. Habían cabalgado durante una hora más, cuando llegaron a la cima de una colina.

—¡Ya veo los edificios del rancho! —anunció Ricky.

Cuando la hilera de burros se aproximaba a la casa, la señora Hollister y la señora Vega acudieron al encuentro de los viajeros.

—¡Gracias a Dios que estáis todos a salvo! —exclamó la madre de los Hollister, levantando a Sue del burro para abrazarla—. ¿Y de dónde habéis sacado estos pequeñines? —preguntó, señalando al cordero y el ternero.

—Son unos pobrecitos huérfanos que vienen a vivir con nosotros —informó Holly.

Y marchó con Pam y Dolores a dejar el corderito en el establo, hasta que el huerfanito pudiera ser incluido en un rebaño. Ricky se encargó de llevar a otro lugar al ternerillo. Entretanto, Pete y Diego ayudaban a «Truchas» a dejar los burros en el establo correspondiente.



Por último, el viejo pastor llamó a Ricky, Holly y Sue para celebrar una conferencia en privado. Y después de haber hablado unos minutos, Sue empezó a mover aprobadoramente la cabeza.

—¡Claro que «sabo» guardar un secreto! —afirmó—. Y éste es un secreto huérfano.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Pam.

—No podemos decírtelo… todavía —repuso Holly.

Los demás no insistieron en conocer el secreto y los dos chicos mayores marcharon a la casa. En seguida fueron al teléfono, con intención de enviar un telegrama desde las oficinas de telégrafos de Sunrise. Pero Diego no consiguió comunicar ni con la telefonista.

—Creo que está estropeado —anunció el chico—. Tendremos que ir a la ciudad. Usaremos la camioneta; y pediremos a «Truchas» que nos acompañe.

Habló con su madre para pedirle permiso, y en seguida los dos

amigos corrieron en busca del anciano pastor. Al principio, el hombre no pareció interesado y dijo que prefería esperar a que llegase la avioneta. Pero cuando le explicaron que era para poner un telegrama, «Truchas» resolvió acompañar a los chicos.

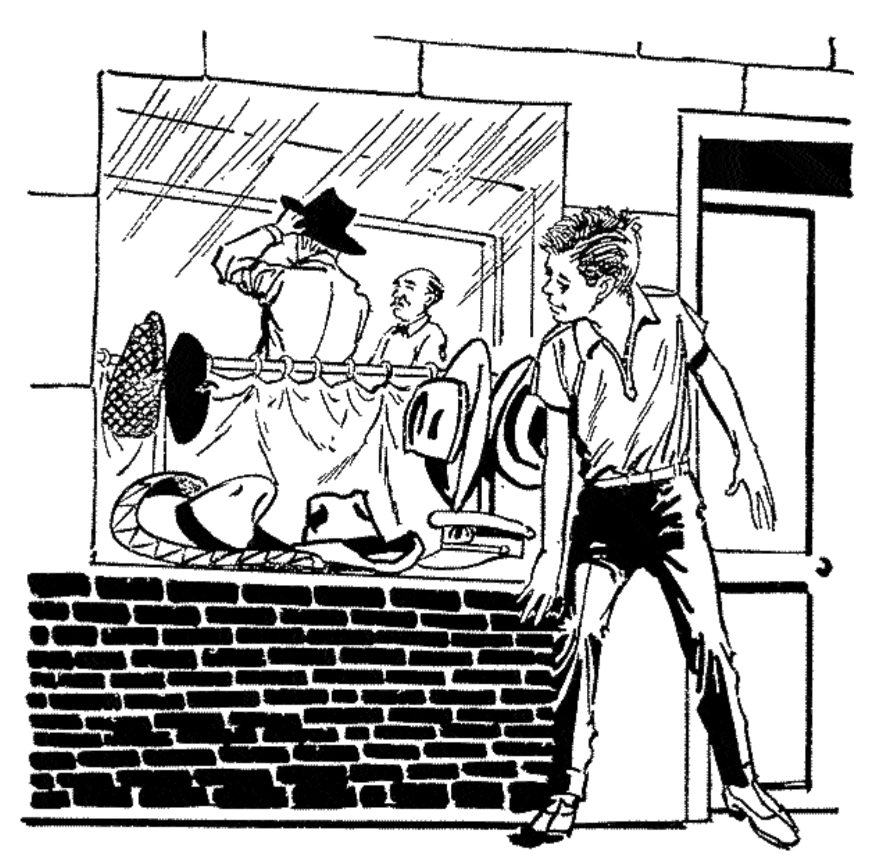
Diego fue al garaje y sacó la camioneta al patio. Cuando Pete vio aquello, sus ojos estuvieron a punto de salírsele de las órbitas.

—¿Es que aquí los chicos ya pueden conducir? —preguntó.

Diego contestó que, en el Oeste, los chicos aprendían a conducir muy pronto, porque ayudaban a sus mayores en las tareas del rancho.

Diego siguió al volante hasta que llegaron a la carretera general. Entonces «Truchas» tomó el volante. Al llegar a Sunrise, el pastor detuvo el vehículo junto al bordillo. Mientras desmontaban, Diego dijo:

—La oficina de telégrafos está en esta calle, un poco más abajo. Enviaremos el telegrama ahora mismo.



Antes de llegar allí, los chicos pasaron ante una tienda donde vendían ropa de caballero. De pronto, Pete tomó a Diego por un brazo.

—¿Qué ocurre?

—¡Mira allí! —indicó con gran nerviosismo.

Diego silbó a media voz.

Cerca del escaparate se podía ver a… ¡a Mike Mezquite probándose un sombrero nuevo!

—Esto prueba que era suyo el sombrero viejo que encontramos en el arroyo —dijo Pete, que en seguida cuchicheó—: Tú, Diego, ve a poner el telegrama; mientras, yo seguiré a Mike Mezquite. Puede que averigüe algo.

—Si no te veo, nos encontraremos junto a la camioneta.

Pete se escondió en un callejón, esperando a que el vaquero saliese. A los pocos minutos, Mezquite abandonó la tienda, muy

orgulloso con su sombrero nuevo, y se alejó, calle abajo, con paso tranquilo.

Pete echó a andar tras él, igual que un detective. Mezquite recorrió toda la calle Mayor sin volver la cabeza ni una vez. Luego, en la esquina, dio la vuelta y se encaminó a un grupo de viviendas de una sola planta, muy sucias y destartaladas, con cubos y bolsas de basura desparramados por todas partes. Al llegar a la última casa, llamó a la puerta, le abrieron y entró.

«Puede que lo mejor sea avisar a la policía», pensó Pete, mientras se ocultaba detrás de una gran caja de cartón, para que el hombre no pudiera verle, si se asomaba a la ventana.

Pero antes de que Pete hubiera hecho un solo movimiento, la puerta volvió a abrirse y el hombre salió. Lo raro era que ya no llevaba el sombrero nuevo, sino otro viejo.

«¿Será el suyo? —se preguntó Pete—. ¿O lo habrá pedido prestado?».

El vaquero se encaminó al campo, donde tenía pastando su caballo ensillado. Mezquite saltó a la silla y se alejó.

Pete sentía curiosidad por saber quién vivía en la casa en la que el hombre había entrado. Al ver salir a un muchachito de una casa próxima, se acercó a él y le preguntó:

—Allí viven Willie Boot y su madre —explicó el pequeño—. Pero Willie no está mucho tiempo en casa.

—Acompaña frecuentemente a Mike Mezquite, ¿no? —preguntó Pete, intentando hacer hablar al pequeño, que se llamaba Stan.

—Sí. Pero le teme a Mike.

—¿Por qué?

—Explica cosas horribles sobre estampidas y cosas así —repuso Stan—. Sabe cómo conducir ganado y marcarlo.

Como el chiquillo quedara silencioso. Pete le preguntó si Mezquite hablaba mucho de ovejas y si entendía de esa clase de ganado.

—Sí. Claro —respondió el niño.

Aunque Pete hizo muchas más preguntas a Stan no pudo averiguar nada que delatase al vaquero. Si era un ladrón, sabía guardar bien su secreto.

—Willie tampoco me gusta —confesó el chico—. Nos quita todos

los juguetes.

En ese momento a Stan le llamó su madre y el pequeño se alejó corriendo. Pete se encaminó hacia el camión pensando sobre lo que acababa de oír. Ni «Truchas» ni Diego habían vuelto aún al vehículo, de modo que Pete se dirigió a la oficina de Telégrafos. Dentro, sentado a una mesita en la que había un bolígrafo sujeto al tablero por una cadena, estaba Diego. El telegrama que había redactado decía así:

SR. DIRECTOR DE SECCIÓN GANADO DEL FERROCARRIL KANSAS CITY.

UNOS VEINTICINCO CORDEROS CON MARCA VEGA PUEDEN HABER SIDO TRANSPORTADOS A ESE MERCADO DENTRO PASADA SEMANA POR CUATREROS. ESPERAMOS RESPUESTA. GRACIAS.

D. VEGA
Sunrise

Después de entregar el mensaje al hombre del mostrador, Diego pagó el importe, y acto seguido, él y su amigo salieron de la oficina. Pete le explicó rápidamente que había averiguado el domicilio de Willie Boot y asimismo lo que Stan le había contado sobre Mezquite.

—Estoy convencido de que ha sido él quien ha estado llevándose el ganado —concluyó Pete.

—¡Y puede que Willie le ayudase! —sugirió Diego que, de repente, exclamó—: ¡Sapos cornudos! ¡Mira allí!

Y señalaba al otro lado de la calle. Por la acera paseaban Jack y Helen Moore, charlando amistosamente con Willie Boot.

—¡Me voy a volver mico! ¡Creí que habías dicho que los Moore no querían tratos con Willie Boot!

¡VAYA CHAPUZÓN!



Pete no acababa de comprender que Jack y Helen Moore tratasen de aquel modo a Willie Boot.

—Es muy raro —dijo a Diego—. Voy a averiguar qué pasa.

Cruzó la calle, seguido de Diego, y gritó:

—¡Hola, Jack! ¡Hola, Helen! ¿Cómo va todo en el rancho?

Los hermanos Moore se sorprendieron al ver a Pete, pero en seguida preguntaron cómo estaban Pam y los demás. Luego, Pete presentó a Diego y los Moore.

—Y éste es Willie Boot —añadió Helen.

—Ya conozco a Willie —contestó Diego sin ningún entusiasmo.

Pete preguntó si habían averiguado algo en el rancho Bishop sobre las ovejas robadas, pero Jack movió la cabeza en un gesto negativo. Pete miraba a Willie por el rabillo del ojo, pero el chico estaba tan tranquilo como si no supiera nada del asunto.

—Supongo que os preguntaréis por qué estamos con Willie —dijo Helen—. Es que lo hemos encontrado en el pueblo, esta mañana, y le preguntamos si él nos quitó el libro sobre Méjico.

—No lo robé. De verdad —aseguró Willie.

—Yo opino que debemos creer en su palabra —declaró Jack.

Entonces, Willie se decidió a alejarse, pero Pete le agarró por el hombro:

—Un momento, Willie. Si quieres que lo creamos, tendrás que decirnos una cosa.

—¿Qué?

—¿Dónde vive Mike Mezquite?

Willie bajó la vista al suelo, y con la punta del pie, se dedicó a hurgar en la gravilla. Luego preguntó para qué querían saberlo y Pete le contestó:

—Si no tienes nada que ocultar, ¿por qué no nos lo dices?

—Está bien —contestó Willie—. Mike me ha dicho que acaba de trasladarse a un lugar de la orilla del río. Está oculto entre los árboles. —Dicho esto, Willie se dispuso a marcharse, pero aún se detuvo un momento para pedir—: No le digáis a Mike que yo os lo he dicho… Me daría una paliza.

Pete prometió no hacerlo. Luego, cuando Willie se hubo marchado, insistió con los Moore para que le acompañasen a ver a Mike Mezquite.

—Puede que convenga ir con un policía —opinó Helen, un poco asustada.

—Es verdad —confirmaron todos los chicos.

Mientras Jack y Helen se dirigían al cuartel de policía, Pete y Diego corrieron al camión para decirle a «Truchas» a dónde iban.

—De acuerdo —repuso el complaciente anciano—. Arriba.

Condujo hasta la central de policía y allí recogieron a los Moore y a un afable y joven policía, a quien los dos hermanos habían explicado cuánto sucedía. Sonriendo, el agente dijo:

—Muchachos, os aseguro que sois unos grandes detectives. Hace más de un año que sospechamos de Mezquite y hemos estado intentando localizar su escondite. Si no conseguimos encontrar algunas de las cosas que sospechamos ha robado, no podemos detenerle. Pero ese hombre cambia continuamente de vivienda.

—¿Le han interrogado alguna vez? —preguntó Helen.

—Sí, sí —respondió el policía—. Mike insiste en afirmar que es un hombre honrado y que duerme al cielo raso. Pero nosotros suponemos que tiene un escondrijo en alguna parte.

—Pues ahora ya sabemos que es así —dijo Pete alegremente—.

¿Va usted a buscar algo?

—Claro —replicó el agente, sonriendo—. Voy a buscar una orden de registro, Esperadme fuera.

Cinco minutos más tarde, el grupo salía en busca del escondite de Mike Mezquite. Cómo sólo había dos zonas con árboles a orillas del río, en las afuera de Sunrise, la búsqueda no ofrecería muchos problemas.

La primera zona boscosa que inspeccionaron era frecuentada por personas que iban a hacer allí sus comidas campestres. Tenía mesas y bancos rústicos y, en el suelo, algunos hoyos a propósito para encender fuego. Allí, el único lugar en donde podría vivir alguien era una casa construida en un árbol, que Diego descubrió.



—¿Puede ser que viva allí? —preguntó el chico del rancho Álamo.

—Iré a ver —respondió Pete.

El policía sonrió, viendo al ágil Pete trepar a las ramas más bajas y asomar la cabeza por la entrada de la casita.

—Aquí no vive nadie más que una urraca —anunció, mientras el animal, asustado, saltaba a una rama por encima de Pete.

Pero cuando se disponía a bajar, los ojos de Pete se fijaron en unas extrañas señales del suelo de la casita. Miró de nuevo y distinguió más señales de aquéllas.

—¿Qué? ¿Has encontrado algo? —preguntó el agente.

—Sí. Aquí ha estado alguien que llevaba espuelas.

A los pocos segundos, el agente había subido al lado de Pete.

—Tienes razón —afirmó.

—¡Apostaría a que Mike Mezquite emplea este lugar como puesto de observación! —reflexionó Pete—. Su escondite debe estar cerca. Tenemos que encontrarlo.

Después de bajar del árbol, Pete y el agente marcharon delante del grupo hacia la otra zona de árboles.

Allí los árboles tenían troncos nudosos y retorcidos y cubiertos por gruesas lianas y maleza.

—No hay cabañas por aquí —observó Jack con voz ronca—. Willie nos ha mentido.

—Un momento —dijo Diego, mirando atentamente la base de un viejo álamo—. Este agujero es demasiado grande para que lo haya hecho un animal.

—Parece más propio de un coyote humano —murmuró Pete.

El agente estuvo de acuerdo con los chicos.

—Voy a echar un vistazo —dijo—. Por supuesto, si éste es el escondite de Mezquite, no hace falta ninguna orden de registro, ya que esto no es una casa.

El policía encendió una cerilla y atisbo por el agujero.

—¡Tenéis razón! —exclamó—. Hay una cueva. No se ve a nadie dentro.

Cuando el oficial hubo entrado y encendido una vela que encontró en el suelo, los demás le siguieron. El lugar estaba lleno de cajas y periódicos. Sobre un catre, en un rincón, había un montón de revistas y unos cuantos libros viejos. Helen se inclinó para tomar el libro de encima.

—¡El que me robaron! —exclamó—. ¡No fue Willie, sino Mike Mezquite!

Helen preguntó al agente si podía quedarse con el libro.

—Claro que sí —repuso el policía—. Y cuando Mike Mezquite regrese, me lo llevaré también, acusado de hurto.

Helen ya había empezado a pasar las hojas. Quería ver el dibujo de la «Montaña Tenebrosa». Pero cuando llegó al capítulo en que se hablaba de los «Constructores de Muñecas», exclamó:

—¡Han arrancado el mapa!

—Mike Mezquite se ha ido a localizar la «Montaña Tenebrosa» —masculló Jack roncamente.

—Entonces debemos seguirle —dijo Pete, muy decidido.

—Sí, pero ¿cómo? —preguntó Helen.

—Puede que Mike Mezquite no se haya llevado esa hoja —sugirió el agente—. Busquemos bien.

Empezó la búsqueda. La página no aparecía, pero Pete encontró una hoja de papel arrugada en la que habían dibujado toscamente un mapa.

—Puede que sirva para indicar cómo se llega a la «Montaña Tenebrosa».

Después de mirarlo, el agente confesó que creía que aquel dibujo no servía para nada. De todos modos, Pete se lo guardó en el bolsillo.

Una vez que regresaron al pueblo y se despidieron del agente, Jack y. Helen dijeron que empezarían la búsqueda de la «Montaña Tenebrosa» a la mañana siguiente. ¿Por qué no formaban un grupo? ¿No podrían acompañarles Pete, Pam y Diego?

—Me gustaría mucho, y a Pam también. ¿Tú qué dices, Diego? —preguntó Pete.

—Lo siento, pero mañana es el día que me corresponde revisar las cercas.

Pete prometió avisar a los hermanos Moore, si sus padres les daban permiso. Si el teléfono de los Vega seguía estropeado, iría personalmente a decírselo.

—¿A qué hora saldréis? —preguntó.

—A las nueve.

—Muy bien. Si nos dejan ir, Pam y yo estaremos con vosotros a

esa hora.

—¿Llevaréis comida, Pete? —preguntó Helen—. Nosotros sí.

Pete dijo que llevarían bocadillos, y luego se despidieron.

—Me gustaría que pudieses venir con nosotros, Diego —comentó Pete, cuando, con «Truchas» al volante, regresaban al rancho en la camioneta.

—Lo siento, pero no puedo dejar mi trabajo —contestó Diego.

Al llegar ante los edificios del rancho, vieron que Ricky se aproximaba al ternero que se encontraba en el prado, con las patas trabadas.

«¿Qué andará tramando?», pensó Pete.

Ricky se acercó al animal y le acarició la cabeza. Luego, con gran prisa, desató al ternero y se sentó en su lomo. Al principio, el animal quedó tan sorprendido que no se movió.

—¡Arreeee! —ordenó Ricky.

Al momento, el ternero se lanzó hacia adelante. El chiquillo se aferró con fuerza al cuello. El ternero recorrió el patio, embistiendo y dando sacudidas, decidido a lanzar al suelo a su jinete. Pero Ricky, apretando las rodillas contra los flancos, se mantenía sujeto al animal.

De improviso, el ternero se detuvo en seco, como si hubiera tenido una brillante idea. Luego reanudó su veloz carrera, encaminándose en línea recta a un abrevadero lleno de agua.

Unos momentos después, el ternero se detenía en seco, patinando sobre sus cuatro patas. Ricky salió despedido por encima de la cabeza… y ¡fue a parar al abrevadero lleno de agua!



Pete se precipitó en ayuda de su hermano, pero no pudo hacer nada. Ricky salía ya chorreando y echando agua por la nariz y por la boca.

—Se me ocurre un buen nombre para ese ternero —dijo Pete, sin poder contener la risa.

—¿Cuál? ¿«Bronco»? —preguntó Diego.

—No. «Chapuzador». Puedes ver que ha dado a Ricky un buen chapuzón.

Mientras el chorreante y travieso chiquillo corría hacia la casa para cambiarse de ropa, Diego fue a capturar al ternero.

Entretanto, «Truchas» había llevado la camioneta al garaje y ya se aproximaba a los niños. Holly y Sue estaban en el grupo.

—¿No podríamos hacer el secreto ahora? —preguntó Sue al viejo pastor.

El hombre se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, como si eso pudiera ayudarle a decidir la respuesta. Por fin dijo:

—Está bien, señorita. Pensaba esperar a que volviera el «jeep», pero creo que podremos utilizar la camioneta.

Sue empezó a dar saltitos y palmadas de alegría. Holly hizo que «Truchas» bajara la cabeza a la altura de su boca, para cuchichearle

algo. Él sonrió y dijo en voz alta:

—Creo que no podemos guardar este secreto más tiempo. Bien, ¿quién quiere contarlo?

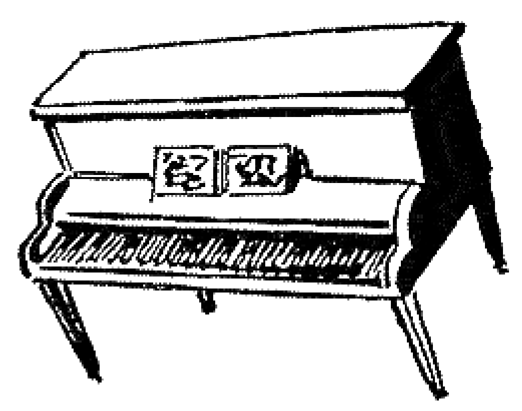
Cada una de las pequeñas deseaba ser ella quien lo dijera, pero comprendían que no era justo hacerlo, mientras Ricky no hubiera vuelto. Se les hicieron larguísimos los pocos minutos que su hermano tardó en cambiarse de ropa. Cuando el muchacho se unió al grupo, Sue le dijo:

—Ya podemos contar el secreto. Y quería decirlo yo…

—Está bien: dilo —accedió Ricky.

Y Holly también se conformó.

UN HOGAR EN LA PRADERA



—¿Cuál es el gran, secreto? —preguntó Pam a los pequeños.

Sue se puso sobre las puntas de los pies y anunció, muy seria:

—«Truchas» va a permitir que Ricky, Holly y yo vayamos con él y con los bebés, para llevárselos a sus mamás.

Pam se echó a reír y pidió que le explicasen mejor aquello. Y Holly se decidió a aclarar que los tres se iban a encargar de llevar al ternero y el cordero a los rebaños a los que pertenecían.

—Pero si habíamos dicho que las demás ovejas fueron robadas y, seguramente, se encuentran ya camino de Kansas City —objetó Pete.

«Truchas» dijo que el cordero podía dejarse en cualquiera de los rebaños. El animal sabría cuidar de sí mismo, con tal de tener cerca la protección de los mayores.

—¿Cuándo podremos salir? —quiso saber Ricky.

—Tan pronto como hayamos preparado el camión y vuestras madres os den permiso.

Al escuchar aquello, Partí cambió de expresión. Parecía que aquello podía ser una aventura muy emocionante y también ella deseaba ir. «Truchas» debió de leer sus pensamientos porque, de

repente, sonrió a la niña y la invitó a acompañarles.

—¡Gracias! —exclamó—. ¡Voy a decírselo a mamá!

Cuando la señora Hollister se enteró de lo que habían planeado, consultó con la señora Vega.

—No hay ningún inconveniente —repuso la dueña del rancho—. «Truchas» les cuidará bien.

Como el camión no tenía más que un asiento, Diego colocó un tablón al otro lado de la cabina del conductor y extendió encima una alfombra vieja, para que hiciese las veces de asiento. Los dos animalitos fueron atados a los laterales del camión, después de trabarles las patas para que no pudieran moverse.

—¡Todos arriba! —indicó «Truchas».

Sue se sentó delante, entre «Truchas» y Ricky. Pam y Holly viajaban detrás.

¡Qué alegre alboroto se produjo cuando el camión se puso en marcha! «Judías» o «Fríjoles», el perro, ladraba gozoso. Pero el cordero y el ternero anunciaron bien claramente que no estaban muy seguro respecto al trato que iban a recibir. El ternero mugió lastimeramente y el cordero prorrumpió en una serie de balidos angustiosos.

A todos les hizo gracia, menos a Sue. La pequeñita estaba muy seria. Arrodillándose en el asiento, miró hacia atrás y dijo:

—¡No lloréis, hijitos! ¡No os vamos a hacer pupa!

Después de recorrer un largo trecho, en una ladera vieron ganado que pastaba. «Truchas» condujo el vehículo directamente hacia aquel lugar y detuvo el camión.

—Aquí es donde dejaremos al ternero. A ver, vaqueritos, ayudadme a sacarlo.

Saltaron todos a la parte posterior del camión y ayudaron a desatar los nudos de las cuerdas que sujetaban al ternero. Luego lo dejaron en el suelo. Rápidamente, el ternero fue a reunirse con los animalitos adultos, pasando de uno a otro y frotando su hocico con cada uno de ellos.

—¡Se están dando besitos! —exclamó Sue, emocionada.

—El ternerín está contento de volver —opinó Holly—. «Truchas», ¿tú crees que los mayores le tratarán bien?

El anciano pastor dijo que sí y, ya tranquilos, los niños volvieron

al camión y éste se puso en marcha.

—¿Tenemos que ir muy lejos ahora? —preguntó Pam.

—Hay un buen trecho —contestó «Truchas»—. A veces tenemos junto al ganado vacuno y lanar, porque las ovejas no son luchadoras y las vacas se encargan de ahuyentar a los enemigos. Pero, en esta época del año, a las ovejas les gustan las tierras altas.

—¿Por qué? —preguntó Holly.

«Truchas» se echó hacia atrás el sombrero y su piel apergaminada se arrugó más que nunca, mientras sonreía a la niña.

—No tendrías precio como miembro del Club 4-H —declaró y, antes de que Holly pudiera preguntar algo sobre esto, explicó—: A las ovejas les gustan las tierras altas porque hay mejores pastos en ellas. Hay hierbecillas más sabrosas que comer. Además, las ovejas provienen de países montañosos. Por eso, el lugar más adecuado para ellas es el que está más cerca de las nubes.

Sue rió alegremente.

—¿Y cuánto nos falta para llegar a las nubes, «Truchas»?

—Cosa de una hora —respondió el pastor, quien riendo, concluyó con otra pregunta—: ¿Creéis que podréis resistirlo?

Todos aseguraron que podrían, pero interiormente pensaban que nunca habían hecho un viaje tan incómodo. Especialmente Pam y Holly soñaban con mi asiento de respaldo y con un poco de almohadillado, pues el tablón no tenía nada de eso.

—Ya no falta mucho —anunció al fin «Truchas»—. Si mantenéis los ojos bien abiertos, a la izquierda, en aquella colina, veréis las ovejas.

Al poco rato empezaron a verse míos puntos blancos y muy pronto estuvieron contemplando uno de los rebaños que los niños habían visto desde el avión.

—¡Qué ovejas tan hermosas! —comentó Pam, paseando la vista por el gran rebaño.

—Celebro que os gusten —dijo «Truchas», guiñando un ojo—. Son las mejores de dos años, de toda la pradera.

—¿Sólo tienen dos años? —preguntó Sue, asombrada—: ¿Y cómo lo sabes?

—Por su tamaño y sus dientes.

Todos los Hollister se volvieron hacia el viejo pastor, con gesto

interrogativo en sus ojos.

—Bien, hijos —murmuró el viejo «Truchas», riendo y levantando las manos al mismo tiempo, como para detener la avalancha de preguntas que estaba temiendo—: Os hablaré sobre los dientes.

—¿Es que eres dentista de corderos? —indagó Sue.

—¡Chist! —ordenó Pam—. No es eso. Deja que «Truchas» nos lo explique.

Sue enlazó las manos a la espalda y empezó a balancearse sobre uno y otro pie, dispuesta a escuchar. El amable viejecito explicó lo siguiente:

—Una oveja tiene ocho dientes frontales, todos en la mandíbula inferior. Éstos llegan hasta una especie de almohadilla, que parece de goma, de la mandíbula superior.

—¡Oooh! ¿Y no tienen dientes arriba? —preguntó Holly, incrédula.

—En la parte frontal, no —respondió el pastor, pasándose una mano por la barbilla—. Pero hay diferencias de dentadura, según la edad. A las tres semanas de nacer, un cordero tiene ocho dientes. Al nacer puede tener de dos a cuatro.

Sue se llevó los dedos a la boca.

—Pam, ¿yo no tenía algún diente cuando nací? —preguntó.

—No, hijita —contestó Pam riendo.

También «Truchas» se echó a reír.

—Pues las ovejas tienen todas la segunda dentadura antes de empezar a perder la primera —afirmó—. Cuando sólo tienen cuatro años, están ya preparadas para comer las hierbas más duras.

En aquel momento, el corderito del camión dio un balido. Sue le miró tiernamente y dijo:

—Está llorando. Es que quiere ser ya un «in-huérfano».

Riendo, todos acudieron a desatar al animal.

—Bien. Ahora ya se ríe —declaró «Truchas»—. Sabe que está muy cerca del rebaño.

Ricky acabó de desatarlo y lo puso en el suelo.



—Ahora ya no serás huerfanito —le dijo Sue en tono meloso—: Tienes más de un millón de mamás y papás.

Y la pequeña dio un abrazo de despedida al cordero. Holly le contempló con tristeza y murmuró:

—Ya no volveré a verte, pero me acordaré siempre de ti. ¡Cuídate mucho!

El animalito quedó unos instantes inmóvil y, de pronto, se acercó a frotar su hocico contra Holly y Sue. Las pequeñas rieron y le dejaron en libertad. El animal corrió a reunirse con su familia.

—Adiós, adiós —dijeron los niños, viéndole corretear por la colina hasta desaparecer entre los animales adultos.

—¡Qué bonito! —exclamó Pam, cuando subía al camión para emprender el regreso.

—Es verdad —asintió Ricky. Y mirando a «Truchas» declaró—: Ya no quiero ser un señor de la ciudad. Lo que a mí me gusta es ser pastor o vaquero.

—Muy bien, hijo —asintió «Truchas», sonriente—. Prueba a

serlo un tiempo, en Shoreham, y si aquello no te gusta, le pides permiso a papá para venirte aquí, y yo te enseñaré.

En aquellos momentos, Ricky tenía la seguridad de que volvería muy pronto al rancho de los Vega. Quedó sumido en meditaciones y no reaccionó hasta que el camión se encontró a pocos metros de los edificios del rancho.

—¡Mirad! —exclamó Pam—. Ahí viene papá, conduciendo el «jeep». Está remolcando el avión con el señor Vega dentro.

Tan pronto como «Truchas» aparcó el camión, los niños corrieron al encuentro de los dos hombres. Después de explicar todo lo que habían hecho, Ricky preguntó:

—Señor Vega, ¿cómo llevará usted el avión a arreglar?

—Podremos hacer las reparaciones aquí —repuso el señor Vega —. En un rancho, hay que aprender a ser buen mecánico. En el fondo del granero tenemos un taller de reparaciones muy bien equipado. Ven, y te lo enseñaré.

Los dos marcharon juntos, mientras los demás se dirigían a la casa, pero un momento después el señor Vega y Ricky entraban en el edificio. Al pecoso Ricky le relucían los ojos y aseguró que en el taller había más herramientas que en el Centro Comercial.

—Entonces tiene que haber muchísimas —declaró Pete.

En aquel momento sonó el teléfono. Diego acudió a contestar.

—Ya está reparada la línea y hay un telegrama para ustedes, enviado desde Kansas City.

—¿Quiere hacer el favor de leérmelo? —pidió Diego.

Durante unos momentos, el chico escuchó con gran atención, y una expresión de asombro fue dibujándose en su rostro. Después de dar las gracias, colgó.

—¡Papá! —llamó a su padre, que entraba en la estancia en aquel momento—. En Kansas City no se ha recibido ningún ganado nuestro últimamente.

—Entonces puede que sus animales se encuentren en algún lugar de la pradera. Y si están en el rancho Álamo, hay que encontrarlos —declaró Pete, dirigiéndose a Diego, cuando ya el señor Vega había salido.

—Desde luego. Mañana, cuando revise las cercas, tendré los ojos bien abiertos —anunció Diego.

Ricky, que había estado escuchándolo todo, tuvo la ocurrencia de pedir:

—¿Puedes llevarme contigo?

—Sí, claro. Si puedes resistirlo…

—¿Qué es lo que hay que hacer? —preguntó el pequeño.

—Verás. Es que, a veces, se rompen las cercas que separan nuestra propiedad de los ranchos vecinos y tenemos que repararlas para que el ganado no cruce al otro lado.

—Oye, ¿y las vacas no saltan las cercas, aunque no estén rotas?

Diego repuso que era muy raro que lo hiciesen.

—El ganado vacuno no es muy inteligente ni atrevido. Con tal de estar bien alimentado y disponer de agua suficiente, permanece tranquilamente en el lado de la cerca que les corresponde. Las ovejas son diferentes —añadió Diego—. No basta con poner cercas y dejarlas sueltas. Es preciso tener perros que ayuden a los pastores a mantener el rebaño junto.

Aquella noche, la señora Hollister llamó a sus hijos, a la hora de irse a la cama, siguiendo la norma militar de pasar lista. Cuando se hacía eso en Shoreham, los niños reían y daban respuestas ocurrentes, como, por ejemplo: «Ricky es dormilón hasta sin colchón». Aquella noche, Holly dijo alegremente:

—«Pam, el cordero lanudo, en la cama de Holly se hará un nudo».

En ese momento se oyó preguntar a Pete:

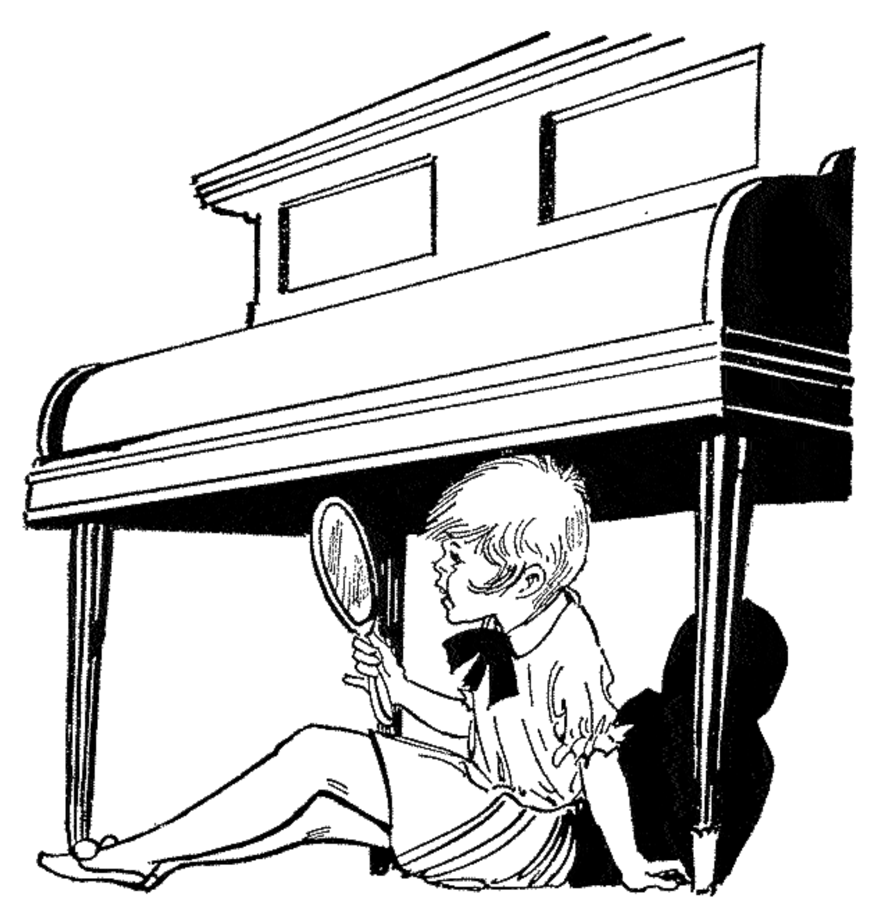
—¿Dónde está Sue? Hace mucho rato que no oigo rechistar a ese grillo charlatán.

—Tienes razón —contestó la madre—. ¿Es que ha salido de casa?

Pete colocó las manos a ambos lados de la boca y llamó a voces a su hermanita, pero nadie le contestó. Entonces, los niños empezaron a buscarla por toda la casa. Al cabo de un rato se oyó reír a Dolores.

—¡Mirad lo que he encontrado aquí! —gritó.

Y señalaba a una esquina de la estancia, debajo del piano. Allí estaba Sue, con un espejito de bolso en las manos, mirándose los dientes.



—«… U… ca… isto…». Antes dientes tengo —explicó, y apenas la entendió nadie hasta que cerró los labios y pudo hablar normalmente.

Los demás se echaron a reír y Sue salió de su escondite. Anunció a todos, muy seria:

—Me parece que sólo tengo cuatro años y aún no me han salido los dientes de mayor.

Cuando se acostaron, todos los Hollister, menos Ricky, se durmieron en seguida. El pecoso estaba tan emocionado, pensando en la aventura del día siguiente, que tardó por lo menos cinco minutos en entrar en la tierra de los sueños. Por la mañana, se levantó el primero y aguardó a la puerta del dormitorio de Diego, para asegurarse de que no le dejaban en casa.

—Hola —saludó cuando el chico salió.

Se prepararon el desayuno entre los dos y luego salieron a caballo antes de que nadie se hubiera levantado. En el trabajo de Diego se incluía visitar uno de los rebaños y llevar mensajes y cartas que pudiera haber para los vaqueros o pastores. El chico decidió hacer esto antes que nada.

Después de cabalgar durante una hora, los dos jinetes llegaron a lo alto de una elevación rocosa alrededor de la cual pastaba una gran manada. Desmontaron, y Diego se dirigió a donde estaba el pastor.

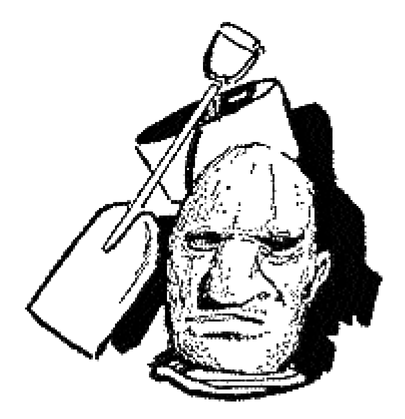


—Hola, Jim —saludó.

Ricky no había seguido a Diego. Se había distraído, contemplando a un perrazo que ladraba a una enorme cabra, de retorcidos cuernos. La cabra dio media vuelta y huyó a la carrera.

De repente, la enfurecida cabra vio a Ricky interponerse en su camino. Y en lugar de cambiar de dirección… ¡La cabra bajó la cabeza y se dispuso a embestir al pequeño!

UN BUEN HALLAZGO



Ricky sabía que no podría apartarse a tiempo. ¿Qué hacer?

—Probaré una cosa —dijo, desesperado.

En el momento en que la enfurecida cabra llegaba ante Ricky, éste dio un salto en el aire y se agarró a los cuernos del animal. De este modo, su cuerpo cayó con fuerza sobre el cuello del animal, haciéndole dar un bramido de dolor.

—¡Bravo! —aplaudió Diego, que corría ya a detener a la cabra.

A su lado venía Jim, el vaquero alto y rubio, que movió la cabeza de un lado a otro, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—Eres muy valiente, muchachito —dijo el hombre a Ricky. Luego se volvió a la cabra para reprenderla—: Y tú, a ver si aprendes mejores modales.

Y dio una fuerte palmada al animal en el hocico.

Ahora que ya había pasado lo peor, Ricky estaba terriblemente asustado, pero luchó por disimularlo y acarició al perro pastor que había acudido a su lado. El pastor le explicó que «Reina Bruta», la cabra, y «Rover», el perro, no eran muy buenos amigos.

—A la cabra no le gusta recibir órdenes de él.

—¿Qué órdenes? —preguntó Ricky.

Jim dijo que el perro era muy habilidoso para hacer volver al ganado que se extraviaba por las colinas. Pero «Bruta» no le hacía el menor caso y, a veces, le embestía con sus cuernos.

Mientras Ricky miraba a «Rover» con admiración, Diego sacó tres cartas y un bloc de notas del bolsillo y entregó todo ello a Jim. Éste escribió algunas cantidades en el bloc y se lo devolvió luego al muchacho.

—Papá se alegrará de saber que no falta ningún animal de tu manada —dijo el hijo de los Vega.

—Creo que de eso debemos dar gracias a «Rover». Es un gran perro pastor —contestó Jim.

—En los otros rebaños han desaparecido algunos animales —se lamentó Diego—. Bueno, Ricky, vámonos ya.

—¿No podemos esperar un poquito? —pidió el pelirrojo—. Querría ver cómo «Rover» hace regresar a la manada a alguna oveja.

Jim dijo que generalmente el perro no hacía esa tarea hasta la noche, pero que procuraría que hiciese una pequeña demostración en aquel momento.

—Aunque no va a poder traer las quinientas cabezas ahora —añadió, con una risilla.

—¿Quinientas cabezas? —se asombró el pequeño—. ¿Y las cuida usted solo?

—No. Con «Rover». Él vale por media docena de hombres —afirmó Jim, llamando a su lado al hermoso perro—: «Rover» no sabe contar y, sin embargo, no deja de buscar animales hasta que nuestro rebaño está completo. Y aún hay más. Si un cordero de otro rebaño se mezcla con el nuestro, «Rover» hace que se marche.

—¡Vaya! ¡Qué inteligente! —dijo el pequeño admirado.

Jim miró al perro, que ladeó la cabeza, esperando instrucciones.

—Ve a buscar a «Caracol» —ordenó el pastor.

Hubo una corta pausa. Luego, «Rover» dio un salto y se alejó.

—¿Qué es cara… cara…? —repitió Ricky.

—Espera y lo verás —contestó Diego, riendo.

Cinco minutos más tarde se le oía ladrar en el cercano bosque y, poco después, una oveja negrísima llegaba corriendo. «Rover» la

había obligado a venir adonde estaba su amo y los dos chicos.

—Te presento a «Caracol» —dijo Jim—. Es de una raza muy rara.

Ricky nunca había visto una oveja negra y le pareció que su lana era muy bonita. Dio las gracias a Jim por haber permitido que el perro hiciese aquella demostración y luego subió a su caballo. Mientras cabalgaban, Diego miró al sol.

—Son las nueve —dijo—. Pete, Pam y Dolores habrán salido ya hacia la «Montaña Tenebrosa».

Diego estaba en lo cierto. Pete y Pam habían conseguido permiso de sus padres para hacer aquella excursión, aunque sólo en el caso de que Dolores pudiese acompañarles. Aunque más pequeña que los Hollister, Dolores era una excelente amazona y conocía bien el terreno porque había hecho largas salidas con su padre y su hermano. También Jack y Helen habían obtenido permiso para hacer la excursión.

Y en aquellos momentos, el pequeño grupo estaba ante la casa de los Bishop, despidiéndose del señor y de la señora Moore. Pete montaba sobre «Mancha», Pam se había quedado con «Amigo» y Dolores con «Astuto».

Los Hollister llevaban sus trajes nuevos de vaquero, que les sentaban muy bien.

—Tened mucho cuidado y no os separéis —aconsejó la señora Moore.

—Lo prometemos —dijeron todos a coro.

Los niños charlaban alegremente mientras avanzaban por los campos; al frente de todos iba Pete. El chico llevaba en el bolsillo el mapa que había encontrado en la guarida de Mezquite y seguía la dirección que indicaba el mapa.

Al llegar a una zona boscosa, con una cuesta empinada, tuvieron que marchar al paso. De vez en cuando, Pete consultaba el mapa.

Descendieron hasta un barranco y de éste pasaron a otro. El terreno estaba salpicado de grandes peñascos que dificultaban el avance a los caballos.

—¿No podríamos seguir algún camino? —preguntó Helen, al cabo de un rato—. A mí no me importa tardar más en llegar a la «Montaña Tenebrosa».

—Ya es demasiado tarde para volver atrás —objetó Pete—. Además, creo que hemos equivocado las orientaciones del mapa.

Condujo al grupo hacia un despeñadero, con laderas tan empinadas que todos tuvieron miedo de caerse de los caballos, A mitad de camino, el caballo de Helen resbaló con mía piedrecilla suelta y quedó con las manos dobladas. Y Helen fue lanzada al suelo por encima de las orejas del animal. Por suerte, cayó en un lecho de musgo.



—¡Ay, Dios mío! ¡Que mi caballo no se haya roto una pata!

Dolores desmontó inmediatamente, para ir a examinar al animal.

—No —anunció en seguida—: No tiene nada roto. Pero este terreno es muy malo. Yo nunca he estado por aquí.

Los hermanos Moore propusieron regresar a casa, pero los Hollister y Dolores Vega opinaron que debían continuar. Ya no debía estar lejos la «Montaña Tenebrosa».

—Está bien —accedió Jack—. Vosotros sois mejores exploradores que nosotros. ¡Abrid la marcha!

Los cascos de los caballos resonaban sobre la superficie pedregosa, levantando nubecillas de tierra. Cuando llegaron a un espacio despejado, Dolores detuvo su caballo y señaló algo.

—¿Veis aquella colina de allí? Es mucho más alta que las que hay a su alrededor. Estoy segura de que es la del mapa.

Muy animados, los jóvenes exploradores se encaminaron al árbol, buscando con sumo cuidado el camino mejor en el abrupto terreno. Pam fue la primera en llegar. En seguida levantó la mano para que los demás se detuvieran.

—Éste debe de ser el lugar indicado —dijo, y se volvió en la silla —. Pero mirad allí. Estamos al borde de un pequeño cañón.

Los demás quedaron estremecidos al verse tan cerca del precipicio. Desmontaron, llevaron los caballos a un extremo, y luego contemplaron el estrecho valle. Estaba a unos treinta metros de profundidad y aparecía salpicado de rocas de raras y caprichosas formas.

—¡Ah, ya sé lo que es esto! —afirmó Dolores—. He oído que papá le llama el Cañón oculto. Los antiguos que vivieron aquí lo dedicaban a sus ceremonias.

—¡Entonces puede ser una pista de la «Montaña Tenebrosa»! —dijo Pete, mirando a su hermana.

—¿Ha explorado alguien todo esto? —preguntó Pam a Dolores.

La morenita Dolores asintió.

—Un grupo de estudiantes de la Escuela Superior hizo aquí una excavación el verano pasado.

Jack se rascó la cabeza.

—¿Una excavación? —repitió—. ¿Qué es eso?

—Ésa es una de las cosas divertidas de vivir en el Oeste —repuso Dolores, mirando fijamente al otro lado del cañón—. Por aquí, hay muchos tesoros ocultos y ciudades enterradas. La gente de los museos siempre anda buscando cosas de ésas.

—¿Y los chicos también? —preguntó Jack, con ojos que el asombro hacía aparecer tan redondos como platos.

—Claro que sí. Los niños de Sunrise encontraron por aquí los restos de un pueblo antiguo.

Pete chasqueó los dedos con entusiasmo.

—¡Vamos a bajar y haremos una inspección! —propuso.

Jack y Helen no estaban tan entusiasmados como los demás. Sin embargo, volvieron todos junto al árbol y ataron sus caballos. Luego, bajaron lentamente por la ladera del cañón.

—¡Ya veo el pueblo que estamos buscando! —gritó Pam al llegar al fondo.

Y corrió hasta un paredón bajo y cuadrado, construido de adobes. La mayor parte de los adobes estaban rotos o desgastados.

—El «esqueleto» de una edificación antigua —se le ocurrió decir a Pete.

Y la frase puso muy nerviosa a Helen.

—¿Creéis que por aquí puede haber esqueletos de personas? —preguntó.

—Es posible —respondió Pete—. Pero no te preocupes. No pueden hacer daño.

Helen no contestó, pero Pam se dio cuenta de que su amiga parecía un poco asustada. Por eso se acercó, tomó a Helen de la mano y propuso:

—Ven. Vamos a buscar un tesoro.

Los niños se movieron por el pueblo en ruinas hasta que encontraron una pala rota.

—¡Zambomba! ¡Me parece que puede ser de mucha utilidad!

Lo que quedaba de mango era tan corto que Pete tuvo grandes dificultades para hundir la pala en tierra. Los demás caminaron de un lado y otro, curioseándolo todo y levantando piedras por si había algo debajo.

Por fin Pete interrumpió su trabajo y se secó el sudor de la frente.

—¿Qué? ¿Alguien quiere probar a cavar un rato? —propuso.

—¡Yo, yo! —se ofreció su hermana, corriendo a empuñar la pala —. Pero yo cavaré por allí.

Pam señaló una pequeña elevación.

—Yo te ayudaré —se ofreció Dolores.

—Y yo —añadió Helen.

Las tres niñas se separaron de los chicos y, en cuanto llegaron al punto deseado, Pam hundió la pala en tierra, ayudándose con el pie.

—¿Creéis que puede ser algún lugar donde se enterrasen a los

muertos? —preguntó Helen, mirando a sus dos compañeras con expresión de temor.

—Podría ser —admitió Dolores, que ya estaba ayudando a retirar con las manos la tierra que Pam iba sacando.

De repente, la pala chocó con algo duro. Al principio, Pam creyó que era un pedrusco y continuó cavando a su alrededor. Finalmente, introdujo la mano en el agujero. El objeto no tenía una superficie uniforme. Pam lo sacó y luego extrajo su pañuelo para limpiar la tierra que lo cubría. Dolores y Helen la miraban con el más profundo interés.

—Esto parece… parece… ¡una cara! —tartamudeó Pam.

Al oír aquello, Helen lanzó un grito y retrocedió de un salto.

—¡Un esqueleto! ¡Jack, Pete, venid aquí en seguida! ¡Hemos encontrado un esqueleto!

Cuando los chicos llegaron, Pam continuaba cavando con gran rapidez.



—No es un esqueleto —dijo al fin, emocionada—: ¡Ayúdame a

sacarlo, Pete!

Los dos hermanos tiraron con fuerza de un objeto extraño, de piedra, que tenía las dimensiones de un balón de fútbol.

Cuando lo tuvieron fuera, Pam fue la primera en comprender de qué se trataba.

—¡La cabeza de una muñeca de piedra! —exclamó.

Pete lanzó un silbido.

—Los antiguos «constructores de muñecas» debieron de vivir por aquí —dijo. Y añadió, gritando—: ¡Estamos sobre la pista! ¡La «Montaña Tenebrosa» no puede estar lejos!

Dolores pronunció apresuradamente algunas palabras en español. Al notar que los otros la miraban sin comprenderla, Dolores añadió, sonriente:

—Se lo diremos a los arq… arqueo…

—¿Arqueólogos? —completó Pam.

—Eso es —contestó Dolores—. Los arqueólogos del museo de Sunrise siempre están buscando cosas de éstas.

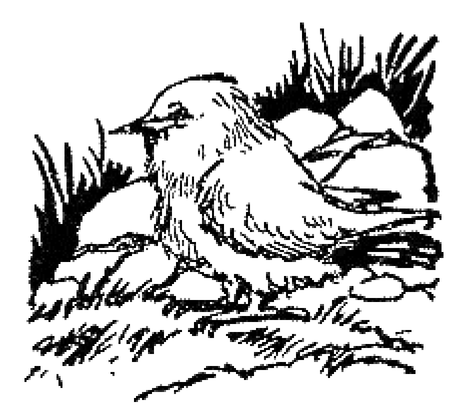
—Pero primero hay que encontrar la «Montaña Tenebrosa» —opinó Jack. Y todos estuvieron de acuerdo con él. Luego propuso—: Podríamos dejar marcado este lugar y volver después. Ahora debemos ir a buscar los caballos.

Llevando la muñeca bajo el brazo, Pete echó a andar delante de todos, por la empinada ladera del cañón. Estaban a medio camino, cuando se detuvieron, sorprendidos, al oír ruido de cascos de caballos.

Pete entregó la cabeza de la muñeca a su hermana y se arrastró tan de prisa como pudo hasta lo alto del farallón. Después de mirar a todos lados con desesperación, gritó a los demás:

—¡Adiós, caballos! ¡Se han marchado!

¿DÓNDE ESTÁ EL MAPA?



—¡Nuestros caballos no se han ido por su voluntad! Alguien ha tenido que haberlos desatado y espantado —gritó Dolores, indignada, al llegar al borde del farallón—. ¡Mirad allí!

Los niños volvieron la mirada hacia la izquierda. Un hombre con sombrero mejicano se alejaba al galope.

—¡Mike Mezquite! —exclamó Jack, reconociendo, sin la menor duda, al vaquero y su caballo.

El pequeño grupo quedó unos momentos como atontado. ¿Por qué les había jugado aquel hombre tan mala pasada? ¿Tendría Willie Boot algo que ver con aquello?

Dolores procuró mostrarse alegre.

—Nuestros caballos volverán. Esperad y veréis.

Pero los animales no volvían y los Hollister empezaron a preguntarse cuánto tiempo podrían tardar en regresar a casa, a pie. ¡Probablemente un par de días!

—¡Ay, Dios mío! —murmuró Helen, dejándose caer al suelo, al mismo tiempo que se secaba una lágrima—: ¡Todo se ha estropeado, al intentar encontrar la «Montaña Tenebrosa»!

Pam procuró consolarla.



—No te desanimes. Tengo una idea —manifestó.

—¿Qué es?

—En lugar de volver a casa andando, ¿por qué no esperamos a que alguien venga a rescatamos? Entre tanto, podemos buscar esa montaña.

A todos les pareció un buen plan. Seguramente, cuando no se presentasen por la noche, el señor Vega saldría a buscarles en la avioneta. El rescate resultaría sencillo.

—¿A qué hora nos esperaban en el rancho? —preguntó Helen.

—A la hora de la cena —contestó Dolores—. Pero tenemos que ir pensando en pasar la noche aquí. La avioneta no puede salir hasta que sea de día.

De repente, Pete masculló, malhumorado:

—¿Y cómo nos las arreglaremos para comer? Los paquetes con los bocadillos iban atados a los caballos.

Dolores quedó unos momentos silenciosa. Luego dijo que tal vez ella encontrase algo que comer.

—Por aquí debe crecer maíz silvestre. Y hay unos helechos

dulces que crecen donde hay pinos. Chicos, vosotros encended una hoguera. Pam, Helen y yo buscaremos algo que comer.

Pete y Jack contestaron que no tenían cerillas, pero que probarían el método indio para hacer fuego. Primero buscaron alguna piedra que tuviera pedernal, pero no encontraron ninguna.

—Creo que tendremos que emplear una ramita —decidió Pete—. Tú, Jack, trae ramas y hojas secas, mientras yo afilo la rama.

En primer lugar, Pete abrió un agujero con su navaja en un trozo de corteza de árbol y después sacó punta a una ramita. Había concluido aquellas tareas, cuando llegó Jack con un puñado de pinochas, resecas y crujientes, que desmenuzó y metió en el agujero de la corteza.

Sosteniendo la ramita muy recta entre las palmas de las manos, con la punta introducida en el hueco de la corteza, Pete empezó a hacerla girar rápidamente a un lado y a otro. Jack se tendió en el suelo y fue soplando suavemente sobre las pinochas.

¡Ni un sólo chispazo brotó después de probar varias veces! Sin embargo, los chicos no se desanimaron y al final vieron recompensada su constancia. Una ligera columna de humo se elevó de las pinochas.

—¡Hurra! —exclamó Pete, haciendo girar la ramita con más rapidez.

Cuando regresaron las niñas, cargadas de cosas, prorrumpieron en exclamaciones de asombro.

—No creí que pudierais hacerlo —confesó Dolores, dejando en el suelo un cacto gigantesco.

—No somos tan inútiles como te imaginas —contestó Jack, echándose a reír.

Cuando todo estuvo preparado, Pam preguntó:

—¿Qué os apetece? Tenemos maíz indio, tostado, ensalada de helechos y moras y jugo de cactos.

—Yo pienso tomar de todo y en abundancia —repuso Pete.

Aquella comida campestre fue un completo éxito. Al terminar, los niños apagaron la hoguera, aplastándola con los pies, y se dispusieron a iniciar la búsqueda de la «Montaña Tenebrosa». O, al menos, la que suponían era esa montaña, a juzgar por el tosco mapa de Mike Mezquite.

—No podemos llevar con nosotros esta cabeza de muñeca tan pesada —dijo Pete—. ¿Os parece bien que la enterremos y volvamos a buscarla más tarde?

Pam sugirió ocultarla al pie del gran árbol sabina. Así que Pete bajó al Cañón Oculto para traer la pala. Cuando tuvieron enterrada la cabeza, todos se sentían muy animados. Anduvieron durante una hora, descendiendo hasta el lecho de los arroyos secos o ascendiendo por laderas boscosas.

—¡Ayyy, mis pies! —se lamentó al fin Helen—: ¿Por qué no nos detenemos un poco a descansar, Pete?

—Y yo tengo mucha sed —masculló su hermano—. Si encontrásemos agua…

No había el menor rastro de agua a la vista. A los pocos minutos de haberse sentado, Pete dijo:

—Andando. Todos en marcha.

Cruzaron otra colina y empezaron a descender a un barranco lleno de árboles. De repente, Helen gritó:

—¡Agua! ¡Veo agua!

La niña señalaba una charca de agua que se encontraba al pie de una roca.

—Ahora podremos beber —exclamó Jack, ansioso.

Y echó a correr, seguido de Dolores. El chico se puso de rodillas y estaba a punto de llevarse el agua a la boca, usando las dos manos unidas, a modo de cazo, cuando Dolores gritó:

—¡Espera! ¡No bebas!

Jack la miró con asombro y siguió con la vista lo que señalaba el dedo extendido de la muchachita. Cerca de la charca se veían los blancos huesos de un animal.

—Creo que esta agua puede estar envenenada. Ese animal bebería y murió por eso.

—¡Caramba! Tengo tanta sed que me bebería un océano —dijo Jack, dejando escapar un prolongado suspiro.

—No podemos arriesgamos —contestó gravemente Dolores—: Ya encontraremos agua en otra parte.

En ese momento, un pajarillo se acercó a la charca.

—¡Hay que asustarle! —gritó Pam—. ¡No podemos dejarle beber agua envenenada!

—No os preocupéis —dijo Dolores—. Si el agua no es buena, no beberá.

Todos quedaron inmóviles, observando, mientras el pájaro revoloteaba por el borde del agua. Tras unos momentos de indecisión, el animal se alejó sin haber bebido.



—Tenías razón, Dolores —dijo Jack, admirado de la inteligencia del animalillo.

Continuaron caminando. El terreno se hacía cada vez más abrupto. Hasta la propia Pam acabó preguntando a Pete si estaba seguro de que el mapa indicaba aquella dirección.

—Sí, sí… Pero volveremos a mirar —dijo Pete.

Introdujo la mano en el bolsillo y palpó durante un momento. Luego, una expresión muy rara apareció en su rostro.

—¡Lo he perdido! —confesó al fin, avergonzado.

—¿Perdido? —repitieron los otros.

Todos se dejaron caer al suelo, desalentados. Pete se había puesto coloradísimo, porque se avergonzaba de su descuido. ¡En adelante ya no sabrían adónde dirigirse!

—Ahora sí que estamos metidos en un buen lío. Y todo por mi culpa.

Y para empeorar las cosas, Jack, al mirar por entre los árboles, vio la charca de agua envenenada.

—Hemos estado andando en círculo —anunció.

Todos asintieron angustiados por aquel fracaso, pero nadie reprochó nada a Pete. Al fin y al cabo, había hecho cuanto pudo por encontrar la «Montaña Tenebrosa».

Pero Pete no opinaba lo mismo y estaba realmente apurado. Se sentó en el suelo y quedó meditando. ¡Cómo deseaba poder remediar su estupidez! No se le ocurría nada. Dolores no tardó en llegar a interrumpir sus reflexiones.

—Busquemos un sitio bueno para pasar la noche —indicó.

—Buscadlo vosotras —contestó Pete que no acababa de consolarse de su fracaso.

Las tres iniciaron la búsqueda. A Pam le parecía buen sitio un lecho de pinochas, pero Dolores aseguró que, por la noche, hacía mucho frío entre los árboles. Helen propuso ir al fondo de un arroyo seco, a lo que Dolores contestó que por tales parajes rondaban animales peligrosos, después de anochecido.

—Creo que lo mejor es dormir en la pradera, bajo el cielo abierto —decidió.

Dolores eligió un lugar donde la tierra no era pedregosa y resultaba bastante cómoda para dormir en ella. Buscaron más alimentos y prepararon la cena. Sobre la tierra empezaron a proyectarse sombras purpúreas al caer el crepúsculo. Luego, una a una, empezaron a asomar resplandecientes estrellas en el cielo.

Todos, menos Pete, empezaron a bostezar de cansancio. Al poco rato se tumbaron y no tardaron en quedar dormidos. Pete continuaba sentado, mirando a lo lejos. No tardó en salir la Luna, que bañó el paisaje con su luz plateada.

Las cimas de las montañas cercanas destacaban con claridad, y Pete fue contemplándolas una tras otra. Una cumbre horizontal, no

muy lejana, llamó su atención.



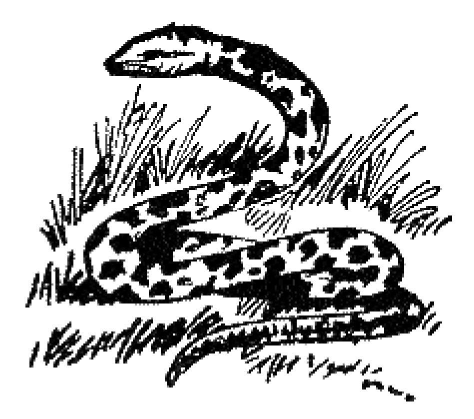
«¡Se parece al dibujo del libro sobre Méjico!», pensó, emocionado.

Y un momento después se preguntaba si lo que en aquel instante veía podía ser verdad. Por la falda de la montaña se veía moverse una luz brillante. Pronto se interrumpió su avance. La luz quedó fija en un lugar. Pete siguió contemplándola. Cuando transcurrieron unos diez minutos, Pete estaba acuciado por la curiosidad.

«Voy a ir allí y veré lo que es —decidió—. Puede ser que aclare el misterio de la "Montaña" y compense así mi descuido».

Se puso en pie silenciosamente y echó a andar en dirección a la misteriosa luz.

UN SUSTO



En el rancho, los Hollister y los Vega esperaban con ansiedad el regreso de Pete, Pam y Dolores. Ya habían cenado y estaban sentados en el patio, mirando hacia las montañas.

Diego rasgueaba suavemente la guitarra, deseoso de calmar un poco los nervios a las dos familias. «Truchas» se había unido al grupo y parecía muy preocupado.

—Estas criaturas tendrán que acostarse ya —dijo la señora Hollister con una nota de angustia en la voz—: Voy a telefonear al rancho de los Bishop para preguntar a la señora Moore si Helen y Jack ya han regresado.

Pero no había tenido tiempo de llegar al teléfono cuando Holly anunció:

—¡Ahí llegan! ¡Oigo sus caballos!

Diego dejó de tocar y todos escucharon el ruido de los cascos, resonando en la distancia. Pronto se distinguieron las siluetas de los animales, envueltos en una nube de polvo.

—¡Hurra! —gritó Ricky, alegremente.

Pero cuando los animales se aproximaron, empezaron a oírse contenidas exclamaciones de horror.

¡Las sillas estaban vacías!

Diego corrió a empuñar las riendas de «Mancha».

—Viene desde muy lejos —afirmó el chico, observando que el animal aparecía cubierto de sudor.

«Truchas» examinó detenidamente al animal y vio que «Mancha» había perdido una herradura y tenía espinas clavadas en el corvejón.

—Esto es un mal augurio —declaró «Truchas»—. Los matorrales que tienen estas espinas, sólo se crían en la zona donde habita el monstruo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el señor Hollister, viendo la expresión de terror de Diego.

«Truchas» habló de la montaña hechizada, donde se producían extraños ruidos, y añadió que los caballos probablemente habían llegado de allí. El señor Hollister suspiró. Aquello eran cuentos de hadas y brujas, que no le preocupaban. Lo que le importaba era que los niños no corrieran peligro.

Fue la señora Vega quien calmó un poco la tensión.

—Dolores es una niña muy sensata —dijo—, y su padre le ha enseñado cómo se debe acampar para pasar la noche, en un caso de emergencia. Eso habrán tenido que hacer, si se les han escapado los caballos, y nosotros tendremos que ir a buscarles. Si no están de regreso por la mañana, iremos a la montaña con monstruo o sin él.

—Llamaré al rancho Bishop —decidió la señora Hollister, y entró en la casa.

Después de una breve conversación con la señora Moore, colgó y notificó a los demás que Jack y Helen tampoco habían regresado.

—Pero sus caballos no han vuelto —dijo la señora Hollister—. Eso es muy extraño. ¿No sería mejor avisar a la policía?

Los Vega, aunque estaban muy preocupados, dijeron que no merecía la pena hacer tal cosa, porque efectuar una búsqueda nocturna resultaba casi imposible.

—No nos preocupemos más hasta mañana por la mañana —dijo filosófico, «Truchas», cuando se iba hacia su dormitorio.

Cuando el viejo se hubo marchado, la señora Hollister llevó a Sue a su habitación. También Holly y Ricky fueron a acostarse. Al decir sus oraciones, pidieron, sobre todo, que los niños que se

encontraban en la pradera pasaran bien la noche y pudieran regresar a casa por la mañana. Cuando ya todo estuvo silencioso, Sue se deslizó de la cama y fue a donde dormía Holly y le dijo:

—No tengas miedo. Ya verás como «vuelverán» pronto, dando saltitos.

Holly se incorporó para besar a la pequeña y Sue trepó a la cama de su hermana. Más tarde, cuando la señora Hollister, antes de retirarse, pasó a ver a sus hijos, encontró a las dos hermanas acurrucadas, juntas. Sue apretaba en su manita gordezuela una trenza de Holly. Con mucha delicadeza, la señora Hollister tomó a la chiquitina y la llevó a su cunita.



Aunque el día amaneció soleado y resplandeciente, los excursionistas no habían regresado, y tanto los Vega como los Hollister lo veían todo muy sombrío. Diego tomó los prismáticos de

su padre y, tras subirse al tejado de un granero, escudriñó con ellos el terreno en todas direcciones. Los niños ausentes no se veían por parte alguna.

—Hay que actuar de prisa —decidió el señor Hollister—. Frank, ¿tú avioneta está en buenas condiciones para iniciar la búsqueda?

—No del todo —repuso el señor Vega, muy nervioso—. Voy a continuar ahora mismo con las reparaciones.

Corrió al granero, abrió la puerta y se puso a trabajar febrilmente. Un momento después, llamaba al señor Hollister para proponerle que Diego y él, acompañados de «Truchas», salieran a inspeccionar llevándose los caballos de los niños.

—Yo saldré a buscarlos desde el aire, tan pronto como haya reparado la hélice —prometió el señor Vega.

Al instante, Ricky dijo que deseaba ir con su padre mientras Holly suplicaba que la permitiesen acompañarles.

Por su parte, la señora Hollister, sonriendo tristemente, informó:

—Yo iré también.

—Pero el camino es muy abrupto —advirtió el señor Vega.

—De todos modos, no puedo quedarme aquí, mientras no sepa qué ha sido de mis hijos.

La señora Vega le apoyó un brazo en los hombros.

—Sé lo que sientes. Ve tranquila. Yo debo quedarme, porque podría llamar alguien dando información sobre los niños —declaró.

—Yo también quiero ir —declaró Sue.

Pero se decidió que era demasiado pequeña para un viaje tan largo a caballo; Sue debía quedarse en casa con la señora Vega. Viendo que la pequeña se echaba a llorar, la señora Vega le preguntó:

—¿No te gustará quedarte en casa a jugar con los conejos?

Sue se secó los ojos y fue a la cocina para ayudar a poner el desayuno en la mesa. Veinte minutos más tarde, mientras Diego y «Truchas» ensillaban los caballos, la señora Hollister y Holly ayudaban a la señora Vega a empaquetar los bocadillos y el jugo de tomate que debían llevar para el camino.

—Ya sé que tenéis tanta prisa como yo por encontrarlos —dijo la dueña de la casa—. Espero que tengáis mucha suerte.

Mientras cabalgaban por la pradera, distinguieron muy bien las

huellas que «Mancha» y los otros dos caballos fueron dejando cuando regresaron la, pasada noche. Sin embargo, transcurrido un rato, tropezaron con un laberinto de huellas de ganado.

El grupo cabalgó toda la mañana sin detenerse. Luego, «Truchas» opinó que los caballos debían descansar.

—Podemos comer mientras esperamos —propuso la señora Hollister, aunque le parecía terrible perder un tiempo que podía ser precioso.

—Hay un pinar con buena sombra algo más allá —indicó Diego —. Podemos ir allí.

Mientras se aproximaban a los árboles, Ricky, de súbito, espoleó a su caballo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Holly al verle alejarse.

—He visto una cosa blanca —repuso el pecoso, sin dar más explicaciones.

Antes de que los demás le hubieran alcanzado, Ricky ya había llegado a donde quería y bajó del caballo. Muy interesado, se aproximó a unos matorrales. De pronto sonó una especie de campanilleo.

—¡Cuidado! —le advirtió Diego—. ¡Una serpiente!

Ricky dio un salto en el último instante. Las fauces de la serpiente avanzaron hacia él y estuvieron a punto de alcanzar al chiquillo en la pierna.

Ricky quedó tan asombrado que no podía moverse. La serpiente retrocedió, dispuesta a reanudar su ataque. Viendo a Ricky en peligro, Diego saltó del caballo, tomó una piedra y la arrojó contra el áspid. Fue un tiro certero y la serpiente quedó inmóvil.

—Gracias, Diego —dijo Ricky. Luego señaló algo blanco que había entre las matas—. Eso es lo que quería mirar.



Diego se agachó para recoger un trocito de piel de conejo.

—¡Apuesto a que es de los trajes de vaquero que llevaban Pete y Pam! —dijo el pecoso.

—Una pista —declaró el señor Hollister, alegrándose bastante—. Al menos, sabemos que seguimos un buen camino.

El grupo se dispersó para inspeccionar en todas direcciones; mientras avanzaban, muy lentamente, camino arriba. Cuando llegaron a lo alto de la pequeña elevación, Diego señaló el valle que se extendía abajo.

—¡Allí hay gente! —exclamó.

Estaban demasiado lejos para poder reconocerlos, pero todos confiaban en que fuesen los niños desaparecidos. Y suponiendo que no lo fuesen, quizá habían visto a los niños y podrían darles noticias de ellos.

—¡Vamos! Hay que alcanzar a esa gente antes de que desaparezca —apremió el señor Hollister.

«Truchas» masculló algo relativo a lo abrupto del terreno y al

monstruo que lo habitaba, pero por suerte, Diego no le oyó. Los viajeros aceleraron la marcha tanto como les fue posible. Pronto perdieron de vista al grupo de abajo, pues el camino se internaba por una zona boscosa.

Luego volvieron a encontrar un claro. Desde allí pudieron distinguir a cuatro niños. ¡Eran Pam, Dolores, Helen y Jack!

—¡Les hemos encontrado! —chilló Ricky y lanzó un grito de guerra indio para llamar la atención del grupo de abajo.

Al oírlo, los niños corrieron al encuentro de los mayores. Cuando se reunieron, todos empezaron a hablar a un tiempo.

—¡Qué alegría que hayáis venido!

—¿Cómo habéis podido encontrarnos?

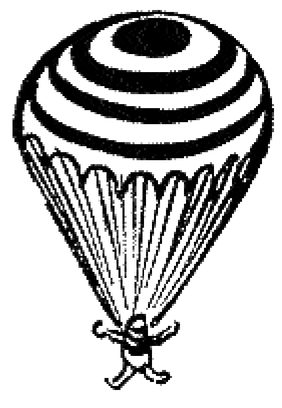
—¿Qué os ha pasado?

Pero hubo una pregunta que repitieron varios a un tiempo:

—¿Dónde está Pete?

—Se ha ido —contestó Pam con tristeza—. Se marchó anoche y no ha vuelto.

UN PEQUEÑO PARACAÍDAS



—¿Pete se ha ido? ¿Adónde? —preguntó la señora Hollister.

—Yo creo que ha ido a buscar la «Montaña Tenebrosa» —dijo Pam, que luego explicó lo triste que quedó Pete después de perder el mapa. Y con los ojos llenos de lágrimas, añadió—: Pero a estas horas ya tendría que haber vuelto.

Dolores dijo que habían decidido quedarse en el lugar en donde pasaran la noche, para que Pete pudiera reunirse con ellos. Pero ahora empezaban a temer que Pete se hubiera perdido.

—O que le haya capturado Mike Mezquite —declaró Jack—. Él fue quien espantó nuestros caballos.

—¡Ese vaquero inútil y perezoso! —masculló «Truchas»—. Que espere a que yo le encuentre… Le voy a… a… a…

El anciano no concluyó de pronunciar su amenaza, porque en ese momento se oyó el ruido de un avión. Levantando la cabeza, observaron cómo el aparato se iba acercando.

—¡Es papá! —gritó Diego.

Evidentemente, también el señor Vega había visto al grupo, porque ladeó el avión a izquierda y derecha, demostrando haberlos reconocido.

—Querría poder decirle que Pete ha desaparecido —dijo Pam.

—Conozco una forma de hacerlo —afirmó Diego—. Vamos a separarnos para que pueda contarnos. Papá verá en seguida que falta uno.

A toda prisa, el grupo se disolvió. El señor Vega dio dos pasadas sobrevolando aquella zona. Luego, como queriendo dar a entender que comprendía el mensaje, volvió a ladear el aparato.

Esta vez se alejó para volar por encima de las cumbres de cada montaña. Los que aguardaban abajo esperaron en tensión a que el señor Vega consiguiera averiguar algo de Pete.

Dos minutos más tarde, el avión volvía y todos se preguntaron si el piloto intentaría aterrizar, pero Diego opinó que aquel terreno era demasiado pedregoso y desigual. Las ruedas podrían destrozarse.

—¡Oh, mirad! —gritó Ricky.

Algo blanco apareció en la ventanilla del avión, y empezó a caer hacia tierra.

—¡Un paracaídas hecho con un pañuelo! —dijo Diego, corriendo a recogerlo—. Papá envía un mensaje.

—Va a aterrizar aquí —exclamó Holly emocionada.

Pero una repentina ráfaga de viento alejó de allí el pequeño paracaídas.

—¡Ooooh, va a quedar prendido en los árboles! —se lamentó Ricky.

El pañuelo quedó enganchado en las ramas más altas de un gran pino y todos ahogaron una exclamación de desencanto.

—Debemos recogerlo —dijo el señor Hollister.

—¡Yo treparé al árbol! —se ofreció el valiente Ricky—. Que alguien me suba a las primeras ramas.

Pero las primeras ramas quedaban a más de tres metros del suelo y subir allí a Ricky no iba a resultar fácil. «Truchas» avanzó provisto de un lazo.

—Con esto podremos arreglarlo fácilmente —afirmó, al tiempo que lanzaba el lazo por encima de una de las ramas.

El extremo suelto de la cuerda quedó colgado al otro lado.

—Todo listo, Ricky —declaró el pastor, atando la cuerda alrededor de la cintura del pequeño. Luego tomó el otro extremo y

tiró de él, izando al niño hasta la rama.

—Muy bien —dijo Diego, dirigiéndose al pastor.

Todos los presentes aplaudieron.

—Allá voy —anunció Ricky, empezando a trepar por el árbol.

Todos miraron, conteniendo el aliento, cómo el pequeño subía, subía… Por fin, Ricky llegó a la rama en cuyo extremo estaba enganchado el paracaídas.

—¿No lo alcanzas? —preguntó la señora Hollister.

—Creo… creo que sí.

Sujetándose al tronco con un brazo, Ricky alargó el otro tanto como pudo. Pero el paracaídas quedaba a varios centímetros de sus dedos.



«¿Cómo voy a llegar allí? Si me suelto del tronco puedo caerme» —reflexionó el pequeño.

De pronto tuvo una idea. Sujetándose al tronco del árbol firmemente, Ricky se desabrochó el cinturón y lo lanzó hacia el

paracaídas. ¡La hebilla se enganchó en los hilos del pañuelo!

—¡Buen trabajo! —gritó el padre, mientras Ricky atraía hacia sí el mensaje con gesto triunfal.

Luego se lo guardó en el bolsillo, volvió a ponerse el cinturón y comenzó a descender hasta las ramas bajas.

—Déjate caer en mis brazos —le indicó el señor Hollister.

Ricky llegó a la primera rama. Luego se soltó. ¡Zas y aterrizó sin incidentes en los brazos de su padre!

—Déjame leer el mensaje, querido —pidió la señora Hollister, y Ricky le entregó lo que pedía.

El papel estaba doblado y atado con cordel. Al abrirlo, la señora Hollister lanzó un grito de sorpresa.

—¡Pete está prisionero! —exclamó.

—¡No! —exclamaron los niños con desaliento, y a continuación empezaron a llorar.

—Acaba de leer —pidió el señor Hollister con voz trémula.

Su esposa leyó nerviosamente:

HE VISTO TRES SILUETAS EN EL EXTREMO MÁS ALEJADO DE LA MONTAÑA DE CIMA HORIZONTAL. DOS DE ELLAS ALEJARON DE LA VISTA, A EMPUJONES, A UN TERCERO CUANDO YO PASÉ A POCA ALTURA. SOSPECHO QUE PETE ESTA ALLÍ PRISIONERO. HE ENVIADO UN MENSAJE POR RADIO A LA POLICÍA, PERO PASARA TIEMPO ANTES DE QUE LLEGUEN A ESTA MONTAÑA. ¿NO QUERÉIS VOSOTROS PROBAR SUERTE?

—¡Claro que queremos! —exclamó el señor Hollister.

Montaron a toda prisa en los caballos. Holly y Helen cabalgaban el mismo animal. «Truchas» abría la marcha. Muy pronto se encontraron ascendiendo por la ladera de la montaña. No había sendero alguno marcado y esto retrasaba notablemente la ascensión.

—Puede que esos «malos» se lleven a Pete —murmuró Holly.

—Y que nunca volvamos a verle —añadió el pecoso en tono lúgubre.

—¡Niños! —intervino la madre muy seria—. Hay que esperar lo mejor.

Cabalgaban en fila de a uno por un bosque de pinos y arces. «Truchas» iba delante, abriendo paso por entre enormes árboles,

cuando Pam, que iba inmediatamente detrás de él, se apresuró a situarse a su lado.

—¿Usted cree que el monstruo…? —empezó a decir.

Pero no pudo concluir la frase. Se produjo un rumor en el bosque cercano y un ciervo asustado se cruzó en el camino de Pam y «Truchas». Los dos caballos relincharon y retrocedieron.

—¡Sooo! —gritó «Truchas», tirando de las riendas de su montura.

Pero el caballo de Pam alzó las patas delanteras y se lanzó hacia delante a toda velocidad. La sacudida fue tan inesperada que a Pam se le escaparon las riendas de las manos y la niña tuvo que aferrarse, de cualquier modo, a las crines para no caer.

—¡Ayudadme! —gritó la pobre Pam.

Cuando «Truchas», después de haber calmado a su caballo, pudo lanzarse detrás de Pam, la montura de ella se encontraba ya a gran distancia, corriendo, enloquecida, ladera arriba.

«Truchas» estaba a punto de alcanzarlo, cuando vio que una rama baja de un árbol se interponía en el camino de la niña. ¡Era casi seguro que Pam iba a ser arrojada fuera de la silla!

—¡Agáchate! —vociferó el viejo, para hacerse oír.

Pero Pam tuvo otra idea. La pobre estaba deseando huir del caballo. Cuando vio la rama lo bastante cerca, se irguió y se agarró con ambas manos a ella, de donde quedó colgando. El caballo siguió su carrera sin jinete.

—¡Sujétate bien! —gritó «Truchas»—. ¡Voy, voy!

El pastor condujo su caballo bajo la colgante Pam, que se dejó caer delante de él en la silla de montar.

—Muchas gracias, «Truchas» —dijo la niña, respirando hondo para tranquilizarse.

—Me alegro de haber estado cerca —contestó él—. Ahora vamos a buscar tu caballo.

Galoparon ladera arriba. Al ver correr al caballo desbocado, «Truchas» le gritó:

—¡Soooo!

Pero en vista de que el animal no le obedecía, «Truchas» recurrió al lazo.

—¡Calma, hombre, calma! —dijo cuando le hubo echado el lazo

al caballo, dándole golpecitos apaciguadores en el morro.

Los demás habían llegado ya y elogiaron la actuación, tanto de Pam como de «Truchas». En seguida reanudaron la marcha.

Cuando Pam puso el pie en el estribo para volver a montar, se fijó en un papel arrugado, caído sobre las pinochas, cerca de un árbol.

«Es muy raro» —pensó, y se acercó a recogerlo.

Pam contempló el papel con curiosidad antes de darse cuenta de que lo tenía al revés. Cuando lo miró debidamente, dejó escapar un grito y de sorpresa.

—¡Papá, mamá! ¡Mirad todo esto!

Cuando se congregaron todos en torno a Pam, Holly exclamó:

—¡Si es la página perdida del libro de la «Montaña Tenebrosa»!

—Como sabemos que fue Mike Mezquite quien lo robó, eso quiere decir que Mezquite anda por allí —razonó Jack.

—Y se ha debido de caer hace poco tiempo —añadió el señor Hollister, observando que la hoja estaba muy limpia.

En tal caso, hay que tener cuidado —advirtió «Truchas»—. Los coyotes humanos no son dignos de confianza.



El terreno iba haciéndose más pedregoso por momentos. Y los

árboles crecían tan juntos que un caballo apenas podía pasar entre ellos.

—Tendremos que buscar otro camino —dijo «Truchas», indicando al resto del grupo que se detuviera. Y después de otear a su izquierda, declaró—: Por allí veo más claridad. Vayamos en esa dirección.

Todos desmontaron y avanzaron un trecho a campo abierto.

Estaban en la falda de la «Montaña Tenebrosa». Por encima de ellos sobresalía un farallón rocoso.

Hasta entonces, todos habían hablado a discreción haciendo mil conjeturas. De repente, Diego murmuró:

—¡Silencio! ¡He oído voces ahí arriba!

Los Hollister y sus amigos quedaron en silencio, mirando hacia arriba. Unos segundos más tarde, una cabeza aparecía por la parte superior del farallón.

—¡Es Pete! —dijo Pam, estremecida.

—Sí, sí —asintió la señora Hollister, dando mil gracias a Dios en su interior—. ¡Lo hemos encontrado!

Pete se llevó un dedo a los labios para indicar que no hablaran en voz alta. Inclinándose un poco más, dijo en un ronco susurro:

—Id al lugar donde hay dos rocas grandes. Allí empieza un camino secreto que conduce hasta aquí.

El señor Hollister asintió y, apenas moviendo los labios, preguntó:

—¿Dónde están esas dos rocas?

Pete les estaba dando instrucciones cuando, de súbito, a su espalda apareció un hombre que le aplastó su manaza en plena boca. Pete fue arrastrado de allí y desapareció de la vista.

UNA CUEVA MISTERIOSA



—¡Hay que ir a buscar a Pete inmediatamente! —exigió la señora Hollister en tono apremiante.

—Pero ¿cómo? —preguntó Pam—. Si no ha tenido tiempo de decimos dónde están esas rocas.

—Creo que ya las veo —declaró Diego—. Está un poco más allá del punto donde se ha desbocado el caballo de Pam.

Como andaban cuesta abajo, no les costó mucho tiempo llegar al lugar en cuestión. Cuando estaban cerca, oyeron los cascos de caballos que se aproximaban desde el bosque. ¿Sería un amigo? ¿O, acaso, Mike Mezquite?

Un minuto después, dos jinetes aparecían a la vista. ¡Pertenecían a la policía!

Ricky corrió a su encuentro y les preguntó:

—¿Cómo han llegado tan de prisa?

—¿De prisa? —repitió uno de ellos, que se presentó como el agente Kelly—. Salimos esta mañana, tan pronto como recibimos el mensaje del señor Moore.

—¡Ah! Mi padre ha avisado por radio esta mañana, pero no hace más de dos horas —explicó Diego.

Les contaron inmediatamente a los policías que Pete había sido capturado. Todos estaban muy contentos de tener a su lado a los dos agentes para iniciar la subida por el camino secreto. Pronto, el sendero inicial se transformó en un camino muy bien delimitado que llevaba al valle de abajo. Diego gritó:

—¡Allí han llevado a las ovejas!

Las huellas dejadas por el ganado eran bien visibles y todos se sintieron sumamente nerviosos. Era muy probable que todas las ovejas desaparecidas se encontrasen ocultas allí.

—Pete las habrá encontrado —opinó el señor Hollister—. Y Mezquite tendrá planeado retener a Pete hasta haberse llevado todos los animales.

—Pero yo no veo dónde pueden estar las ovejas —declaró Ricky —. A lo mejor ya se las han llevado.

Nadie pudo responder a la sugerencia del pequeño. Unos momentos después, los policías se detuvieron. Habían llegado a un pequeño claro, con un saliente rocoso a la derecha. Parecía un enorme paraninfo que se extendiera hasta la parte más lejana de la ladera. De repente, oyeron un terrible estruendo.

—¡Es el monstruo! —afirmó «Truchas», mirando hacia el lugar de donde provenía el ruido.

Sin embargo, nadie observó el menor rastro del monstruo, así que reanudaron la marcha. El tabaleo de los cascos de los caballos resonaba con fuerza a medida que el grupo se adentraba en la hondonada de la montaña.

Los policías avanzaban cautelosamente, mirando en todas direcciones. Pero fue Ricky el primero en ver algo.

—¡Caballos! ¡Por allí! —gritó.

Atados a un matorral, junto al paredón rocoso, había cuatro caballos. Al distinguirlos, Jack exclamó inmediatamente:

—¡Dos son los nuestros!

—Estamos llegando al final de la búsqueda —afirmó el agente Kelly.

Pocos metros más allá, pudieron oír el balido de una oveja. Los componentes del grupo azuzaron a los caballos para que avanzasen al galope. Al girar en una curva de aquella especie de caverna, un espectáculo sorprendente apareció ante sus ojos. Pete Hollister

conducía un pequeño rebaño de ovejas.

—¡Pete! —exclamó la señora Hollister, saltando del caballo para correr junto a su hijo—. Pero ¿qué estás haciendo?

El muchacho estaba demasiado ocupado para poder detenerse a besar a su madre, pero señaló dos siluetas arrimadas a la pared, junto al ganado.

¡Eran Mike Mezquite y Willie Boot!

En el momento en que vio a los dos hombres de uniforme, Pete dejó de azuzar al ganado para que siguiera avanzando.

—Bueno, ¿qué ocurre aquí? —preguntó el agente Kelly—. ¿Es que has invertido los papeles y tienes atrapado a este par, Pete?

—¡Dejen que me vaya! ¡Por favor! ¡Por favor! —lloriqueó Willie.

Los dos policías avanzaron entre el ganado y esposaron a Mike y al chico, mientras Pete explicaba cómo había engañado a sus dos guardianes, haciéndoles entrar en la cueva.

—Pero temí que no pudierais llegar a tiempo.

Pete añadió que Mezquite, con la ayuda de Willie, había estado robando ovejas y escondiéndolas allí, en espera del momento en que consideraran que podía trasladarlas sin peligro. Mientras Pete hablaba, Dolores saltó de su caballo y empezó a avanzar entre los animales.

—¡Aquí está mi corderito! —exclamó, emocionada, abrazando a uno de los animales.

Cuando todos se hubieron tranquilizado un poco, Pete anunció que había encontrado la cueva de los «Constructores de Muñecas».

—Venid; os la enseñaré —dijo, echando a andar delante de todos.

Mientras los policías interrogaban a Mezquite y a Willie, Pete llevó a los demás por un estrecho pasadizo entre gruesas rocas.

En un saliente había varias muñecas de piedra y algunos otros juguetes, de piedra también, que el señor Hollister dijo utilizaban los niños hacía muchísimos años.

—Sus caras se parecen a la cabeza que encontramos en el Cañón Oculto —dijo Pam—. ¡Aquélla fue una buena pista!

Helen exclamó entusiasmada:

—Has resuelto el asunto de la «Montaña Tenebrosa», Pete. ¡Es maravilloso!

Las muñecas eran muy pesadas, pero cada niño se llevó uno de aquellos juguetes. Aunque sabían que eran objetos antiguos, que pertenecían al estado, les alegraba poder tenerlos, aunque sólo fuera por poco tiempo.

—Y resolví otro misterio antes de que Mezquite me capturase —dijo Pete—. Ahora os lo mostraré.

A poca distancia se escuchaba una especie de gruñido a gorgoteo que iba en aumento a medida que el grupo avanzaba. Al fin, Pete se detuvo ante una grieta que se abría en el suelo.

—Acercad ahí el oído —indicó Pete.

Los niños se arrodillaron y prestaron atención. ¡A lo lejos, se oía el rumor de agua corriente!

—¡Un río subterráneo! —exclamó Diego—. ¡«Truchas», ya sabemos cuál es el monstruo del que nos has hablado durante años!

El viejo pastor sonrió, avergonzado.

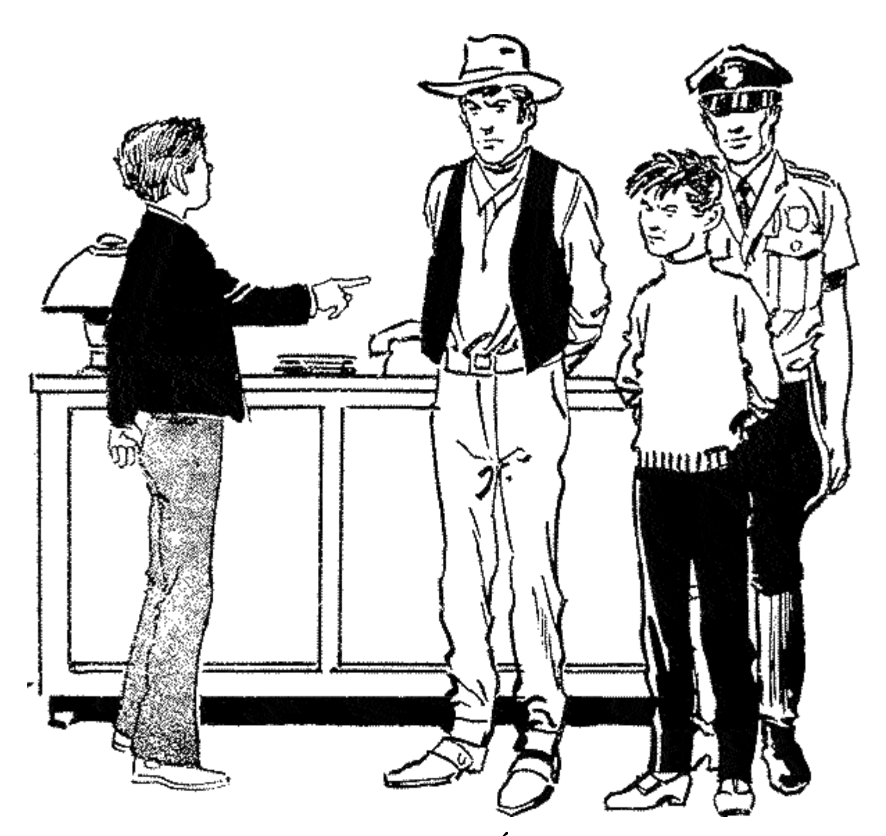
—Creo que tenéis razón —murmuró—. En fin, me alegro de que hayáis averiguado lo que es. Y en adelante, el rancho Álamo no va a tener que preocuparse por la falta de agua. Bastará con aplicar una bomba al monstruo para llevar agua a donde convenga.

El viejo pastor dio media vuelta y todos le siguieron hasta donde habían quedado los policías. Después de confesar que le causaba una gran sorpresa enterarse de cuanto los Hollister habían descubierto, el agente Kelly dijo:

—Mezquite lo ha confesado todo. Los rancheros no van a tener más preocupaciones por su ganado. En cuanto a Willie, confío en que en adelante tenga más sensatez y se trate con buenos chicos, en lugar de mezclarse con vaqueros ladrones.

—¡Lo haré! ¡Lo haré! —prometió Willie.

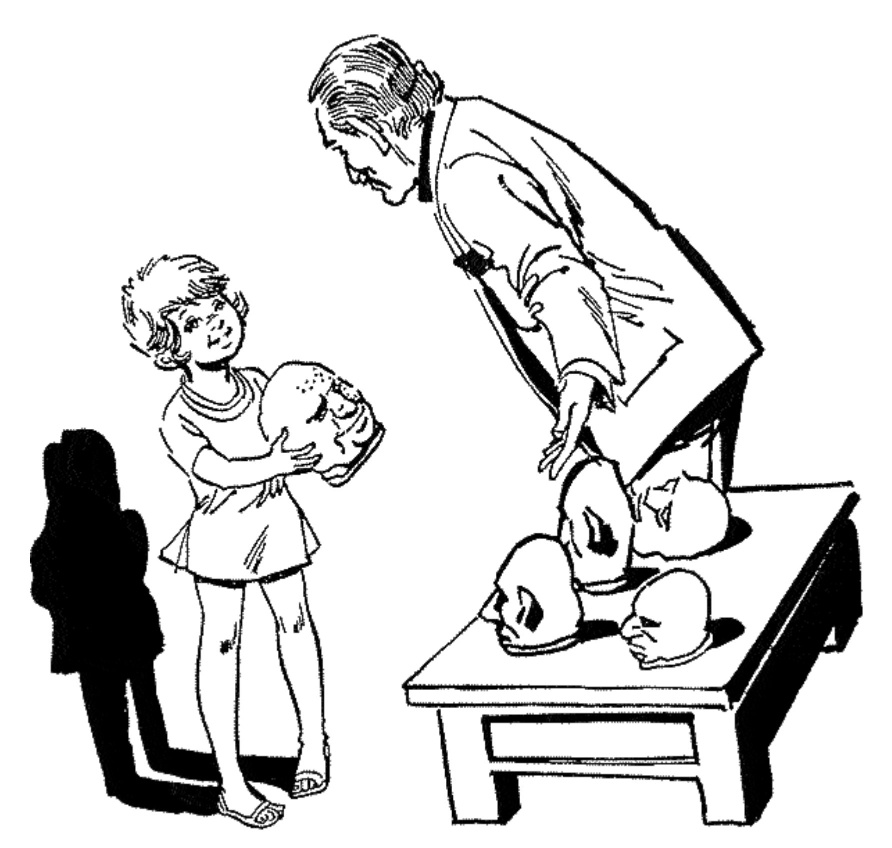
La conversación fue interrumpida por el zumbido de un avión y todos salieron de la caverna para ver si era el del señor Vega. Efectivamente, lo era. Y en cuanto vio a Pete, los policías, su detenido y el ganado robado, ladeó el aparato una y otra vez con tal rapidez que hizo reír a todos.



¡Qué algarabía había en el rancho Álamo aquella noche! Helen y Jack Moore habían ido allí, con sus padres, para pasar la velada. Después de una excelente cena de celebración, los Vega sacaron sus instrumentos musicales e interpretaron las melodías más alegres que los niños escucharan nunca.

Estaban en plena celebración cuando sonó el teléfono. El señor Vega acudió a contestar. A los pocos minutos regresó, sonriendo ampliamente.

—Buenas noticias —dijo—. Como agradecimiento a los hermanos Hollister y a los hermanos Moore, que encontraron las muñecas y demás juguetes antiguos, el museo arqueológico del estado regalará a cada familia uno de los juguetes. ¡Podéis elegir el que queráis!



Tras unos momentos de indecisión, cada familia eligió una pieza. Luego, Pam dijo a sus hermanos:

—Podríamos donarlo al museo de Shoreham.

—Sería muy oportuno —aseveró la señora Vega—. Y podríais poner una tarjeta que dijera:

DONADO POR LOS FELICES HOLLISTER,
QUE LO ENCONTRARON EN LA «MONTAÑA TENEBROSA».

—Lo haremos, —afirmó Pete.

Sue, que estaba disgustada porque le parecía que no había ayudado nada a resolver el misterio, declaró en voz alta:

—Señor Vega, yo quiero llevarme un «regalín» del rancho Álamo.

—¿Y qué te gustaría llevarte? —preguntó el ranchero.

Sin vacilar ni un segundo, la chiquitina anunció:

—¡Un burro! ¡Quiero a «Domingo»!

Todos estallaron en risas, al suponer que los deseos de Sue no podían ser una realidad. Pero, ante la sorpresa de todos, oyeron decir al señor Vega:

—Pues tendrás a tu querido «Domingo».

—¡Muchas gracias! —dijo Sue corriendo a abrazarle—. Así, todas las semanas empezarán bien, con «Domingo»… Y me llevaré a «Domingo» a la iglesia…

